



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

## LA ENMASCARADA

Y OTRAS NARRACIONES

1955

\*  
\*  
\*

© Rolando Diez de Medina, 2004  
La Paz- Bolivia

### INDICE

[LA ENMASCARADA](#)  
[EL AVENTURERO](#)  
[LA MUERTE DE AXEL](#)  
[EL MAGO](#)  
[PRESIONEROS](#)  
[EL LLAMO BLANCO](#)  
[UNA CORBATA](#)  
[ANCO-HUMA](#)  
[RIVALIDAD](#)  
[SACHA-WILLKA](#)  
[UNA TARDE DE ABRIL](#)  
[DERY](#)  
[NADA ES IMPOSIBLE](#)

El grabado en madera que figura en la portada de este libro, es obra de Víctor Delhez, renombrado artista belga que dilató los horizontes de la xilografía con su potencia imaginativa y su dominio técnico.

*¿Con qué redes sutiles nos hicieron?*

*Muchos miden la estatura de su hacer; nadie el tamaño de su sueño. El alma, el cuerpo que en armonioso encaje forman una persona ¿podrían desaparecer de súbito sin dejar rastro? Si nos dicen que un continente se sumergió en el mar lo aceptamos; pero si alguien afirma que un hombre se disolvió en el espacio o que salió del planeta para jamás volver, lo tildamos de loco.*

*¿Es posible distinguir entre lo probable y lo imposible? Es indecisa la frontera de realidad y fantasía.*

*Nadie sabe por qué suceden ciertas cosas sólo a determinados seres; ni por qué las mejores historias nunca se escriben: transcurren simplemente, sin que sus protagonistas alcancen a entender lo acontecido y menos a transmitirlo a los demás.*

*¿Pasó verdaderamente? ¿Fue alucinación? Detrás del cuento hay una clave fabulosa, aunque no todas llegan al enmarque del buen relato. Todo pasa, fluye todo. ...y cuán pocos cruzan el puente que se abre entre el hecho fugaz y el país irradiante del recuerdo! No es que el hombre sea incapaz de narrar su, experiencia; es que a veces ella traspasa el horizonte mental, se aleja tanto, o viene de distancia tan remota, se incrusta tan hondo en el corazón que no se puede reconstituir en modo fidedigno. Tiene la subitaneidad del bólido: brilla, desaparece y no regresa nunca. Y el que piensa queda deslumbrado, sin comprender por qué el relámpago es la contracifra del abismo.*

*Historias hay que de puro absurdas hacen rabiar. Otras tan inverosímiles que encienden la imaginación. Todo es lícito para el que se pone a contar. Más cuando un amigo cuenta algo difícil de creer, si no la incredulidad nos asaltan la envidia o el fastidio. ¿Por qué empeñarse en alterar el ritmo lento, repetido de la vida? No lo entendemos, no queremos entenderlo. Sucesos hay que no debieran narrarse jamás, historias que no deben ser escritas. Ocurren, pasan. Nadie sabe de dónde vienen ni a dónde van.*

*Existe, además, la circunstancia de que no todas las mentes pueden invadir la órbita propia de un determinado relato. Porque así como el cometa entrega su presencia sin que podamos averiguar el misterio que lo anima, una bella historia es el cuerpo fantasmal de otra fuerza sutil que no se ve. Irradia, acicatea, tiene lengua de profeta colérico. Es como la música del compositor genial: no se puede sondear su profundidad. Creemos comprender lo que un cuento bien construido sugiere, captamos algo de su extraña melodía, pero el sentido último de su tránsito se nos escapa. Está más allá del relato. ¿Es que en el buen mundo logra cosa alguna desbordar el marco geométrico que la contiene? Quien sabe, quien sabe... Historias hay que como los seres vivos eluden el estigma de las definiciones. Son. Nada puede explicarlas.*

*No es que se requiera la complicación del moderno para hacer inaccesible aquello que se cuenta. Joyce, Kafka, Proust son ininteligibles sólo hasta que se penetra el laberinto rigurosamente matemático de su planteo introspectivo. A veces los otros, los anteriores, que contaban despojados de propósito esotérico, tienen oscuridades que nos dejan espantados; suele ocurrir —aunque no sea lo frecuente —que Hoffmann, Poe, Conan Doyle violentan la lógica del relato y terminan en la descomposición prismática de la luz. ¿Por qué los arcanos simbolismos de Rilke o de Lord Dunsany, parecen ingenuos junto al torvo dramatismo de Andreiev? ¿Dónde está la desnudez y dónde el antifaz? Enigma.*

*El cuento, como el ajedrez, es en cierto modo problema de lógica: tiene sus reglas, sus variaciones, sus toques y contratoques ineludibles. Obedece, en lo interno, a una rigurosa construcción intelectual, aunque por fuera luzca espontáneo, sencillo, casto como una planta o una estrella.*

*¿Podría alguno descender a la sima vertiginosa de ciertas leyendas bíblicas, o subir al territorio aéreo de los palacios orientales? Nadie. Y si alguien pudo, no alcanzó a regresar para contarlo. He aquí la eternidad de lo narrado: queda, ahonda, estremece. No puede absorberse en plenitud; su capacidad de vibración es infinita, siempre recomienza. Ni el forjador de una historia conoce las dimensiones reales de lo que difunde, porque es sólo un instrumento de otro que, más alto, pulsa sus cuerdas con herida de pasión.*

*Leyenda suena a creación de pueblos. Historia o novela corta exige toda una ingeniería literaria. Decir cuento es decir lo perfecto en el arte de narrar: Chejov, Lawrence, Maupassant. Pero la narración es sólo un relato elemental. No aspira tan alto ni se desenvuelve en ordenación tan rigurosa. Refiere no por hambre de eternidad más por ansia indecible de ley y libertad. Una jerarquía, una construcción intelectual, son más libres cuanto más humildes. Y no importa la diferencia de peso entre varias narraciones, su desigualdad temática o de trama, la variable intensidad de los personajes. El relato, como la vida, brota de 10 vario y lo distinto. No puede haber un sostenido nivel de perfección inventiva o estilística, para contar experiencias plurales.*

*Narrar es pues fabular, o recordar. El mejor narrador será el que sepa el secreto de disparar la flecha, lo suficiente para que no se pierda en la bruma, lo preciso para que no se arrastre por la hierba.*

## LA ENMASCARADA

Salíamos de su oficina, cuando Miguel me tomó del brazo con fuerza:

—¡Mira! —dijo señalando una silueta que venía por la acera opuesta.

Se hallaba a treinta pasos de distancia, de modo que pudimos apreciar lentamente su belleza. Alta, distinguida, elegante. Una hermosa cara en un cuerpo soberbio ¿qué más para sobresaltar a dos amigos en la hora del crepúsculo?

Era la "hora azul" de que hablara el maestro Rubén —las seis y media en invierno, una hora más tarde en verano— cuando el paisaje adquiere un tinte de ansiedad y de melancolía. El cielo se carga de azul eléctrico que cruzan nubes altísimas; ha desaparecido el astro detrás del horizonte; los últimos juegos de la luz son tan extraños, es tan rara la incierta claridad, lucen tan puras las primeras estrellas, que nadie podría decir si cae la noche o si está amaneciendo. La hora azul encierra el minuto seráfico que borra el tiempo y dilata el espacio: todo podría suceder. Es entonces que las imaginaciones delicadas se estremecen como al soplo de un viento siniestro, se repliegan cual tímidas corolas; y las naturalezas fuertes, anhelantes, se abren al huracán de la vida con ansiedad guerrera: paisaje, luz, penumbra, proximidad nocturna se hicieron para el sueño y la aventura. ¿Quién no dejó un pedazo de su alma en el misterio del atardecer? Dichosos los que sienten las radiaciones del sol negro. Llama al corazón y el corazón siempre se encabrita a su llamado, porque nada es más sugestivo que salir al encuentro de la noche adolescente.

No sé si fué el embrujo de la hora o el entusiasmo de Miguel, pero me sentí arrastrado por la emoción de lo desconocido.

—¡Cómo camina! —exclamó mi amigo—. Es una diosa, no es una mujer.

Se acercaba con ritmo lento, majestuoso, con esa indolencia desdeñosa de las mujeres bellas que pasan altivas, clavada la mirada en el confín. ¡Qué arrogancia en el porte, qué plasticidad de movimientos! El traje, ceñido, resaltaba el cuerpo escultural: pantorrillas maravillosamente modeladas, caderas rotundas, busto erguido. Era tan perfecta, que el deseo se paralizaba frente a las excelencias del puro mirar. Llevaba el rostro semivelado por el sombrero de ala corta, del cual pendía un velo azul. Al pasar frente a nosotros, la luz del alumbro iluminó su cara. Miguel y yo sentimos que un toque eléctrico nos sacudía de la cabeza a los pies. No había en esa cara la imagen vulgarmente hermosa que vemos pasar a cada instante. Nada que evocara la tierna seducción femenina. Era un rostro extraño, incitante,

de belleza fuerte, salvaje, si cabe el término. El mentón enérgico, la boca ancha y cruel, la nariz de corte clásico. El pelo largo y recogido en una corona de ébano detrás de la nuca. En la tez ambarina brillaban los ojos azules, no como esos cristales celestes, casi transparentes que lucen las caras nórdicas; ojos de azul intenso, tirando a zafiro, penetrados de un misterio sombrío, con algo de puma en su expresión felina. Fué un segundo, una visión fugaz que nos dejó en suspenso. La gracia indecible de su figura contrastaba vivamente con la terrible energía del rostro. ¡Qué cara singular, qué ojos penetrantes, qué andares de seducción indescriptible!

Confieso que a mí me produjo espanto esa belleza aterradora, porque no soy muy audaz ni muy ambicioso, y todo lo que sale de lo usual, todo cuanto se ofrece osado, nuevo a mis ojos, me causa desazón. Y esta mujer era tan rara, que sentí el deseo de alejarme de su lado. Quemaba.

—¡Es una diosa! —repitió Miguel, arrastrándome en pos de la desconocida.

Yo conocía esos arrebatos súbitos de mi amigo, tan varonil, tan impetuoso, que no admitía obstáculo a su anhelo. No era el mujeriego cotidiano, cada día rastreando un amorío, sino una voluntad dominante absorbida por los negocios; y por eso mismo, cuando se encaprichaba con una mujer —lo que sucedía pocas veces— recorría el camino hasta el fin: victoria absoluta o derrota total. No había término medio. Previendo el nuevo trance, un oscuro presentimiento me dictó evitarlo:

—Escucha —contesté—. Admitiendo lo que dices, me parece una diosa honesta; ni siquiera nos miró. Pierdes el tiempo.

—Perdería el alma si fuera preciso —replicó Miguel con su fogosidad característica. Y enardecido me llevó detrás de la desconocida.

La seguimos dos, tres cuadras. Un remolino de gente, a la hora que cierran las tiendas, nos permitió tomar discretamente la delantera y frente a una vitrina iluminada pudimos observarla mejor. No soy aficionado a exagerar, no me entusiasmo fácilmente, mas debo confesar que jamás ví criatura tan espléndida. Avanzaba como si estuviera sola entre la muchedumbre: alta, erguida, silenciosa, envuelta en un aura de nobleza. Su rostro no era perfecto, sino raro, lo que es más. Nada de esa hermosura habitual que apacigua los sentidos; mas bien el hechizo torturante de lo imprevisible. Se diría que llamaba y repelía al mismo tiempo... Se mira dos, tres veces una cara así, y ya no queremos ver otras caras. Me produjo un estremecimiento ver cómo florecían en la seducción del rostro, la crueldad de la boca y la bestial energía de los ojos azules. Y otra vez, al abandonar la zona de luz de una vitrina, el ala del sombrero y el velo delicado ponían un ligero embozo en la parte superior del rostro.

—La enmascarada —musitó Miguel. Y así bautizada la fuimos siguiendo por la ancha avenida.

En quince o veinte minutos de marcha, no había volteado una sola vez la cabeza. ¿Sabía que era seguida? No lo demostró o no le importaba; su andar rítmico, gimnástico, no revelaba premura. Cuando nos adelantábamos para verla pasar, la esfinge cruzaba armoniosa, imperturbable. Miguel estaba excitadísimo; me arrancó la promesa de proseguir la persecución. Yo seguía desconfiando; se me antojaba una mujer demasiado bella para una aventura fácil. ¿Dije bella? Sí: hermosísima. Porque cuanto más lo contemplaba el rostro singular fué revelando su secreto; las líneas duras, los tonos ásperos se fueron suavizando y no tardé en sumergirme en el extraño encantamiento de esa cara singular, que parecía huir de la dulzura porque todo en ella respiraba fuerza y decisión.

No sé por qué se me vino a la mente el recuerdo de una deidad tebana, entrevista fugazmente en un museo arqueológico. ¡Ese era el enigma de la embozada! Estaba fuera del gusto moderno. Su figura, irreprochable; pero el rostro tenía el encaje, el estilo, la expresión de una imagen arcaica.

Entró a un hotel; nosotros detrás. Ya en el bar tomó asiento en una mesa esquinera y se mantuvo hermética. En el rincón del bar, en la penumbra, su figura cobraba un encanto irresistible. Andábamos por el segundo "cocktail", cuando mi amigo, sorprendido, comentó:

—Es curioso —dijo— en la calle todos la miraban, y aquí nadie parece reparar en ella. Ningún mozo se le ha aproximado.

Me fijé en el ambiente, ese ambiente lujoso, cosmopolita de los grandes hoteles, apretado de mujeres elegantes y hombres ávidos de atrapar sus miradas. El sitio propicio para que una bella mujer concentre general expectativa. Yo había supuesto que, aparte de nosotros, todo el mundo se interesaría por la desconocida; pero conforme fui observando a las personas más próximas, advertí que nadie reparaba en ella.

—Es raro —contesté—. Debe ser porque su mesa está en un sitio poco iluminado.

Miguel objetó que en otras mesas, más distantes de la luz, había mujeres observadas por personas de ambos sexos. Mi amigo no desprendía los ojos de su atrayente figura; yo la miraba con menos frecuencia. Era tan hermosa, tan llamativa, que sobresalía ventajosamente entre todas las mujeres que había en el bar. Una nueva comprobación visual me obligó a reconocer:

—Tienes razón —dije a mi amigo— parece como si sólo nosotros la pudiéramos ver.

Miguel la observaba con impertinencia sin obtener la menor concesión de su parte. Ella estaba ahí, en el rincón del bar, totalmente aislada de los demás. Abstraída en su pensamiento, o bien tan segura de sí misma que podía prescindir del público. Sacó un cigarrillo del bolso y se puso a fumar; y las volutas de humo la escondían como en una niebla misteriosa de la que reaparecía más bella y enigmática.

Mi amigo estaba trastornado.

—¿Quién diablos puede ser?

—Es inútil —aduje— no conseguirás nada. Puede ser una aristócrata, una millonaria, la señora de un diplomático. Estas beldades rehuyen la aventura fácil; odian más bien a los extraños que las asedian. No ha dado el menor indicio de aceptar tu galanteo y claro está que no puede ignorarlo. Hay que saber perder.

—¡Calla! —respondió imperioso Miguel— no puedo perder esta partida. Tengo que saber quién es, me haré presentar.

Antes que yo pudiera evitarlo, llamó al "maitre" y deslizándole un billete preguntó quién era la dama del velo azul. Cuando el "maitre" inquirió en qué mesa se hallaba la dama, mi amigo, nervioso, aclaraba:

—Allí, en la mesa del rincón, bajo esa lámpara de mármol.

Dirigió el hombre la mirada al sitio señalado y con voz segura contestó:

—La mesa está vacía, señor. No veo a nadie...

Al retirarse el "maitre" Miguel, saliendo de su asombro, estaba indignado:

—Ese hombre es un imbécil —alegó—. Dí, José: ¿hay o no hay una mujer seductora en aquel rincón?

—¡Claro que sí! —me apresuré a responder— Y la veo tan nítida que podría describirla sin que si me escape un solo detalle.

¿Efectos del segundo "cocktail"? Absurdo; ambos teníamos la cabeza fuerte para licores. Jamás padecimos alucinaciones; no existen, además, alucinaciones dobles, sino sólo procesos mentales o visuales sugerencias, lo que quiera llamarse, dentro de un órbita rigurosamente individual. ¿Estaría combinada con el "maitre" para que nadie la moleste? Pero había también aquello de que los demás no parecían reparar en ella. Si Miguel veía a la mujer y yo también era lógico admitir su presencia. Estaba allí, bajo un lámpara de mármol que proyectaba un aura de hechiza su figura, más atractiva que nunca, envuelta en el humo del cigarrillo como un hada surgiendo de bruma.

Miguel, impaciente, rabiaba ya:

—Esto es imposible —razonaba—. Si no hay nadie en aquella esquina ¿a quién vinimos siguiendo por la calle? Deliramos o el "maitre" es un embustero mayúsculo. No queda sino un camino: la conoceré aunque tenga que exponerme al desaire.

El instante en que hacía ademán de incorporarse, la dama del velo abandonó el salón.

—¡Vamos! —dijo Miguel excitado— y la seguimos por el pasillo hasta llegar al ascensor. Ella entró la primera, luego varias señoras y un anciano. El ascensorista, ceñudo, nos cerró el paso alegando que no cabían más pasajeros. Y así fué cómo la vimos por última vez: en una esquina del ascensor, arrogante, hermosísima, lejana la mirada.

Mi amigo me llevó al vuelo por las escaleras. Bajamos Como dos colegiales, riendo, blasfemando, a riesgo de rompernos el esqueleto, dejando boquiabiertos a los que nos miraban. El heroico esfuerzo resultó estéril: no hay piernas que aventajen a un ascensor en quince pisos. Al llegar al "lobby", descalabrados, jadeantes, no había rastro de la desconocida.

Miguel tardó en recuperar del fracaso. Yo menos, ciertamente. Ni me enamoré de la enigmática mujer ni pensé que correspondería a nuestro asedio. Por un tiempo me quedó el vago recuerdo de su magnífica estampa, de su extraño rostro, del velo azul que le embozaba misteriosamente la cara. Después nada; la olvidé. De cuando en cuando mi amigo la evocaba con tristeza: ¿qué sería de ella? Luego él también pareció olvidarla porque ya no fué mencionada. Reanudamos la vida habitual y creí que el asunto estaba sepultado definitivamente.

Pasó mucho tiempo, pasaron muchas cosas, tantas que no podría enumerarlas; la vida tiene múltiples aristas Para dos hombres jóvenes, ricos, solteros. Cuantas veces, arriesgándonos en negocios audaces o comprometidos en incidentes absurdos, Miguel sentenciaba: "No tenemos a nadie detrás; podemos hacerlo". Y ésta era nuestra divisa: atreverse a todo porque sólo debíamos responder de nosotros mismos. Pero yo, a veces, sentía el pequeño llamado de la intimidad, esa nostalgia de un hogar que acosa al solitario más empedernido; entonces pensaba que había que terminar esa vida en soledad, porque también Miguel soportaba accesos de melancolía, y si uno de ambos encontraba compañera, el otro quedaría solo. Tal vez por ello era más cauto, o menos temerario que mi amigo, presintiendo la proximidad de un retiro decoroso. ¿Es que a los treinta y cinco se puede mantener el ímpetu juvenil, ese ardor dinámico y deportivo de la mocedad? Miguel sostenía que sí. Yo compartía su inquietud espiritual, pero mi cuerpo, menos resistente, pedía descanso y después de los días agitados no cambiaba por nada el placer de sumergirme en las sábanas, a las diez de la noche, provisto de un buen libro.

Una tarde que salíamos de su oficina, mi amigo, tomándome del brazo, señaló los tintes azules, eléctricos del paisaje:

—La "hora azul" —dijo— ha vuelto de mucho tiempo. Y esto me trae un recuerdo que creía olvidado.

Adiviné su pensamiento y no pude contener una sonrisa:

—Hombre —contesté—. ¿Todavía piensas en ella? Pero si era una sombra... Acaso menos: el sueño de una sombra.

—¡Oh, no! —arguyó Miguel— bien sabes tú que existe. Podría reaparecer al instante.

Lo miré y me encogí de hombros. ¿Para qué contradecirlo? Era tan voluntarioso, tan sugestionable, que oponerse a su deseo era avivarlo. Interiormente lo compadecí. ¿Cómo podía un hombre tan inteligente como él llevarse de boberías, de alucinaciones, de encuentros incidentales? Miguel pensaba en la desconocida precisamente porque no pudo aproximarse a ella; pero volverla a ver, en una gran ciudad de millones de seres, era tan imposible como pedir dos milagros en un solo momento. Yo no recordaba sus rasgos, su bella cara se había esfumado de mi memoria, y esto contribuía a dar una sensación de irrealidad al caso.

Caminamos un par de cuadras Miguel comenzó a excitarse:

—¡Mira! —dijo — aquella estrella lejana. Es roja y despidе fulgores varios. Tiene un brillo inusitado. Algo raro va a suceder.

—Te estás volviendo poeta —le Contesté — sueñas en exceso, imaginas, te sugestionas a ti mismo la estrella es exactamente igual a las demás. No hallo nada de singular.

Mientras decía estas palabras observé fijamente el astro y advertí que como dijera mi amigo se distinguía de los otros por algo inusitado. Estaba lejanísimo, y sin embargo parecía acercarse, hinchándose con espantable rapidez. Despedía una luz verde, rica de sugerencias, que llamaba al alma con una voz de felicidad; y al mismo tiempo el fulgor rojizo de su núcleo ponía una nota siniestra de maldad que borraba la impresión anterior. Por muy ideador, por muy imaginativo que sea Miguel, yo soy más bien un realista empedernido. Luché por evadirme al poder de sugestión de las palabras de mi amigo; me resistí a caer en el sortilegio de una estrella a la hora del crepúsculo. Pero fué inútil: el espectáculo subyugaba. La estrella despedía fulgores tan intensos, se henchía y aminoraba con tal vivacidad, que daba la sensación de un ser vivo pugnando por comunicarse con los demás. En torno a ella, tenía el cielo una transparencia de lago las reverberaciones del astro lo iluminaban mágicamente. Pasarían segundos, minutos, no sé... Ambos estábamos como hipnotizados, siguiendo perplejos la curiosa movilidad de la estrella, que nos producía un contradictorio estado de alegría y desasosiego, cuando oí la voz de Miguel como despertando de un largo sueño:

—No puedo resistirlo; vamos.

Respirando el aire nocturno con su tórax de atleta, él miró hacia la izquierda, donde arranca la gran avenida de las tiendas lujosas. Yo, instintivamente, antes de ponernos a caminar, miré a la derecha. Allí, en la esquina, a pocos pasos, divisé la silueta soberbia, inconfundible de la desconocida. Era exactamente la misma: gallardía en el porte, distinción en la figura, ese andar endemoniado que se llevaba tras de sí todo el secreto de la seducción y la armonía.

—¿Qué pasa? —preguntó Miguel. Fué tan fuerte el estupor que vió en mi cara que se limitó a seguir la dirección de mis ojos. Quedó alelado. Mudos, extáticos, sin querer dar crédito a la vista, la vimos pasar como la primera vez, tan misteriosa, tan deslumbradora, que todos volvían la cabeza para contemplarla.

Iba con el mismo vestido negro, ceñido, que resaltaba sus formas admirables. El sombrero de ala corta nos era también familiar. Y el velo azul, semiembozando las facciones, completaba la maravillosa aparición.

Quise adelantarme, para observarla mejor a la luz de las vitrinas iluminadas, pero Miguel se opuso:

—Espera —afirmó rotundo—. Esta vez haremos bien las cosas. Que no advierta que la seguimos. Debemos saber dónde vive; después será fácil saber quién es.

Fuimos lentamente, como ella misma, siendo fácil seguir la por su elevada estatura. Recorrimos varias cuerdas sin ser notados. Un momento que ella se detuvo ante una vitrina, la multitud nos empujó; quedamos casi al mismo nivel, lado a lado. Ella volteó bruscamente y antes de reanudar la caminata pasó la mirada sobre nosotros. Miguel dijo después, al reanudar la caza, que la desconocida le había clavado su mirar quemante, lo que lo traía loco de entusiasmo. Yo de mí sé decir que me produjo una impresión diferente: sentí que esa mirada de hielo, fría, escurridiza, pasaba sobre mi cara como sobre un muro blanco. Me pareció que la belleza del rostro se esfumaba en la expresión atirantada de sus rasgos; fué sólo un segundo. Comenzó a caminar y volvió a ser la mujer deseada y seductora que encendía las sombras de la tarde.

La seguimos con cautela, hasta que ingresó a un edificio de oficinas. Entramos tras de ella. En el vasto vestíbulo había mucha gente. Tomó el ascensor. Miguel se dió buena maña para que fuéramos admitidos y aparecimos inocentemente: él a su lado, casi codo con codo; yo al frente, también muy cerca en el apretujamiento inevitable del ascensor. En los breves instantes del ascenso, pude observarla con detención. Éramos Cuatro hombres y tal vez el doble número de mujeres. Ella sobresalía por su estatura y su extraña hermosura. Los hombres la miraban ávidamente, sin disimulo; las mujeres de reojo, recelosas, visiblemente incómodas. Parecía una escultura intacta, completamente aislada de los cuerpos que la circundaban. Alguien que deliberada o distraídamente la empujó quiso excusarse cortésmente: "Perdón". La desconocida no se dió por aludida. Siguió impasible, desdeñosa. Miguel no disimulaba su enfado; aunque rozara su brazo, la Posición en que se encontraba sólo le permitía verla de perfil, sin alcanzar su mirada que era lo que justamente buscaba. Y la mirada de la dama del velo azul —yo podía verla cómodamente — se hundía en remota lejanía, Como si en vez del próximo muro de acero del ascensor se abriese un dilatado horizonte ante sus ojos.

De su belleza ya no me atrevo a hablar; creo que faltarían las palabras. Que los hombres estábamos hechizados y las mujeres rabiando, era evidente. Por un instante se me ocurrió pensar lo estupendo que sería hacerse amigos de la espléndida criatura. Su cuerpo joven, pleno, exhalaba una fragancia exquisita. ¡Otro momento creí perder el sentido: estuve tentado a rozar el hombro delicioso y aspirar su aroma tentador a plenitud. Felizmente me contuve. ¿Qué habría dicho Miguel, enamorado y celoso, que rozando su brazo confesó haber pasado las delicias del paraíso y las torturas del infierno? La desconocida tenía un poder de atracción irresistible, unido a un aire de altivez que desarmaba al más audaz.

Unos segundos más, todos en apariencia correctos, nosotros alterados por la inminencia de la aventura y llegamos al piso superior.

—Veintiocho —dijo con voz clara el ascensorista y el hechizo se rompió.

Los hombres se estrecharon para dar paso a las damas. Salieron todas; ella la última, digna, tranquila. ¿Sería extranjera? Porque el momento de abandonar el ascensor, ocurrió que uno de los ocupantes, torpe o embobado, obstruía la salida. Entonces ella, sin pronunciar palabra, esgrimió el índice como queriendo abrirse paso; un dedo largo, fino, aristocrático y el solo gesto bastó para que el aturdido se apartara.

Yo no sé si los cuatro varones pensábamos lo mismo; pero sí sé que Miguel y yo sentimos un anhelo invencible de seguir a la desconocida. No era el impulso habitual de la aventura erótica; tampoco esa fuerte atracción sexual que a veces trastorna a los hombres. Era algo de ello y mucho más, como si el conocer y tratar a la dama del velo fuese la revelación de un enigma inesperado. Era tan bella, tan extraordinariamente singular, que sentimos el deseo imperioso de romper el aro de silencio que la rodeaba.

La seguimos por el amplio hall de mosaico, donde sus pasos resonaron rítmicos, seguros. Entró a una oficina y antes de que termináramos un cigarrillo reapareció. Bajamos en

el mismo ascensor sin que diera señales de habernos reconocido. En el vestíbulo central, ella entró a la florería, mientras Miguel me detenía de la manga:

—Espera —exclamó— no lo echemos a perder.

Detrás de los cristales nos esforzamos inútilmente por verla; había muchas plantas, y la habitación, irregular, se quebraba en ángulo abierto ocultando buena parte de la visión por la estrecha puerta.

—No importa —agregó Miguel reprimiendo su impaciencia—. Hay una sola puerta y tendrá que volver a cruzar por aquí.

Encendimos dos pitillos, charlamos de cosas triviales. Recuerdo que en los ojos de mi amigo estaba pintada la ansiedad, una ansiedad dramática como si el mundo entero estuviese pendiente de lo que podía suceder. Pasaron cinco, diez minutos. Miguel recuperó la iniciativa y con un gesto me invitó a seguirlo. Entramos a la florería, decididos a lanzarnos al abordaje, y al primer golpe de vista quedamos estupefactos: sólo había en la sala una señora de edad avanzada, bajita, con gafas negras.

Mi amigo echó un vistazo desesperado al cuarto que en la desolación de sus desnudos muros sólo tenía la puerta por la cual habíamos entrado. Dominando su angustia preguntó:

—Disculpe, señora. ¿No entró aquí, hace pocos minutos, una dama alta, muy hermosa, con un velo azul?

La anciana florista nos miró sorprendida. Luego repuso con expresión bondadosa:

—Hará como media hora que no viene gente; y una persona como la que usted describe seguramente en toda la tarde.

Nos retiramos desolados. Y así fué como perdimos por segunda vez la pista de la enmascarada.

El tiempo lo borra, lo disuelve todo. Creo que unos meses después, ninguno nombraba a la dama del velo. Miguel se sumergió en mil averiguaciones —según confesó más tarde— sin el menor resultado. ¿Quién puede encontrar a una desconocida entrevistada dos veces en el tumulto de la urbe? Y no tardamos en imaginar que el doble encuentro habría sido, acaso, una doble fantasía.

El hecho es que, un año más tarde, ella volvió a desaparecer de nuestros recuerdos.

Por aquella época ocurrieron sucesos desagradables. Nos vimos envueltos en negocios mineros que terminaron mal. Yo tuve un pleito que me amargó la existencia largos meses. Miguel tuvo que viajar a México dejándome a cargo de sus asuntos. Hubo tanto trabajo, tales preocupaciones, que no me quedaba tiempo ni para mis lecturas nocturnas. Comprendí que el hombre es hechura de su ocupación, y cuando Miguel regresó, viéndome tan concentrado en la oficina, dijo que yo era el perfecto hombre de negocios. Me enorgullecí el elogio.

Esa noche, planeando la organización de una nueva planta industrial, pasamos muy entretenidos.

—¿Y por qué apresuraste el regreso? —le pregunté.

—Por dos razones —contestó Miguel—. Porque el negocio se definió rápidamente; luego, mañana es el tercer aniversario del encuentro con la desconocida.

No pude reprimir un silbido de admiración.

—¡Miguel, estás loco!

El oyó sin alterarse mi reproche y con extraña firmeza repuso:

—No, no estoy loco. Tampoco lo estás tú que la viste dos veces, igual que yo. Tengo un presentimiento: mañana la veremos.

Fué inútil discutirle. Si yo alegaba que los sucesos raros no suelen repetirse, él replicaba que lo que pasa dos veces puede acontecer tres. El creía con toda su alma que regresaría; yo estaba seguro de lo contrario. Se nos fueron las horas tejiendo hipótesis, abriendo perspectivas risueñas, como esos buscadores de oro que viven urdiendo el instante feliz en que verán brillar miles de puntos deslumbrantes en el cuarzo de formas caprichosas. Aunque sólo fuera en la evocación, caímos nuevamente en el embrujo de la enmascarada.

Pero al día siguiente no ocurrió nada especial. La victoria se decretó a mi favor.

—Miguel — le dije persuasivo— ya es tiempo de echarle una cruz al asunto.

El no se dió por vencido. Mantenía su convicción de volverla a ver. Los intensos meses que nos llevó organizar la planta industrial, ahuyentaron el recuerdo obsesionante. Hicimos un corto viaje a México por avión, volvimos y otra vez la esclavitud del negocio. Porque cuanto más crecía el negocio, cuando mayores eran los rendimientos, aumentaban proporcionalmente nuestras fatigas. Esto espació nuestros paseos, las horas de confidencia. Por último Miguel contrató los servicios de un técnico para el negocio; pudimos vivir más tranquilos. En el curso de los dos años siguientes viajamos, nos metimos en política de la que salimos escarmentados, organizamos dos empresas comerciales que confiamos a manos más jóvenes, defendimos gallardamente la soltería.

Fué justamente el día que mi amigo cumplía los cuarenta, cuando tuvimos una charla memorable, evocando el pasado. Miguel confesaba que al llegar a los treinta años, se había dicho: "¿Qué seré al cumplir cuarenta? Un hombre acabado. El cuarentón ya no puede esperar nada de la vida". Y al recordarlo reía alegremente: "¡Qué estupidez! —agregaba—. Ahora me siento más joven, más fuerte, que hace diez años. Se diría que no he vivido todavía. Y hasta me parece que recién voy a comenzar a vivir".

En ese estado eufórico, de perfecto equilibrio entre cuerpo y alma, recorríamos una avenida de tilos, haciendo gratas recordaciones de nuestra larga amistad.

La noche era inusitadamente diáfana. Una luna redonda, inmensa, se remontaba por el horizonte de cerros recortados. De pronto él se detuvo y abandonando el tono tranquilo en que se desenvolvía la conversación, me dijo bruscamente nervioso:

—Todo estuvo bien; pero si no vuelvo a verla, siempre tendré la sensación de que algo falta en mi vida.

Yo estaba tan alejado del asunto que ingenuamente pregunté:

—¿Ver a quien?

—A quién había de ser —contestó él sonriendo—. A la dama del velo azul.

Lo ví tan hondamente conmovido que no me atreví a turbar su pensamiento. Anduvimos un rato silenciosos, hasta llegar al pino real que se erguía al extremo de la avenida. Su follaje redondeado como una copa en la base, terminaba en vértice agudo. Al dar la vuelta, yo solía detenerme a mirarlo, aunque sólo fuera unos segundos, pues me seducía su forma geométrica, su serena inmovilidad. Mi amigo, complaciente, me imitó. En la calma de la atmósfera no se movía una hoja, todo se divisaba con perfecta claridad. La luna proyectaba una luz mágica que ponía tonos de azafrán en las cosas. Yo me sumergía en el encantamiento de esa forma vegetal, que fingía un himno petrificado en la noche, cuando de súbito una nube larga, desgarrada, aparecida no sé cómo, turbó la visión. Se tragó la mitad del astro, oscureció

el paisaje y puso un toque fatídico en el cielo. El tilo se vistió de sombras, pero una extraña refracción de luz permitía verlo claramente. Aunque no soplaba viento alguno, el ramaje compacto se agitó visiblemente, como si una mano colossal sacudiera sus raíces. Otra vez, durante un movimiento sísmico, había visto que los pinos se sacudían furiosamente, como velas batidas por el aire. Pero ahora todo estaba quieto, y sólo el árbol se movía en cóleras secretas. Alcé la vista y de una estrella roja bajaban efluvios magnéticos.

—¡Mira —exclamó Miguel — parece que se comunican!

Efectivamente, del vértice del pino solitario, intensamente agitado, al fulgor del lucero remoto, era como si una escala invisible ligara árbol y estrella. O más bien una fuerza desconocida descendía del astro al pino para concertarlos en súbita correspondencia. Duró pocos instantes la escena. Tuve la sensación de que el árbol quería romper sus amarras para volar al lucero, si antes la estrella rojiza no se precipitaba sobre su vértice convulso. De pronto, con la misma rapidez que se produjo, el fenómeno cesó. Por un escamoteo incomprensible la nube desapareció del cielo, volvió a lucir la luna en todo su esplendor, el astro rojo se aquietó y el pino retornó a su espléndida inmovilidad de estatua.

Nos miramos asombrados.

—Bueno —dije a mi amigo—. Ya viste el prodigio. Es hora de irnos a dormir; mi casa está más lejos que la tuya.

—Por favor —manifestó— dí que soy un tonto, pero no eches a perder este día encantador. Acompáñame.

Me condujo, apresurado, a la calle de su oficina, que se hallaba próxima. La calle estaba solitaria. A los pocos instantes, vimos que un automóvil negro se detuvo en la esquina. De una casa cercana salió una mujer alta, esbelta, y se metió al vehículo donde la aguardaba otra persona.

¡Sigámoslas! —gritó casi Miguel — metiéndome a rastras a su coche que se hallaba estacionado frente a la oficina.

—No seas niño —aventuré al tiempo que me dejaba conducir—. Una vulgar cita amorosa te saca de quicio.

El no contestó y enfilamos por la avenida en pos del auto negro. Poco después el vehículo se detenía en un barrio residencial. No tocó la bocina, no hubo señal de luces; de una casa salió otra silueta femenina y se introdujo al coche negro. La persecución prosiguió por calles bastante apartadas unas de otras. Contamos hasta cinco figuras apuestas que entraron al vehículo, ignorando quien lo guiaba.

El automóvil salió de la avenida tomando rumbo a la meseta que por el norte bordea la ciudad. Lo seguimos y un cuarto de hora más tarde llegamos a la cumbre. Bajo la radiante luz lunar, el paisaje lucía límpido, apacible. El coche negro estaba un tanto lejos del nuestro que disimulamos detrás de un pequeño montículo. Luego al amparo de los árboles, de matorrales silvestres, y de un discreto parapeto, nos fuimos acercando al grupo.

Todos conocen la meseta trapezoidal, casi perfectamente plana, que corona la ciudad. Es ancha, inmensa, con su vasto espacio abierto. La circundan, en casi todo su perímetro, arboledas irregulares, menos por el oeste donde se corta bruscamente en un abismo vertiginoso que cae más de seiscientos metros. Aparte del camino carretero, la gran planicie se comunica con la urbe por vallecitos aislados; pero de noche no es campo propicio ni para los audaces, por los vientos que la cruzan y la mucha distancia que la separa de la ciudad.

Esa noche —cosa excepcional— no soplaba el viento de la cordillera, ni siquiera la brisa primaveral rozaba la hierba. El ambiente era tibio; nosotros lo sentíamos hasta cálido por la excitación de la carrera. Saltando de árbol en árbol, a veces en cuclillas, evitando el menor ruido, nos fuimos aproximando a la rotonda de piedra cerca de la cual se hallaban las

desconocidas. No hablaban entre ellas; estaban silenciosas, expectantes. Cuando la más alta, la de porte más arrogante se puso a caminar, Miguel la reconoció en el acto:

—¡Es ella! —susurró—. Nadie se movería con ese aire de majestad.

No habría más de quince pasos entre ellas y nosotros. Agazapados detrás de un mato de laureles, vimos que se trataba de seis mujeres, seis muchachas más bien de soberbia apostura y hermosas caras.

De un monasterio hundido en la quebrada, subieron las doce campanadas de la medianoche. Entonces, por no sé qué sortilegio, los seres y los objetos que la luna niquelaba, adquirieron una nitidez incomprensible. El grupo de las seis mujeres parecía estar al alcance de nuestras manos. Sus cuerpos atléticos, sus lindas cabelleras, acusaban un estado físico envidiable. Las bellas caras se diría escogidas para un concurso de hermosura. Pero algo varonil, algo marcial, una extraña y solemne dureza se desprendía de sus rasgos y actitudes.

Cuando la Desconocida se colocó frente a nosotros, comprendimos que nada era la belleza de las cinco muchachas junto al hechizo de la mujer que las comandaba. Una larga capa oscura le ceñía los hombros dando apariencias fantasmal a su silueta; no terminaba en el cuello, se prolongaba cubriéndole la cabeza y caía delicadamente sobre la frente, a manera de un antifaz a través del cual destellaban los ojos azules.

—La Enmascarada — musité al oído de mi amigo que, arrobado, nada contestó.

De pronto las cinco muchachas formaron un semicírculo y la Desconocida trazó unos signos misteriosos en el aire. Mientras ella alzaba los brazos al astro, en un rito sacerdotal, quimérico, las cinco jóvenes se arrodillaron doblando lentamente las cabezas hasta tocar el suelo. Repitieron tres veces el movimiento y al cabo se irguieron, aspirando el aire nocturno en dirección a los puntos cardinales, como poseídas por intenso dolor. Sus rostros anhelantes pasaban velozmente de la angustia al júbilo. Giraron sobre sí mismas con maestría de bailarinas profesionales; luego se detuvieron en seco. Con las caras vueltas hacia la luna, mantuvieron una rigidez estatuaria, sólo alterada por el respirar de las finas narices. En seguida la Enmascarada se les acercó y con gracia infinita hizo unos signos raros en sus sienes y en sus senos. Luego llevó un silbato de oro a los labios y un pitido agudo, extrañísimo, rompió el silencio de la noche.

Y así comenzó lo que ignoro todavía si fué sueño, verdad, alucinación, locura.

Transcurrieron unos segundos de expectación. Miguel estaba tan nervioso que lo sentía temblar a mi lado. Yo, terriblemente asustado. De súbito oímos un galope cercano, un relincho...y antes de comprobar de dónde procedían un caballo blanco se aproximó al grupo. Carecía de brida y de montura y movía los remos armoniosamente.

Cuando el animal se detuvo, la Desconocida hizo un signo imperioso y una de las jóvenes se desvistió con rapidez. Su cuerpo tenía la magia de una escultura griega. Desnuda, perfectísima, la flecha increíble de su hermosura detuvo el latido de mi corazón. Dió unos pasos sobre la hierba, se acercó al corcel y de un salto prodigioso lo montó al pelo, sin que pudiera explicarse cómo se sostenía su alto y duro cuerpo de doncella sobre el corpulento animal. Eran dos blancuras palpitantes.

La bestia inició una marcha curiosa de pasos cortos, nerviosos, alternada con rápidos giros, paradas bruscas y botes asombrosos. La muchacha la jineteaba diestramente, sin esfuerzo aparente, siguiendo con soltura los movimientos imprevistos de avance, para dar media vuelta, retroceso. La figura desnuda de la doncella tenía un ensamble tan justo sobre el desnudo cuerpo del caballo, que daban la sensación de un solo ser: albo, puro, rítmico, epifánico. Sólo se escuchaba el eco amortiguado de los cascos del animal sobre el césped. Se movían ágilmente, con algo de ala, de ola, trazando ritmos fantásticos en el aire. ¿Era una danza? Era más bien un idioma de actitudes, de fuerzas contenidas, de móviles oscuros y lejanos, que en la combinación de sus fases contrastantes sugería el misterio de un despertar cósmico. Ha pasado tanto tiempo y aun recuerdo la pura exactitud de sus movimientos, la

gracia espontánea de ese encadenamiento misterioso, esa andadura divina que remataba en el galope frenado, concertado, rebotador y resonante.

Mudos de admiración, contemplábamos en silencio la escena.

Cuando corcel y jinete concluyeron el extraño espectáculo, se acercaron al grupo. Luego se inmovilizaron como una estatua ecuestre que irradiara no sé qué magia de mármol o de nieve.

Entonces la Enmascarada tocó nuevamente el silbato de oro y otra vez le respondió un galope veloz, corto, sonoro: un segundo caballo blanco, surgido no sé de dónde, apareció con sus orejas erguidas y su largo cuello crinado. Otra joven se desnudó y la albura de su cuerpo lució sin mácula, tan perfecta como la anterior. De un brinco agilísimo montó su cabalgadura reanudando la escena pasada, que no era ciertamente igual, sino una serie de variaciones de una melodía fundamental. ¿No hay fugas de Bach que parecen construídas con la ciencia de un geómetra implacable? Y Beethoven, el sordo, ¿no supo de compases y contrastes acústicos, de silencios terribles que rompen el límite de una comprensión normal? Yo veía y no quería dar crédito a mis ojos. Una música interior fluía por mis venas.

La muchacha y la bestia hicieron prodigios en su galope danzante, que se diría un proceso intelectual de rigurosa precisión, o un juego contenido y al mismo tiempo desbordante desafiando las leyes de la gravedad y de la inercia. No era un galope isócrono, monótono, sino una tensión diversa y móvil entre danza, galope, marcha rítmica. ¿Cómo podían desplazarse de ángulos opuestos, en movimientos tan osados y veloces? Ese concierto de carreras y bailes aéreos alternaba con detenciones tan súbitas, sin perder el ritmo interior del movimiento, que a veces el puro disparate de la dinámica ecuestre se convertía en la terrible certidumbre de una operación matemática: era así porque no podía ser de otra manera.

Terminada la faena, el segundo animal y su jinete se acercaron al grupo y quedaron quietos, extáticos. Y también sus cuerpos desnudos lucieron impecables a la claridad lunar.

Un tercer silbido determinó la repetición de las dos escenas anteriores. La tercera joven y el tercer caballo blanco hicieron una exhibición inverosímil. Tenían la belleza inasible de un sueño.

Una vez que ambos se inmovilizaron junto a los otros, la Enmascarada moduló un silbo distinto a los anteriores; bajo, prolongado. El galope que le respondió trajo algo nuevo: con rapidez de centella surgió un potro negro. La muchacha que desnudándose se encaramó a su lomo tenía la color morena, cobriza, con ese encantamiento indefinible de las razas antiguas y telúricas. Y esta vez la bestia no efectuó alarde alguno de danza o maestría rítmica, sino que se disparaba velocísima al horizonte, en galope brutal, y regresaba con celeridad espantosa al punto de partida. Dos, tres, cuatro veces. Daba vértigo.

Potro y jinete se detuvieron frente a los tres caballos blancos. Y las tres jóvenes de albos cuerpos desnudos miraban con desprecio a la beldad morena, de armoniosa y elástica figura, que semejava una réplica broncea a sus blancuras inefables.

La quinta pareja hizo lo mismo. Un potro de ébano, montado por una hermosa muchacha morena, desnuda. Ignorantes de ritmos y juegos plásticos, sólo atinaban a escaparse al confín y a volver con rapidez aterradora. Dos, tres, cuatro veces. Un golpe seco de los cascos y el corcel se detuvo junto al caballo negro. También la segunda muchacha morena miraba iracunda a las tres jóvenes de piel nívea. Y entre los animales advertí un fulgor de rabia cuando cruzaban miradas.

Miguel me apretó convulso el brazo; se filtró un rayo de luna entre los laureles y ví que se mordía los labios para no gritar. Estaba tremendamente excitado. Mi pánico no era menor.

Los caballos blancos y los potros negros estaban frente a frente, guardando los flancos del sitio en que se erguía la Desconocida. Hubo un instante de expectación. De pronto ella hizo un signo mágico hacia el Astro, dió tres vueltas veloces sobre sí y apareció desnuda como

sus compañeras. Pero su piel no era blanca, sino que aparentaba estar ceñida por una malla finísima confundida con su cuerpo; o era que su carne morena relucía como el ónix: oscura, bruñida, indescriptible. Conservaba la capa negra que bajando de la cabeza le cubría el hombro y el costado derechos; y por los pliegues de la seda surgía enhiesto, móvil, perfectísimo uno de los senos. ¿Tenía o no tenía el otro?

Me siento incapaz de expresar la magia de su cuerpo, que apagaba la belleza de las cinco jóvenes. ¿Fué así Pentesilea, la dura y centelleante amazona soñada por Kleist?

Luego la Enmascarada golpeó el suelo con el talón desnudo y un bulto oscuro brotó de la tierra: una yegua soberbia, de azabache, lustrosa y temblorosa. Alzaba los remos delanteros, impaciente, mas una fuerza oculta la mantenía unida al grupo. Dijo algo la mujer que no pude escuchar y el animal se tranquilizó. Ella lo montó con un movimiento preciso, de suprema elegancia. No hubieron acrobacias ecuestres ni galopes fantásticos. Hizo dar unos pasos al animal, dos, tres vueltas, con grave lentitud; enseguida corcel y jinete se petrificaron en actitud tan gallarda bajo el Astro, que fingían una escultura de granito sobre el fondo niquelado de la noche. ¡Y qué escultura! Jamás ví cosa igual. La yegua inmovilizaba en el estupor de su estampa toda la tempestad del movimiento; la mujer medio desnuda, semiembozada, encarnaba el misterio femenino en la cadencia rítmica de una anatomía extática. Fascinaban. Sentí que Miguel y yo estábamos al límite del poder de contemplar; no se podía soportar la tensión de esa hermosura irreal. Un sordo temor, una interrogación desesperada subían a mi boca seca de espanto.

¿Cómo podía ser esto tan bello, tan deslumbrador?

Pero en la misma beatitud del espectáculo había no sé qué germen diabólico que amenazaba destruir el supremo arrobamiento plástico. De la figura ecuestre emanaba una sensación de sosiego, de alegre sosiego, que luego cedía paso a un punzante dolor. ¿Por qué? Yo no sé si mi amigo compartía mis sensaciones, desconcertado el juicio por el vaivén de las impresiones recibidas; más un momento ví en sus ojos algo diferente a mis delirios estéticos: él miraba a la Enmascarada con un deseo desgarrador, con ese viejo instinto adámico que hace ver en cada mujer una presa más codiciada cuanto menos accesible.

Miguel sufría con ese intenso dolor animal del deseo insatisfecho. ¿Cómo creer que la Desconocida podía ser protagonista de una vulgar aventura amorosa, si más parecía sacerdotisa de un culto esotérico? Compadecí a mi amigo por cuyas sienes resbalaban gruesas gotas de sudor. No, no era un simple arrebatamiento amoroso; era una pasión violenta, incontenible la que ardía en sus ojos. Sin quererlo toqué su mano y estaba ardiendo. Fué como si a su contacto me hubiera transmitido la fiebre que lo poseía, pues a poco sentí que de la embozada ya no bajaban imágenes ideales a mi mente; algo penetraba mi sangre sutilmente. Un soplo de erotismo me electrizó.

Bajaba una onda de sensualidad tan poderosa de la Enmascarada, que me sentí el más desdichado de los hombres por no poder acariciarla. ¿Hay algo más turbador que la visión del muslo femenino, cuando la bien formada se sienta y la carne mórbida se despliega sobre el plano que la resiste, en un rodar triunfal de ola tardía? Las líneas de su cuerpo daban el trazo perfecto: ni un milímetro más ni un milímetro menos de la plenitud necesaria para encender el deseo. Me pareció que estaba a un metro de nosotros y que habríamos podido tocarla con sólo extender la mano. Era tan deslumbrador a su belleza, su pecho se alzaba tan rotundo y armonioso, tan subyugadora lucía la sonrisa que le desfloraba la boca cuando con los ojos cerrados recibía el beso de la luna, que estuve a punto de perder el equilibrio y caer. ¡Qué mujer, Dios mío! Quemaba, atraía, desintegraba todas las potencias de mi ser.

Habría vendido mi alma por poder tenerla un instante entre mis brazos.

Los corceles se movían inquietos, pero contenidos. A veces las jóvenes les acariciaban las crines y ellos volteaban las testas imperiosas. Me pareció que de sus grandes ojos iracundos brotaban miradas humanas. Los caballos blancos se arrodillaron, en tanto los potros negros se alzaban sobre sus remos posteriores; luego todos comenzaron una ronda increíble alrededor de la figura central, sin que se escuchara el menor ruido, como si los

cascos no tocaran el suelo. Ví con espanto que levitaban, se habían separado casi un metro de la tierra, y hacían presión en el aire como si pisaran materia sólida, resistente. No flotaban; se apoyaban en el duro piso del espacio. Y las muchachas de senos erguidos, con los ojos semicerrados y las bocas entreabiertas, tenían tal expresión cambiante de dolor y de gozo, que no sé cómo en su éxtasis no se caían de las cabalgaduras.

La emoción era tan fuerte que sentí rodar lágrimas ardientes por mis mejillas. Quise gritar, pero Miguel se me adelantó y a ello se debe que sea yo quien cuenta la historia.

Antes de que pudiera impedir lo, mi amigo dejó el escondite y corriendo hacia las desconocidas gritó furioso:

—¡No puede ser, no puede ser...!

La Enmascarada se volvió colérica y empezó a dar órdenes que más que en palabras se traducían por signos secos, rapidísimos. Los cinco animales volvieron al suelo, salieron las jóvenes del trance, y antes de que Miguel pudiera llegar hasta la embozada, formaron un cerco en su redor. No ví bien lo que pasó. Fué una lucha borrosa, una confusión de testas y patas de animales con bellos cuerpos desnudos que se agitaban enfurecidos. No arrojaron las bestias contra él, lo que habría bastado para aniquilarlo; lo rodearon más bien, lo estrecharon y sin bajar de los animales, valiéndose de sus miembros ágiles, atléticos, lo desnudaron con velocidad inusitada.

Cuando Miguel estuvo desnudo, indefenso, bajo la doble amenaza del miedo y la vergüenza, la Des- conocida tocó el silbato de oro y apareció un toro bíblico de anchos ojos y hondas fosas nasales. Con vigor excepcional, dos de las mujeres levantaron en vilo a mi amigo colocándolo a horcajadas sobre la bestia. Le amarraron las manos detrás de la espalda y para que no cayera las dos amazonas de los potros negros custodiaban sus costados.

Si Miguel no pudo reaccionar, con todo su coraje, frente a la ira veloz de las jóvenes, menos pude hacerlo yo, que aplastado por un vértigo de locura y confusión, sólo atiné a seguir mirando aterrado, anonadado.

Mi amigo estaba encima del toro, encorvado, tocando casi con su frente el cuello del animal. A sus flancos, las amazonas de los potros negros formaban arco con sus brazos y empezaron un galope, lentísimo, moviéndose apenas en el suelo. Detrás de este primer grupo, se colocó la Enmascarada con su yegua de ébano y ví con asombro que sobresalía mucho de las demás figuras; sólo después de algunos segundos advertí que corcel y mujer se habían como suspendido en el aire. Los tres caballos blancos y sus jinetes se escalonaron detrás de la embozada, y por no sé qué milagro de levitación parecían avanzar en el espacio; mas no flotando, sino afirmándose en una dura e invisible materia aérea que les oponía firme resistencia. Era incomprensible, pero así lo ví. En primer plano, el grupo formado por Miguel y las dos amazonas; al centro la Enmascarada, todo escorzado en siluetas negras; al fondo los caballos blancos y las muchachas desnudas remontándose por el aire. Albas nubes, bruscamente surgidas en la noche límpida, se fueron desplegando con ritmo de ola, de abanico, como un telón fantástico.

Y así fué cómo ví por última vez al tropel de bestias y mujeres, Y a mi infeliz amigo.

Subía todo lentamente, con gran dureza y lentitud, y avanzaba también en sentido horizontal. Aunque la traslación en el espacio era pausada, los animales daban la impresión de realizar esfuerzos poderosos. Un vértigo de fuga se desprendía del marco imaginario en que se movían seres y animales. Miré al toro y a los potros negros que se aproximaban a mi escondite, volando a dos o tres metros del suelo; pero no volando .precisamente, sino avanzando sobre una atmósfera resistente, tan fatídicos que daban ganas de llorar. Alcé la vista y de los caballos blancos encabritados como queriendo escalar el cielo y de las amazonas desnudas, emanaba una sensación de paz, de venturosa alegría. Quise reír. Mas cuando me fijé en la Enmascarada que sobre su yegua negrísima regía la escena mayestática, imperturbable, como si fuera la clave de todo lo acontecido esa noche, me acobardé, un miedo pavoroso selló mis labios.

Miguel yacía acurrucado sobre el toro. Así fué como lo ví por última vez.

El tropel ascendió y avanzó al mismo tiempo, siempre con lentitud. El aire era como si se quejara al sentir la presión de los cuerpos que lo atropellaban. Pasaron todos sobre mi cabeza, a corta distancia del suelo, sin ruido, sin violencia, como figuras fantasmales que sin embargo yo había visto moverse dentro de las leyes físicas de tiempo y espacio. Pasaron. Al llegar al extremo oeste donde la meseta se corta en abismo fulminante, mis ojos, que todo lo veían próximo en la noche clarísima, contemplaron cómo el tropel siguió su marcha impávida rasgando el aire como si hollara la tierra.

Y se perdió en pocos minutos en la sombría cavidad del horizonte, como se desvanece cualquiera forma, toda luz, si se aleja de nosotros o nos vamos distanciando de ellas.

### EL AVENTURERO

Vivo en el Ande misterioso, rodeado de montañas en el día y de estrellas por la noche.

Yo fuí un buscador de aventuras, en busca siempre de lo desconocido. Trepaba cumbres, me internaba por selvas remotas, cruzaba los ríos encima de un débil madero: en esa época no había obstáculo que no me sintiese capaz de salvar. Anduve... Anduve... Si desdoblara lo andado en una cinta imaginaria, tal vez resultarían muchas vueltas al mundo. Es increíble lo que puede recorrer un hombre. ¿Cuántos son mis años? Perdí la cuenta. Un alma inquieta, un cuerpo intrépido, no dan referencia del tiempo: avanzan. Si contara todo lo ocurrido desde que abandoné la casa paterna, nadie lo creería. Anduve... Anduve... Hallé varios tesoros y los perdí: ahora siento que se me va el mejor: la juventud. Antes que la memoria flaquee suelo entretenerme en recordar los días pasados. Ya no tengo la antigua energía que me llevó por inaccesibles parajes, en busca de cosas irreales. Antes vivía de mis sueños, ahora sueño mi vida. El cuerpo, cansado, se niega a seguir el rumbo violento del espíritu. Y estoy aquí, anclado en la meseta. De tiempo en tiempo, los indios me traen sustento; lo que falta lo tomo en el lago o lo cazo en el monte. Siempre hay leña y carne en el bosque, agua en el torrente. ¿Qué más podría desear?

Mi cabaña mira a la cordillera por el este y al Titikaka por el poniente. Nada me une al mundo de los hombres. ¿Qué pasa en las ciudades? Perdí la cuenta de los días. Por aquí no pasan viajeros ni vehículos; todo transcurre en calma. Sólo de tarde en tarde cruza un indio con su poncho policromo. Estoy solo en el paisaje cuya lengua finísima aprendí en largas horas de silencio. Nadie puede hacerme el menor daño; no me preocupo tampoco por nadie. Se dirá que es egoísmo. No, no lo es. Hice tanto ya por los demás que me cansé de servirlos, de su eterna ingratitud. Ya no busco nada porque me aburrí de perseguirlo todo. ¿Por qué se hurga el gran móvil en los grandes personajes? ¡Bah! Si contara una parte, sólo una pequeña parte de mi vida, muchos conquistadores quedarían pálidos... Las mejores aventuras no se escriben; se pierden en el río de la sangre. Contar, ¿para qué contar? Esa necesidad interna de provocar la admiración ajena, se apacigua o desaparece con la nieve de los años. Pienso qué poder alcanzaría aquel que comprendiera la fuerza de la soledad en el paisaje y la fuerza del silencio en el hombre.

Suele ocurrir que cuando parto a cortar leña, cantando una antigua canción de infancia, algo se rebela en mi interior:

—Amigo: ¿era esto lo soñado?

Mas yo río con fuerza, río alegremente, y respondo sin cólera, como se contesta a un compañero temeroso:

—¡Calla tonto! La vida es el sueño mejor. Vivamos.

Allá los hombres se afanan levantando viviendas que no tardan en abandonar. Ganan y pierden fortunas. Están al acecho del poder y del placer. Viven torturados por mil fatigas, mil pequeños compromisos que los aprisionan en su malla de orden y de horarios. ¡Pobrecillos,

esclavos del deseo! Ignoran el don bendito de ser libre y ser solo. Yo que fui un tiempo como ellos, medito y comparo: esto es mejor, es definitivamente superior. El solitario está más cerca de Dios. ¡Qué bueno es respirar el aire a pulmón lleno, amarlo todo y vivir desligado de trabas exteriores!

Entonces acometo con vigor al tronco que me dará su energía para calentar el cuerpo aterido. Porque la noche altiplánica es brava: silba sin cesar el viento, se cuele por las rendijas de la puerta, introduce el tumulto en el techo de paja. Al amanecer, bajo el trallazo del frío, las piedras suelen reventar; demonial desintegración. Pero yo puedo subsistir en la inmensa soledad mesetil. Me defiendo del frío que hostiga desde fuera y del fuego que roe por dentro. Sé que un día me hallarán tendido a la puerta de mi cabaña; no importa. Prefiero vivir sin amo mis últimos días.

Sé que no debo hacerme ilusiones, pero no puedo domar la sangre antigua: a veces me parece que algo llama a mi puerta...Toques sutiles, imperceptibles, esos vagos sonos amortiguados que el corazón recoge mejor que las orejas. Entonces cojo la escopeta, silbo a "Kollu" y nos internamos por el bosque a la busca de un nuevo enigma. Porque para el solitario todo es novedad, todo acicate.

El viejo rival me hostiga sin descanso. A veces tarda en volver mas regresa siempre. Si salgo a su encuentro, él se aleja con paso ligero; si retorno a la cabaña, él vuelve furtivamente sobre mis pasos. Cuando no llama, acecha desde lejos. "Kollu" le muestra los dientes, gruñe; luego va a esconderse a la perrera que yo le hice, porque le tiene un miedo inexplicable. Pero él se ríe de ambos, prende la inquietud en mi sangre y nos ronda con paso de lobo.

No hay nadie en la cabaña, aparte de mi perro y yo. No hay nadie, pero él está ahí.

Así es el misterio.

Como la montaña no tengo amigos: supe bastarme. Soy feliz a mi manera, aunque no se pueda ser enteramente dichoso cuando las fuerzas declinan y el alma pierde su ímpetu jovial. Más hay horas que compensan de toda flaqueza. Y cuando la luna asoma detrás de los neveros lejanos, mientras fumo en mi hermosa pipa de caoba, no me cambiaría con nadie.

En otras ocasiones, si el frío es muy intenso, al fulgor de la hoguera pienso en los hechos pasados. ¡Ja, ja, ja! Si supieran lo que yo ví, lo que yo hice... Podría estar, ahora, en un trono, manejando millones de hombres que temblarían al oír mi voz. Pero el más grande no es el que triunfa, sino el que renuncia. ¿Qué importa hundirse en el olvido? Mi desprendimiento es mi grandeza. Por eso no leo libros; nada pueden decir más alto que mi experiencia o mi fantasía. Y mis tesoros, que nadie puede robarme porque carecen de forma y de peso, son siempre proteicos, inagotables. Me sustentan.

Amontono leña, prendo fuego, fumo y pienso. Siempre en las cosas pasadas, porque las que vendrán no tienen importancia. ¿Por qué agitarse, por qué luchar? Lo tuve todo y todo lo perdí. Pocos saben que el secreto de mi fuerza fué la serenidad tras la victoria o la derrota. Lo que emprendí fué con pasión, furiosamente, tenazmente. Más cuando comprendía que un asunto estaba terminado, le volteaba espaldas Cualquiera que fuera el resultado. Nunca me dejé amarrar por nada: ni por el dolor ni por el placer. Y si digo que me siento cerca de los dioses, no es por estúpido orgullo, sino porque tengo conciencia de mi valer; ¡Cuántas heridas le hice al mundo, sin que él me las devolviese! Moví tantos hombres, desencadené tantas pasiones, que no bastarían los años de mi vida para contar mis aventuras. ¡Ja, ja, ja! Con sólo proponérmelo, haría temblar a muchos personajes, empalidecerían autores famosos. Pero callo y muevo mi mundo de recuerdos sólo en mi vieja imaginación vertiginosa. ¿Qué sería del hombre si no pudiera recordar, si no pudiera fabular?

Es inútil agitarse, es por demás luchar. Los árboles, fijos en el suelo, apenas se mueven cuando el viento los mece. Nada de cuanto vive alcanza la majestad de la montaña. Una pequeña piedra inmóvil en su dura quietud, parece más dichosa que el hombre eternamente inquieto. El fuego de las horas intensas es un mantoncito de pavesas. ¿Qué queda del pasado? Primero pavesas, después nada.

"Kollu" se echa a mis pies, se ovilla y me mira por el rabillo del ojo; atisba, espera. Aguarda sin dejar de atisbar, porque fiel camarada es el que se entrega en la vigilancia. Y él conoce mis sobresaltos bruscos y está dispuesto siempre a seguirme donde sea. Yo acaricio su pelaje fino, y otra mano increíble recorre el lomo desigual, áspero y suave de mis recuerdos.

Otras veces, cuando el insomnio me tiene despierto, un intruso turba mi reposo. Es un joven de cuerpo atlético, sonrisa insolente, que mira todo como si fuera el dueño del mundo. Me parece que lo quiero y lo detesto al mismo tiempo. Se sienta frente a mí, me mira con sus ojos burlones; rara vez deja escapar palabra. De pronto sonrío y yo pienso que hace mofa de mis canas. Su mirada entre burlona y compasiva me irrita. Lo miro con enojo. Pero el intruso desvía los ojos, mira al suelo, después los levanta hacia mí tranquilo. No, no quiere burlarse. Es como si quisiera decirme algo y sin embargo nada dice. Callamos. Yo lo miro, receloso. ¿Quién es, qué me recuerda su cara? Pienso en mi mejor amigo, creo descubrir rasgos de algún antiguo adversario, hasta me parece que se asemeja al joven que yo fui. ¿Quién puede ser? Una extraña ternura y una creciente irritación me conmueven. Entonces grito con fuerza:

—Muchacho: ¿qué se busca?

Más él se hunde en la sombra como si la tierra se lo hubiese tragado. Y tarda días en volver.

Así es el intruso.

Hay días que me siento con el vigor de antaño. Hago largas correrías por el lago, exploro el monte, recibo confidencias de los pájaros. Pero esto es cada vez más raro; lentas fatigas impiden que vaya muy lejos. Yesos días vuelven pocas veces.

Miro el Titikaka distante, los neveros lejanos. Ese mar interior, la eternal cordillera. Me gozo pisando la tierra, dura y hostil como yegua que exige ser domada para el extraño; morosa y amorosa para su habitante. ¿Quién alcanza tamaña antigüedad? Un día el hombre fué tan grande como el mundo que nacía; otro será tan pequeño como la tierra que decline. Hombre, piedra, árbol, animal. ¿Qué más da? Arriba danzan las constelaciones, abajo las estaciones se repiten. Todo gira, se desvanece, vuelve a suceder. ¿Por qué angustiarse? Mañana el calmoso podría ser un trompo. La cuna mecida entre altos cerros conoce mejor la fugacidad de los seres. Aquí el rumor del mundo se agiganta como el sonido en las curvas de una caracola inverosímil: todo es, todo dejará de ser, debe volver todo. Hasta el monte inmutable. ¿Por qué inquietarse? Es ley de Wirakocha la mudanza, y nadie puede sustraerse a la palingenesia original.

La montaña es subjetiva: he aquí su arcano. Apesar de sus grandes líneas, de su presencia inmensa, amarla y entenderla, conjugar con ella es cosa interior.

Estoy filosofando, estoy envejeciendo.

¿Quién dijo la palabra absurda? Sólo declina el que se siente morir. El hombre tiene la edad de su impulso. Aunque mis piernas se resistan a conducirme, yo tengo todavía el anhelo de correr de volar y detrás de las cosas, a la vuelta de cada minuto, hay algo indefinible que me llama y me espera...

Pregunto a "Kollu" muchas cosas, porque se puede hablar sin palabras; comunicarse hondamente, íntimamente, como se acercan tierra y cielo cuando la noche tiende su manto de azabache. "Kollu" sabe cuándo estoy en trance de confidencia. Leo respuestas asombrosas en sus ojos zarcos.

También me sumo en la inmovilidad del yogui. Deseo, deseo intensamente. Luego venzo el límite del deseo y desasido de todo querer alcanzo las fronteras de maya: me parece que todo se desvanece en la rueda del mundo. Y es como si el mundo sólo fuese una forma de mi pensamiento. Luego me arranco a esa quietud nirvánica, salgo a cazar, me siento ágil bien plantado sobre mis piernas vigorosas. Y entonces me opongo a los teólogos y a los pensadores, que dicen que el cuerpo es la cárcel del alma. No, no es así: el cuerpo es el faro

del alma. Y bendigo la hermosura del cielo, la ternura de la tierra, la belleza sagaz de la arboleda; todo eso que entrando por los sentidos remueve y levanta mi espíritu. No puede existir mundo mejor que el conocido, aunque la criatura sea mísera y sufra.

Goces tiene el paisaje, revelaciones el tiempo que no alcanzan los jóvenes. Sólo el que ha vivido, el que ha rodado mucho, comprende mucho.

Anoche, mientras el humo de mi pipa se perdía en la claridad del aire, tuve un presentimiento:

—Tendremos visita...

"Kollu" movió la cabeza en señal de asentimiento.

La mañana pasó sin novedad. Me entretuve reforzando la protección de los almácigos, recolecté pequeños guijarros negros, afilé mi cuchillo de caza. Traje dos patitos del lago que devoramos prestamente. Estuve mucho rato tendido bajo los rayos del sol invernal, absorbiendo luz y calor por todos los poros. ¿No es extraordinario el lento fluir de las horas? Por la meseta las cosas cautivan sin oprimir. No pasa nada, no soy esclavo, todo anda bien. Sólo el Viento, lánguido a veces, a veces colérico y cortante, turba la inmensa quietud del paisaje.

Al atardecer, cuando el sol aun brillaba fuertemente, alguien bajó del monte y vino a mi encuentro. Reconocí el cuerpo atlético, la sonrisa insolente.

Se sentó a mi lado, sobre el tronco de un eucalipto recién abatido. Estuvimos callados, como si no tuviéramos nada que decirnos. Luego prendí la hoguera y vimos cómo su hermosa llama pasaba del pálido azafrán al amarillo ardiente, conforme la noche fué desplazando a la tarde. No le pregunté quién era. ¿Para qué? Me era familiar y desconocido a la vez. No tenía en realidad sobre qué interrogarlo, pero me habría gustado saber qué pensaba.

De pronto, sin proferir palabra, el joven sacó un puñal buído del cinto, entreabrió mi camisa de lana y sobre mi piel curtida hizo varias incisiones. No sentí dolor alguno; brotaron gotitas de sangre que amenazaban solidificarse. El comenzó a trabajar con ellas como un experto lapidario con sus gemas: las golpeó, las estiró, las contrajo, buscando proporciones, redondeando ángulos, hasta obtener la fina conformación final.

Cuando su tarea hubo terminado, me las puso en la diestra y dijo sencillamente:

—Tómelas; son tuyas.

Sorprendido las cogí. Eran breves rubíes centelleantes, y mirándolos fijamente advertí que ya nada tenían de gotas de sangre. Y se me ocurrió que en cada cual estaba contenida una de las mejores aventuras de mi pasado tumultuoso. Me pareció reconocer una vieja voz familiar que subía por el laberinto de mis venas.

Quise agradecerles mas ya el intruso se perdía en el monte. Un silencio de alas fabulosas fué cayendo en torno a la cabaña. Cuando la calma volvió a mi espíritus los rubíes encendidos se agitaban en el cuenco de mis manos como queriendo hablar.

Los miro, los miro largamente... Pero desde aquella noche los miro sólo a la luz de la hoguera, porque en el día son como piedras frías: no dicen nada. ¿Cuántas historias extraordinarias saldrían de su abismo escarlata? Acaso un día las cuente.

En los últimos tiempos ya no ha vuelto ninguno de los dos. Ni el intruso invisible que inquietaba mis sueños ni el muchacho. ¿Qué será? Siento como si hubiera perdido dos compañeros aunque siempre estaba lidiando con ambos. Más no me aflijo porque, prefiero estar solo y sé que cualquier rato alguno de ellos volverá. O bien otro ser incógnito que me traerá nuevas incitaciones.

Me estoy poniendo viejo. A veces pierdo mi poder de evocar y llamar figuras lejanas. Pero otras un viento de vida fuerte me conmueve. "Kollu" gruñe alarmado: un soplo de misterio viene del bosque. Me levanto, cojo la escopeta y seguido por el mastín me interno en el monte.

La tarde está tranquila, silenciosa. Pronto vendrá el otoño y las hojas vestirán de púrpura. Avanzo, avanzo... Mis piernas flaquean y sigo avanzado. Presiento que cuando llegue el minuto de la última caída, no me hallarán al pie de mi cabaña, sino lejos de ella, porque ocultas energías me proyectan siempre más allá, más allá...

Cuando el sol pone tintes de bronce en las cumbres, mi corazón se pone a cantar.

La senda se vuelve más empinada, la luz declina. Quisiera encontrarme otra vez con el Cóndor Blanco que me derribó con un golpe de sus alas poderosas. O volver a descubrir la ruta del tesoro del Inca que yo mismo borré porque nunca me interesó el dinero. Y adivino que detrás de los eucaliptos que la noche negrea, una muchacha espera mi llegada; presiento sus ojos oscuros y su risa de oro.

—¡Niña encantadora! —grito colocándome las manos a modo de bocina resonante —  
¿Me aguardabas?

Nadie responde. Pero yo sigo internándome en el bosque, en busca de la dicha inesperada. Cada vez más cerca, cada vez más lejos. Así fué siempre. Porque la alegría pertenece al que no tiene prisa, y el que busca en el día puede seguir buscando por los caminos de la noche. Porque el tiempo no existe en la tierra, sino en el corazón del hombre. Y el que avanza al encuentro de su inquietud, siente que su inquietud viene hacia él.

Así es el Misterio.

## LA MUERTE DE AXEL

En un país tan lejano que perdió el nombre y en un tiempo tan distante que parece olvidado, sucedió esta pequeña historia; tan pequeña, que podría grabarse con la punta de una aguja en el ángulo de un libro.

Y fué que un puñado de hombres, levantando bandera de rebeldía, resolvió luchar sin descanso hasta abatir la iniquidad de los poderosos que oprimían al país. Padecieron hambre, sed, tortura. Padecieron la roja herida de la incomprensión y el latigazo verdeoscuro de la envidia. Padecieron también el dolor austero de los bronceos lamentables, y la pena sutil del llanto que no puede manifestarse.

Y luchando, sufriendo, cayendo cien veces para cien veces levantarse, se hicieron fuertes como osos, audaces como tigres en acecho.

Y entre ellos iba un joven de perfil delicado y corazón ardiente, que luchando y sufriendo como todos, con frecuencia preguntaba:

—¿ Será posible alcanzar la región donde se cierce el águila caudal?

Y sucedió que estos hombres entraron al corazón del pueblo. Y un día de días los poderosos fueron derribados de su trono de iniquidad. El pueblo fué libre, la justicia volvió a ser aposento general para todos, porque los vencedores, de común acuerdo, resolvieron expulsar al privilegio y al abuso. Y como el Mal huyera de los horizontes del país, los nuevos gobernantes que conquistaron esforzadamente la dicha del pueblo dijeron:

—Ya no hay iniquidad, ya no injusticia. ¿Para qué mantener nuestra fuerza de combate y de mudanza? Disolvámosla.

Y llamando al pueblo a la gran plaza circular de festivales, tan ancha que las gentes no se reconocían de un extremo a otro, erigieron una pira altísima con leños olorosos sacados de sus bosques más fragantes.

Y con ayuda del pueblo fueron arrojando a las llamas purpúreas todo cuanto les sirviera en su lucha de treinta años: códigos, estatutos, libros. Y las llamas purpúreas lo quemaron todo; las sobrias vestiduras talares, las viejas armas ennoblecidas por el rubí de las heridas; los fieles muebles desgastados por el roce de los mismos dedos.

Y aunque algunos veteranos se enjugaban las lágrimas dolidos por esa ruptura con su pasado de gloria, el Jefe de Hombres los increpó:

—No lamentarse, guerreros que ya no lo sois —dijo—. Nuestra lucha terminó. El Mal ha perecido para siempre, ahora debemos organizarnos para la paz y la alegría.

Y a los que preguntaban qué sería de los trofeos, qué del heroísmo que guardaban sus pechos, se les manifestó que cuando los pueblos son felices el heroísmo y los trofeos duermen en las tumbas.

Y todos quedaron tranquilos y felices. Y millares de caras resplandecían de júbilo, como si millares de espejos devolvieran la alegría de las llamas que subían por escalas invisibles al cielo.

Entonces Axel, el joven de perfil delicado, acercándose al Jefe de Hombres le gritó con voz airada:

—Maestro —exclamó— yo te seguí porque proclamaste la búsqueda de un ideal, la emoción aventurera de la lucha. Yo no sufrí tanto como los otros, pero ¿cómo podría vivir sin ese ideal, sin que aliente en mi pecho la emoción de la aventura? Al abolir nuestra causa, truncaste mi esperanza. Me has roto el Corazón. ¿Y qué puede hacer un hombre sin corazón?

Y antes que nadie pudiera impedirlo se arrojó a la hoguera en voluntaria inmolación. Y al fundirse cuerpo juvenil en el delirio de las llamas, parecía un héroe de oro saliendo al encuentro de su destino. Y de los leños olorosos de la pira subía una música intrépida, que vacilaba entre el dolor que gime y la cólera que estalla.

Cuando el pueblo comprendió la distancia que lo separaba de Axel, el inmolado, muchos sollozaron sintiendo que también se les rompía el corazón.

Porque la desaparición del último, héroe es lo más grave que puede acontecerle a un pueblo.

Y allí, en lo alto, donde las sierpes de fuego de la hoguera se hundían, en el cielo profundísimo, un águila caudal volaba en grandes círculos concéntricos.

Y un relámpago dijo a la montaña que el águila tenía la mirada ardiente y atrevida de los ojos de Axel.

## EL MAGO

Lo conocí una tarde cargada de electricidad, en un grupo de estrategias de café, quedaba a Hitler seis meses para conquistar Europa y tres años para dominar el mundo. El estaba en medio, como un profesor de esgrima, devolviendo golpes: parada, finta y estocada a fondo. Así, dos, tres, cuatro horas, hasta que perdimos la noción de tiempo.

—El del bigotito nos hará andar a todos más de prisa —decía cuando yo me arrimé al grupo.

Han pasado diez años y todo cuanto él dijo se ha cumplido con asombrosa exactitud. Claro que entonces nadie le creyó; pero yo sí. Por eso recuerdo su predicción final cuando alguien espetó que el cabo austriaco arrasaría la mitad del mundo: "pero la otra mitad lo vencerá".

Conversaba con naturalidad maravillosa. Al principio no me daba cuenta que el tema le era indiferente; sólo un pretexto, la ventana para asomarse al mundo sonoro, rico de color y contenido, eternamente joven de su voz. Yo le oía, le oía con recogida atención, y se me antojaba estar frente a un encantador que extraía gemas de un cántaro sin fondo. Verdad que los charlistas son insoportables; mas hay largo trecho del charlista, artífice del chisporroteo verbal al esteta del habla, creador de mundos mágicos. Uno hace ruido música el otro.

El no era un charlista, sino un improvisador genial; un repentista, curiosa mezcla de arquitecto y de poeta. Poseía una ciencia interna de la narración: ajuste y libertad a un tiempo. Su relato fluía entre la solidez de la columna y la ondulación de la ola. Con técnica impresionista, a golpes de espátula, coloreaba planos y destacaba volúmenes; luego los esquemas idiomáticos se agrupaban y reagrupaban en torno a la estructura central como las manos del escultor levantándose, volviendo siempre a la entraña del yeso. ¿Modelador, ingeniero, músico? ¡Qué se yo! Tenía algo de todo eso y algo más, porque el hablante superior, como el buen joyero, cuando engasta sus piedras en castillos platinados, aplica las leyes más recónditas de la perspectiva para despertar el pasmo de la vista.

Dijérase un Paracelso de la conversación, transformando rudos materiales en ultraquímicas esencias.

—¡Qué! ¿La economía, la política enturbian el banquete del hombre? El mundo está muy bien organizado; nos dan carbón para que hagamos diamantes.

Del tema más trivial, sacaba un torrente de conceptos y de imágenes. Otros dirán que era sólo un brillante expositor, un persuasivo fabulista; mas yo recuerdo que detrás de su relato, más allá del esquema lógico, había siempre lo que sólo expresan dos palabras: color, sonido. Pintura viva, música insinuante. Y eso es lo que yo absorbía.

Solía visitarlo en su oficina, en el vigésimo piso de un rascacielo. El manejaba una empresa complicada: cien máquinas, mil hombres. Sentado en su sillón inglés, dirigía la maniobra con seguridad de viejo lobo de mar. Lo hacía todo conversando, con el menor esfuerzo aparente, no al modo estúpido del charlatán que habla y habla sin brújula posible, sino a la manera organizada de la abeja, que extrae de cada flor el zumo necesario. Y acostumbraba entornar los ojos bajo la cuenca profunda de las cejas, forjando un aura de misterio cuando las frases salían con ritmo lento y grave de sus labios:

—Los problemas se resuelven con hipótesis; los hombres se manejan por palabras. Ponerle a cada una su calibre.

Recuerdo sus ideas acerca del periodismo. ¿Cuál es el secreto de la técnica moderna? Con lápiz rojo, con lápiz labial, como la mujer que se embellece con dos toques; todo estriba en la forma de dar esos toques: esto sobra, aquello se subraya. Objetivar, reducir siempre. Más un saber callar que un poder decir. Estar en todo sin creer en nada; o en muy poco, Sugerir. ¿Qué pide el lector? La nuez del asunto ¡cuidado con las cáscaras! Resérvese, recórtese; la gordura perjudica a la noticia. Podría escribir muchas páginas evocando sus finas teorías, que versaban desde el tópico científico hasta la nadería incidental. Pero mi memoria es deficiente, y aunque las recordaba no sabría transmitir las con esa vibración de vida cálida con que salían de su boca.

—Yo hago maquetas, soy "maquetista" —decía una voz desde el sillón inglés, mientras las manos trazaban signos sutiles en el aire, como si fueran apoderándose del secreto del mundo. A su conjuro las palabras salían del plano abstracto, ganaban profundidad, se apropiaban el espacio. Yo veía surgir, desvanecerse, reaparecer cuerpos y volúmenes, escenas de maravilla, seres purísimos que parecían brotar de sus labios, de sus ojos, de sus

manos, de la total máquina física, como si cada idea, por la magia de un concepto cabal, de una imagen sutil, de un gesto sagaz, se convirtiera en un cuerpo súbito, hermoso, redondeado.

Se dirá que si hay una ciencia del lenguaje, no existe un arte de la palabra, porque nadie es dueño de esa técnica invisible, sutilísima, que une en el espasmo de un relámpago los dos cabos de la idea y su expresión. Pero el esteta del habla es una fuerza de la naturaleza, cosa en sí, y como todo fenómeno de alta belleza: vibración. Decid que habéis escuchado a un mago de la conversación, no intentéis describirlo. Es imposible. Si yo lo hago es porque tenía que sacarme esto de adentro, aun sabiendo que jamás transmitiré lo que me fué revelado, sino sólo una vaga sugestión de un mundo misterioso, infinito, intransferible...

Recuerdo su faz grave, los ojos perdidos en el horizonte lejano, el diapasón pausado de su voz, la noche aquella que hablaba de Ferdusi, de las gacelas de Hafiz, de las preguntas asombrosas del rey Millinda. Parecía un derviche escapado de la boca de Scheherezada:

—Son cosas, cosas...

Conforme avanzaba el relato, el mago se sumía en el mundo; evocado, se irrealizaba: unos ojos viejísimos escrutaban el enigma de la lejanía. Y cuando hubo anulado el tiempo y escamoteado el espacio, sobre un tapiz de imágenes sobrevolamos la meseta del Irán, para visitar al sabio, al taumaturgo Ferid-Uddin-Attar, el perfumista que roba el aroma de las rosas y el silbo de los pájaros, y los devuelve en dísticos a Dios. ¡Suavísimo Attar de las manos sarmentosas y los labios de miel! Estaba al pie de una mezquita azulada, irradiando paz, sortilegio, como la exhalan todos esos seres y esas cosas de donde viene la luz. Attar nos contó historias tan bellas, que el mar, envidioso, bramó en el confín. Yo quise saber cómo llegó el dulce cantor a Dios, si verdaderamente renunció a la poesía por la contemplación, pero el derviche, alarmado, intervino:

—Es tarde ya; el tapiz sólo viaja de noche.

Volvimos. Amanecía en Buenos Aires. Un tinte róseo teñía la cúpula del Banco de Boston. Yo no sé si estábamos en América o en Persia. y en un segundo como un mundo, aspiré el perfume de las rosas del Horasán.

El mago desbarató mis prejuicios sobre el arte de conversar. Por él supe que diálogo y soliloquio son formas elevadas de expresión espiritual, centros de revelación, donde podemos sumergirnos en busca del dragón que nos devora cada día. Y gracias a su habla persuasiva, reveladora siempre de paisajes inéditos, amé la charla como antes sólo amara la música, los libros, la naturaleza.

Nunca pude comprender cómo ese hombre tranquilo, que manejaba impasible su colmena babélica de hombres y máquinas, podía simultáneamente resolver un cúmulo de problemas prácticos al primer golpe de vista, orientar vidas, animar vocaciones, levantar teorías, desvanecer prejuicios, concertar concordias, reanimar mundos muertos, enardecer a los vivos sin que jamás fallara su máquina mental. Soñador y hombre de acción al par, evocaba, producía... Era polifónico, pero cada tema, cada asunto, los trataba siguiendo el hilo melódico esencial:

—No me den muchos tonos; sobra uno.

No se dejaba enredar en el tumulto contrapuesto de los episodios, porque sabía iluminar el perfil incisivo del suceso con toques cromáticos de admirable precisión. En el torbellino, veía el nudo del vórtice. La línea de menor resistencia en los cuerpos. Y el caracol fabuloso de su oído recogía la modulación infinita de las almas. Captaba todo marchando rectamente a su meta; no embarullarse, no desviarse: concentrar. Un almirante en plena borrasca, no manejaría sus naves con la perfección que él dirigía la escuadra de las ideas tripulada por la osada marinería de sus metáforas.

¿Cuál sería la introducción al método de un esteta del habla?

Decía él que comedia y drama, hechizo puro, porque la charla es rigurosamente individual. Su poder recreador, indefinible por naturaleza, participa de ciertas condiciones dramáticas, pictóricas, poéticas. Crea un clima de comunicabilidad, mas su sentido último escapa a toda objetivación. Sugiere, nunca se da por entero. Realidad intemporal, inespacial, "es" una sola vez. La música bella puede volverse a oír; el habla encantada no se repite. Drama y actor, dualidad inseparable del juego idiomático y del jugador verbal; no se entiende bien el juego si se ignora al jugador. Y en la charla sabia, que dominaron los magos de Shiraz o el solitario de la cárcel de Reading, el juego es uno y vario, vario y uno el jugador. Alquimia trascendente. Así como resulta imposible reproducir la sensación de belleza que se desprende de un lienzo, por el simple artificio literario, parece inútil manifestar con palabras escritas la fulguración vibrante de la palabra viva. Las creaciones del gran hablista son inasibles; insinuamos el fenómeno sin negar a su fondo plástico. Anoto pues recuerdos, sugerencias de sensaciones, cosas aladas y fugaces, seres angélicos que se esfumaron antes de su condensación.

—El mundo no quiere trabajar —es una frase banal, pero cuando se oyó tejer en torno a ella innumerables variaciones, sin agotar el tema, recién se comprende el secreto del devorador de ideas: la elaboración inacabable.

A un escritor que preguntaba:

—¿Qué le falta a mi libro?

Le contestó el mago:

—Lo que le sobra.

Respuesta paradójica, que tampoco dice mucho? si seguidamente no se escuchó un curso de estética aplicada sobre la necesidad de producir sin premura y sin exceso. En el gran hablista el bosque, el rumor del follaje es lo mejor; y es justamente lo que no podemos reproducir los transcritores.

El mago no era pues el tema ni el concepto, sino la forma que los manifiesta. "Es peligroso ablandarse —apuntaba —vivimos entre gigantes". Más cuando alguien se le arrimaba en demanda de apoyo o confianza, él no se defendía contra el mundo: salvaba al otro, tomando sobre sí parte de la carga ajena, y dejaba que la palabra suya obrara con fuerza radioactiva. Soñando, hacer soñar. En aire de danza, una incitación al actuar. Y una cascada de imágenes daba su frescura al que escuchaba.

No serían, tal vez, cosas muy profundas ni muy trascendentales las que brotaban de los labios del mago. Pero todas sus palabras tenían alas y uno se sentía ligero, volandero oyéndolas fluir.

Una tarde decidí buscarlo en su cueva. Vivía en Belgrano. Y allá me fui cruzando sus calles silenciosas y arboladas. Me detuve frente a una pequeña casa de dos pisos; un "home" de habitaciones reducidas y sobrio mobiliario. Aquí un Fader, allí un Thibon de Libian. En la casa del hombre que era la erudición hecha verbo, no había biblioteca; sólo tres libros en la cabecera: una Biblia, el Mantic-Uttair, los "rubáys" de Khayyam. Dispuestas artísticamente, las cosas tenían un encanto noble, familiar. Con todo, el hechizo de la casa no estaba en los objetos sino en su equipo humano. Recuerdo unos ojos azules en una hermosa cara céltica, hecha de dignidad, de ensueño, de virtud: la compañera. Un niño desconcertante, trabajado en la materia indefinible de las sorpresas. Una muchacha fascinadora, la mitad llena de risas, la mitad plena de embrujos. Estos seres se movían con entera libertad, al punto que me sentí en mi propio hogar: una casa antiquísima de cinco mil años, que era al mismo tiempo un recinto novísimo, donde nadie se extrañaba de nada porque se presumía todo. Mientras ellos jugaban con los ángeles que moran en las cosas, yo salí al jardín en busca del mago.

Yo esperaba otra cosa; el amable hombre de mundo, acogedor, locuaz, que lo toma a uno desde el umbral y le va enseñando sus pequeños tesoros. Pensé extasiarme ante una gran biblioteca; repito que no la había. Creí que, en su morada, el mago se esforzaría en deslumbrarme con su charla. Yo iba preparado para una sesión tormentosa, de intensa euforia verbal, como una nube que sale al encuentro de otra para desatar su carga eléctrica en el impacto que las funde y las precipita hacia abajo. Nada de esto sucedió.

El jardín era un pequeño rectángulo de grama: dos pinos, el estanque de lotos, un limonero. Por toda decoración un vertedero con mayólica de Talar vera. Allí, a un extremo, dormitaba el mago. Estuve mirando sus nobles rasgos, como queriendo sorprender el misterio de su reposo, hasta que él se dió cuenta —no, no lo desperté — se dió cuenta de mi presencia y sin abrir los ojos dijo con una voz que venía de muy lejos:

—Bienvenido.

Me senté a su lado, en una vieja silla de lona descolorida por el sol. De la casa no venía ruido alguno. Un silencio apenas turbado por el agua del vertedero, difundía un clima de paz en el ambiente. Al fondo, el muro se cubría de yedras. Pequeños rosales, casi inadvertidos, se erguían en un ángulo del jardín. Allá, por el inmenso lienzo de una pared frontera, bajaban formas raras labradas por la lluvia, que aire y sol patinaban de un ocre irreal. Miré los lotos: se mecían lentamente. El limonero despedía efluvios inefables. Entonces su voz incitó en un murmullo:

—Absorbamos.

Yo conocía su teoría de la inercia creadora. Lo más grande, lo más hondo que vió el mundo no nació de la acción, sino de la quietud. Lo único que tenemos frente a la absurda actividad mecánica y organizada del hombre moderno, es la imaginación. Lo que se crea por sí, la harina celeste del poeta, una suerte de alimento despojado de vitaminas, que nutre sin robustecer. La flecha alada que brota de cualquier punto sin detenerse en ninguno.

Soñamos cosas...

¿Qué hacen los pájaros? Sueñan en el trazo de su vuelo. ¿Las nubes? Levantan torres de sueño. ¿El agua y el rayo de sol? Sueñan. También el hombre sueña cuando olvidado de lo útil se mira en el espejo de lo inútil. Trabaja el codicioso, castigado por el mandato bíblico; y corre, vuela, no se detiene nunca, porque en el deseo está el castigo. El artista, en cambio, mira crecer la hierba, se solaza en la hermosura de las mujeres, atisba el rubor del niño y de la rosa. No trabaja: crea, alejado del éxito inmediato. Elabora formas puras, aéreas, gozosas, comunicables sólo al meditativo porque la meditación es el modo cómo la Gracia desciende al espíritu. Hacer cosas sin sentido, hacer y rehacer cosas que no deparen utilidad alguna. Vivimos como demonios pero el ángel nos habita. Por eso el Buda se recogió a su centro, para imaginar el mundo que nadie puede abarcar.

Díme pues a soñar con los ojos abiertos. Y absorbí, absorbí la marea pánica. Sueño para vivido más que para contado.

Sobre el pequeño rectángulo de grama comenzó a soplar un aire sutil, que mecía dulcemente dos bonzos refugiados en las copas de dos cipreses distantes. El sol proyectaba un esmalte de oro viejo en el paisaje: lotos, rosales, limonero cambiaban monedas de catorce, dieciocho, veinticuatro quilates. El cielo, arriba, recogía el incendio áureo y lo disolvía en un fino resplandor dorado. Cerré los ojos.

Yo sentía que unos geniecillos subían en forma de efluvios, tropezando con otros seres diminutos que bajaban de lo alto. Era un trajinar sin tregua: la tierra un anhelo de subir; el cielo un goce de caer. Me pareció escuchar la rotación musical de los astros, o el roce increíble conque cada ser se mueve dentro de su propia órbita. Abrí los ojos. El mago seguía sumido en su meditación. Planos... planos... Lucía el aire con tan pura transparencia, que

semejaba un cristal vibrante. Cada forma profundizaba su azul en lejanía: el tapiz de grama, la taza de lotos, el muro de yedras, los bonzos chinos, árboles, casas y cosas extrañas, tendido todo hacia un horizonte mágico, volviendo todo al encuentro de mi punto de observación. Pensé: "si cada cosa fuese un horizonte en fuga".

De pronto la escala de seda del aire se estremeció: un colibrí. Y otro. Y otro. Se aproximaron al vertedero, bebieron y revolotearon en su danza multicolor. ¿Hay algo más inefable que la libación del colibrí? En sus alas velocísimas centellean mundos de revelación. ¿Por qué los hombres inventaron el altavoz si la naturaleza entera cabe en un rumor? Los bonzos, columpiándose graciosamente, anunciaron la llegada de una presencia invisible. Exhaló el limonero la fragancia de los días perdidos. Del estanque de lotos subía un humo sutil, sutil; forma liviana; línea pura: anunciación. Quise saber, quise gritar. Pero los colibríes, asustados por el poder de mi deseo, se alejaron y con su fuga se quebró el hechizo. Nunca más volví a sentir ese estado de bienaventuranza. Sólo el gotear isócrono del vertedero me recordó que algo nunca muere en el corazón...

Tal vez lloré, tal vez reí, tal vez me puse a orar sobre la grama, aunque el mago y yo éramos dos estatuas inmovilizadas en el ardor del mediodía.

No sé dónde estuve ni cómo. ¿Persia en Belgrano? ¿América en Oriente?

Cuando salí del sopor meditativo, bandadas de pájaros se hundían en lontananza, a la caza de Simourgh, el ave fabulosa en la que nacen y terminan todas las aventuras místicas del hombre.

Me levanté. El mago seguía sumido en su letargo. Quise despedirme, sin turbar el encantamiento de esa tarde sin palabras. Había recibido la última enseñanza: la suma sabiduría de la contemplación. Temeroso de interrumpir su reposo, me fuí alejando lentamente, lentamente...Y en el umbral me pareció recoger una voz apagada:

—Gracias.

Bendije entonces a ese hombre que poseía el don de la palabra y del silencio, los dos polos de la expresión humana. Agarré el nombre de "mago", lo quebré con mis manos y aventé sus fragmentos al espacio. Giraron, giraron en locos remolinos. Luego el aire, con dedos suavísimos, me los devolvió recompuestos, como una porcelana de oro en fondo azul que se hubiera quebrado sólo por el placer de sentirse maravillosamente reconstituida.

Pero el antiguo nombre ya no regresó, porque cuando pronunciamos la palabra "maestro", todas las que le son afines huyen del corazón.

## PRESIONEROS

Cuando Lebruna iba a Nueva York, se alojaba en un hotel de lujo. Le gustaban las alfombras mullidas, el ambiente severo y recogido, los mozos diligentes. Si el edificio era muy alto, elegía una habitación en los últimos pisos, mejor en esquina, para disfrutar del paisaje: esas torres altísimas, esas luces centelleantes, esa perspectiva de puentes, trenes y rascacielos única en el mundo.

A diferencia de otros sudamericanos, heridos en su sensibilidad por la grandeza vertiginosa de la urbe; Lebruna se acomodaba perfectamente a ella. Era un rico industrial de Caracas, habituado a los viajes, a quien Nueva York atraía con mayor fascinación que Londres o París. ¿Que el arte y la cultura se sienten mejor en un rincón de Florencia, o desde las umbrosas avenidas de Berlín? ¡Bah! La vida más rica, la ingeniería ascendente, el demonio de la técnica están aquí. Europa es un organismo declinante, junto a la metrópoli neoyorquina. Este es el mundo nuevo: el presente maravilloso y el futuro sentido al mismo tiempo, la mayor acumulación de ciencia y de riqueza que ha visto el hombre. ¿Quién fué el insensato que sostuvo que un hombre vale más que un rascacielo? ¡Filosofía de humo! Para el venezolano, educado en una escuela materialista de amor al éxito y dominio organizado de la

naturaleza, el rascacielo era el símbolo del poderío moderno. Buscaba los hoteles más altos, atalayas de la urbe, y se instalaba allí, asegurando un balcón saliente, ancho de perspectivas, para poder gozar el espectáculo sin par de la colmena monstruosa. Para ella no existen el día ni la noche: sólo el movimiento. Y así como largas hileras de automóviles cruzan los túneles bajo el Hudson sin descanso, las almas de sus gentes jamás reposan, ni siquiera en el sueño, porque se desplazan constantemente de una necesidad a otra mayor, de un riesgo a otro, ruedan en medio de sensaciones nuevas y tensiones diferentes.

El era feliz habitando el laberinto. Porque Nueva York se hizo para los fuertes. los que jamás se rinden; aquellos que saben triunfar de la pobreza, de las dificultades, porque tienen almas duras, tenaces, como las torres de acero que horadan la majestad nocturna con sus luces fulgurantes.

Una tarde de invierno en que la bruma se escondía en la ciudad, se hallaba Lebruna en su cuarto del hotel con la puerta ligeramente entreabierta. Revisaba papeles de negocios, contestaba su correspondencia, se concentraba en apuntes misteriosos que anotaba en una pequeña libreta de cuero verde. De pronto un ruido curioso, un roce más bien turbó su tranquilo quehacer: era algo que venía, se acercaba, volvía a alejarse y regresaba. Así varias veces. El ruido se amortiguaba en el espesor de la alfombra; era una sucesión de golpecitos tenues, nerviosos, de ritmo rápido. Su oído finísimo los percibía claramente. ¿Sería la camarera, una rata de hotel, alguien que buscaba un objeto perdido? No sintió curiosidad por descubrir el enigma y decidió sumirse más bien en él, mecido por el compás incitante de los golpes cortos que se esfumaban y reaparecían en el mar silencioso de la alfombra.

Después de algunos minutos, familiarizado con el ruido, creyó haber hallado la solución: era una mujer que recorría el pasillo. ¿Buscaba algo? ¿Era esperada? ¿No podía dar con la pieza necesaria? En Nueva York no hay gentes tímidas, menos las mujeres que dominan la ciencia de hacerse servir con los hombres. El eco de los pasos furtivos resonaba débilmente en sus oídos: tac, tac, tac, tac, tac, tac. No se detenía, no había pausas de reposo. Tratábase de una marcha isócrona, como un mecanismo de relojería, siempre igual a sí mismo. Pero en dos, tres ocasiones. Lebruna creyó recoger la respiración anhelante de la mujer.

En los hoteles neoyorquinos suceden muchas cosas. Sólo un provinciano se extrañaría de cuanto ve y escucha en ellos. Pero el venezolano se fué intrigando en el caso. Levantándose de la silla, dió un paso para atisbar. Súbitamente cesaron los pasos y antes de que pudiera mirar por la rendija dos golpes secos resonaron en la puerta vecina a su habitación. Lebruna se detuvo a tiempo que oía una voz varonil sorprendida:

—¡Julia!

La mujer entró, la puerta fué cerrada y el silencio volvió a reinar en el solitario pasillo del hotel.

"Una cita de amor" —pensó el venezolano—. "Valiente misterio". Y volvió a sumirse en sus reflexiones olvidando el incidente.

Algunos días después, mientras llenaba la bañera, Lebruna se asomó al balcón. Una vez más sus ojos se extasiaron en la visión incomparable del crepúsculo neoyorquino. Sobre un manto irreal de bermellones encendidos y violetas pálidos surgían los edificios escalonados en el aire. Aquí un coloso con todas las ventanas iluminadas; allí una columna de acero con casillas alternadas de sombra y luz; a la distancia pináculos de cristal esbeltos y atrevidos. De la calle subían mil ruidos poderosos: el estrépito del tren elevado, un aeroplano brotando fantasmal, las campanas alocadas de un bomba de incendio, el rugir de los motores que apaga otros sonidos. Del "Times Square" bajaba una cascada de luces multicolores, una fantasía cromática capaz de contentar la paleta más exigente. Más allá se tendían los grandes planos del "Central Park", sombríos y brillantes a la vez. De esa tremenda concentración de casas, de hombres y vehículos, subía un vaho de energía, de ciencia organizada que hacía tambalear la vieja fe cristiana de Lebruna.

¿Dónde está Dios en medio de la selva mecánica?

Hasta el antiguo sentido de la tierra parece evadirse del alma; el suelo casi no existe en el fabuloso apiñamiento de rascacielos. Se habita el aire, el cielo, en el vértigo de alturas increíbles. El que avanza más rápido en el suelo, el que asciende más alto en línea vertical; he aquí los vencedores. Si uno vacila, cae; si cae lo pisan. Y otros siguen adelante porque el gigante no admite pigmeos sobre su dura coraza de hierro.

El poderío indecible de la urbe, hace pensar en una mística de la materia. Frente a ella se bambolea la creencia espiritual. Lebruna no quería profundizar el conflicto, y se hundía gozoso, excitado, en la visión triunfal de la cosmópolis, millonaria de ruidos y de luces, poderosa de ángulos visuales. Porque Leviatán no tiene fin: se mira, se mira... y es cada vez más grande y yo más fascinador.

El agua, deslizándose por el escape, le anunció que el baño lo esperaba. Cerró la ventana, tomó su baño, se afeitó; estaba listo para la cena en el "Waldorf". Pero aun faltaban tres largos cuartos de hora, y tomando una novela policíaca se hundió en un sillón para saborearla. De pronto sintió deseo de fumar y se dirigió al cuarto-ropero. Oyó voces, lo que lo sorprendió porque los hoteles neoyorquinos se construyen a prueba de ruidos. Se alojaba en un edificio no muy moderno, no faltarían tabiques improvisados, y acaso a ello se debía el rumor de las voces contiguas.

No era un curioso, amigo de fisgar en vidas ajenas, pero esa tarde, llevado de un impulso instintivo, separando los trajes pegó la oreja a la pared y su oído ejercitado recogió claramente lo que hablaban del otro lado.

—Por favor, vete — decía una voz en la que reconoció a su vecino.

—No — contestó otra voz de mujer —. Es temprano todavía.

Hubo un silencio y el hombre insistió:

—Si John llega y no te encuentra, vendrá a buscarte. ¿Te das cuenta en qué situación me pones?

Ella se rió nerviosa:

—¿Le tienes miedo? —preguntó provocativa.

—¡Qué loca eres! —dijo él —. No es miedo, es vergüenza.

—Se lo diré mañana. No tienes por qué visitarme a espaldas de John.

La voz femenina volvió a reír:

—Por eso, por imposible; porque eres el único hombre que me está prohibido.

—¡Calla! —ordenó la voz masculina—. Tus palabras me hieren, ¿Qué concepto tienes de mi lealtad?

Siguió un largo silencio. Luego ella irrumpió; vibrante, enojada:

—¡Pero qué tonto eres! ¿No puedes comprenderlo? John aceptará todo lo que yo diga.

El hombre insistió, implorante:

—Julia, por favor: vete.

Ella rió sardónica:

—¡Jovenzuelo! Te creí más hombre.

Un violento portazo y el silencio reinó en la habitación contigua. "Bien —pensó Lebruna— una pareja de amantes. Tarde o temprano ella vencerá".

Cenó en el "Waldorf" con un grupo de hombres de negocios con los cuales planearon llevar a Venezuela una empresa de televisión.

Después se fué a "Radio City".

Siempre que entraba a los grandes cines, sentía algo semejante a la impresión que de niño le causaban las viejas catedrales de Caracas. Esos vastos espacios cerrados, ese aire de solemnidad y de grandeza, esa pompa decorativa que evoca el esplendor de antiguos palacios y la majestad recogida de un templo; el silencio de la sala y los pasillos, los garzones uniformados y severos; todo le producía una rara sensación de dependencia de un poder lejano. Por extraño que parezca, y aunque ciertamente en el orden espiritual las emociones sean muy distintas, la primera impresión, al primer golpe de vista, acentuaba un curioso paralelismo: entrar a un gran cine, en 1954, en Nueva York, tenía cierta semejanza con el acto de ingresar a una vetusta iglesia, en Caracas, en 1924.

En la sala de espectáculos ya era otra cosa. La muchedumbre, el bullicio de la cinta sonora, o las "rockettes" con su baile armonioso, simétrico, convertían el misticismo arquitectónico en una manifestación violenta de color y movimiento. Solía asaltarlo, a veces, una extraña pesadumbre: las caras artificiales, el derroche de luz y de lujo, los colores fríos, detonantes, la música monótona y salvaje ¿no constituyen signo evidente de decadencia? Pero luego se tranquilizaba: no, no era así; era el bendito espíritu latino, ese exceso de análisis, de crítica, de sutileza, que nos lleva a desconfiar de todo. No era decadencia. Era más bien el triunfo del espectáculo en gran escala. Un teatro para seis mil espectadores ¿qué tiene ya de teatro? Verdad que el teatro griego, la tragedia antigua fueron también así: función de masas, comunión directa del espectador con el actor, identificación con el "pathos" dramático que destroza primero y luego purifica al hombre. Ahora la cosa iba mejor. Nada de lecciones morales ni de enseñanzas subjetivas. Teatro, cine, estadio, lo que sea, el gran espectáculo no se propone sacudir ni hacer mejor el espíritu: quiere, solamente, distraer, servir de lenitivo a la jornada. Esta es su virtud restauradora, hacer amable la vida.

La cinta era trivial, llena de incidencias. Lo entretuvo. Se salió al comenzar el "show", porque apesar de su belleza lo cansaba la visión de las treinta y seis muchachas de movimientos impecables, mecanizados.

De regreso a su alojamiento, se puso a escribir cartas a Caracas. No tenía sueño. De pronto por la puerta ligeramente entreabierta, le llegó un sonido acompasado: tac, tac, tac, tac, tac, taco Igual que la otra vez. Un ruido leve, un roce más bien, que se acercaba, huía, recomenzaba; una serie de golpecitos secos, nerviosos, de prisa. Era la mujer del otro día, la de esa misma tarde. La que el vecino rechazaba.

Pasaron algunos minutos. Luego el golpe discreto en la puerta del lado. Sintió que la abrían y la voz masculina resonó amarga:

—¡Tú otra vez!

Ella respondió agitada:

—Sí, yo. Déjame entrar.

Probablemente él le impedía el paso, porque la mujer insistió con energía:

—¡Abre, o grito!

Se inició una discusión a media voz. Entonces Lebruna decidió atisbar a la desconocida. Avanzó con cautela, apagó la luz de su cuarto y sin temor a ser observado miró por la rendija de la puerta.

La mujer era extraordinariamente seductora. Un cuerpo soberbio, una hermosa cara. Vestía con lujo y no parecía tener más de treinta años. En los ojos negros brillaba un alma enérgica. Estaba encantadora, entre dominante y suplicadora, ansiosa, vibrante, como si su vida dependiera de que la dejaran entrar.

—No, no— rogaba más que rechazaba el hombre.

Con su cuerpo alto y pleno, de esbeltas líneas, ella dió un empujón final y entró. La puerta se cerró.

El venezolano se sintió ganado por el hechizo de la mujer. Quiso saber qué iba a pasar, cerrando su puerta se dirigió al cuarto-ropero. Aplicó la oreja a la hendidura del tabique de ladrillo sin recoger nada. Pasaron largos segundos. Estaba ya por retirarse cuando la voz entristecida del hombre sonó en tono bajo:

—Qué cruel eres, Julia.

Ella respondió con una sola palabra que vibró como un latigazo en la habitación:

—¡Estúpido!

Hubo otra pausa. Luego la voz femenina volvió a dejarse oír transformada. Ahora fluía temblorosa, apasionante:

—Deja que te acaricie el pelo...

—No seas niña— protestó el hombre débilmente.

—¡Niña! — contestó ella— y su risa tenía el encanto del agua que cae de un manantial. Dejé de serlo el día que te conocí. Tuve conciencia de ser mujer cuando tus dedos tocaron los míos. ¿No sabes que para Jhon soy únicamente la estatua que se alhaja y se exhibe?

La voz del hombre presionaba entristecida:

—Vete, Julia. Debo terminar mi trabajo.

—Ella rió alegremente. El hombre se puso a recorrer la estancia; se oyeron sus pasos largos, firmes. Callaron. Bruscamente la voz masculina se dejó escuchar irritada:

—¿No podrías dejar de enseñar las piernas?

La mujer contestó con cinismo:

—¿No te gustan? Es lo mejor que tengo.

Como no podía ver lo que pasaba en la habitación contigua, Lebruna no supo qué pasó en los instantes siguientes. Recogía, a veces, los pasos lentos del hombre; a ratos reinaba el silencio. O los tacos de ella golpeaban nerviosamente la alfombra. ¿Se miraban, se medían? ¿Estaban furiosos o desesperados? Era una pugna formal, espaciada por esas zonas de expectativa en que los dos adversarios, anhelantes, se acechan antes de volverse a acometer.

Otra vez la voz del hombre resonó colérica:

—¡Cúbrete el seno Julia! No seas impúdica.

—Insúltame dijo ella —. Me gusta que me insultes.

—¡Oh, perdón! ¿No ves que me trastornas?

—Hugo — insistió la mujer y al pronunciar su nombre la voz se le quebraba en inflexiones de ternura —es inútil. ¿Por qué resistir? Estoy loca por ti.

—¡Cállate! —atajó él enfurecido —. Quieres vencerme por sugestión. No siento por ti nada que no sea un puro afecto de amigo.

—¡Mientes! —replicó ella y su voz se hizo nuevamente incisiva — Lo supe el otro día cuando fuimos a "Ciro's". Yo bailaba con Whetten. Tú estabas sentado, mirando. Jhon conversaba con un amigo. Quise probar hasta qué punto me pertenecías. ¿Lo niegas? No seas bobo. Pegué mi cara a la de Whetten., bailé estrechándome a él, y cuando estábamos frente á ti, suavemente, distraídamente, yo le pasaba un dedo por la nuca... ¡Había que ver tu cara! Parecías un tigre en acecho; creí que ibas a saltar... Yo no te veía directamente, sino con miradas rápidas, furtivas, porque una vez que miré con fijeza tu rostro adquirió esa expresión de frialdad que me irrita. ¡Hipócrita! Habrías dado la vida por estar en lugar de Whetten; por estrecharme en tus brazos; por sentir mi mejilla ardiente junto a la tuya. Entonces supe que tú también me deseas.

—Tienes alma de prostituta— dijo él desdeñoso.

—Me agradan tus insultos — contestó la mujer —y no me ofenden porque no son ciertos. En seis años de casada nunca me interesó hombre alguno. Pero tú, tú eres otra cosa. ¿Por qué no quieres comprenderlo?

Hubo otra pausa, y habló el hombre enardecido:

—¡Escucha, Julia, vete ya! Esto no puede continuar. Estás loca y quieres que yo también pierda el juicio. ¿Por qué volviste esta noche, sabiendo que John se fué a Detroit? ¿Por qué esa elegancia, esas joyas, ese vestido negro que resalta tu belleza, ese perfume que voltea? ¡Qué tonta eres! Tus provocaciones son inútiles; antes me haría cortar las manos que engañar a John.

—No te sienta el papel de moralista —dijo ella— .Ven, siéntate a mi lado, aquí (se oyó el cuerpo del hombre caer en el diván). Ven, junto a mí, que soy tu esclava, que te amo, que haré cualquier cosa por hacerte feliz...

Pasaron varios minutos de silencio absoluto. Probablemente no pasó nada, porque a poco Lebruna recogió la voz de la mujer:

—Ya ves, tontito, que todo anda bien.

Y el otro, con voz apagada replicó:

—Así puedo aceptarlo, Julia. Juntos como amigos, como hermanos, nada más. Pero retira tu mano: quemaa...

Ella volvió a reír con, suavidad:

—¡Hugo, por favor! Tampoco a mí me sienta el papel de la hechicera frente al niño indefenso.

Algo cayó al suelo, sordamente. Alguien se levantó, recogió el objeto que hizo impacto cuando lo colocaron en una mesa de cristal. Lebruna reconoció los pasos del hombre. Súbitamente la situación cambió cuando la voz masculina preguntó irritada:

—¿Qué haces? Es indecente que exhibas tu cuerpo así.

—Es el único medio que tengo para atarte. Pobre hombrecito: ve un pequeño espacio de carne blanca entre la media y la enagua, y ya no sabe qué le pasa...

El hombre dejó escapar un gemido. Enseguida, reaccionando violentamente, amenazó:

—¡Si no bajas tu falda te echaré!

La risa atrevida, maligna de la mujer culebreaba en la estancia:

Hugo, Hugo seas niño. Esto es más fuerte que nosotros. ¿No comprendes que ya eres mío? Te provooco porque sé que mi cuerpo te enardece. Ven, acaríciame, bésame, soy tuya.

Hubo un roce de sedas, el jadear de las respiraciones anhelantes, y las dos voces dijeron ardientemente:

—¡Amor, amor, cómo te amo!

—¡Julia, Julia, qué hermosa eres!

La voz masculina se quebraba en una queja lamentable. De pronto volvió a alzarse colérica:

—¡No! Eso no. Te abracé como querías. No puedo ir más allá.

—¡Hugo!

—¡Julia!

Ella rogó desfallecida:

—Una vez mi amor, una sola vez...

El hombre vacilaba:

—No puede ser, no puede ser...

Lebruna sentía el drama de los desconocidos. ¿Por qué se buscaban, se herían, se rechazaban para volver a caer en el abismo? Se apiadó de ellos, porque a través de las voces había un lento jadeo de animales heridos. La mujer alternaba entre el llanto y la risa. Acaso el hombre lloraba también. Venían de la estancia contigua sonidos extraños, confusos, como si los Ángeles negros del cuerpo trabarán sus alas con los ángeles blancos del alma. Después de un pesado silencio ella habló triste y lenta:

—Tú no me quieres —dijo con amargura—. Me deseas solamente. Tu orgullo de hombre consiste en vencer ese deseo, para satisfacer tu estúpido concepto de la amistad.

Repuesto de la pasajera ofuscación, él repuso con gravedad:

—Cierra tu blusa, sacude tu falda, límpiate el "rouge" en el cuello. Y vete ya, Julia, vete, por favor.

Herida en su orgullo, la mujer sólo profirió:

—¡Idiota!

Pero cuando ella se fue, la voz masculina resonó a través del tabique:

—¡Qué hermosa es, qué hermosa es!

Al día siguiente el asunto estaba olvidado.

Lebruna volvió a Caracas entusiasmado con la compañía televisora. Reunió un grupo de capitalistas venezolanos y los comprometió a invertir un tercio de los fondos requeridos; los otros dos debían suscribirlos financistas del Norte. Dos meses después volvía a Nueva York para terminar el negocio.

—Todo depende de cómo le cae usted a Webster — dijo el abogado mientras iban del aeropuerto al hotel.

De mi parte todo está hecho— contestó Lebruna—. ¿Tendrán ellos el dinero?

—Para el banquero Webster, que los encabeza no es cuestión de dinero: le sobra. Aunque parezca increíble, juega también lo psicológico. El es desconfiado, por naturaleza, cuando se trata de invertir en la América del Sur. Quieren desplazar capitales por allá, pero usted sabe... bueno... no todos los sudamericanos son como usted.

El venezolano se imaginaba al banquero como un gringote de tantos, medio patán, medio muchachón, acostumbrado a manejar dólares y voluntades. O acaso un viejo gruñón habituado a imponer sus terquedades.

Esa tarde, al conocerlo, vió su equívoco. Webster lo recibió en su despacho en un edificio muy moderno, casi todo de vidrio. Frisaría en los cuarenta. Impecablemente vestido, cortés en el trato, era el prototipo del "gentleman" norteamericano. Hombre culto, fino, podía salir del tema comercial para incursionar en otros planos del espíritu. Alto, bien conformado, era un buen mozo; y en el rostro enérgico los ojos castaños y el mentón poderoso inspiraban simpatía. Hablaba sobriamente de negocios, pero cuando pasaba a temas más delicados, su lenguaje se hacía más efusivo. Persuadía.

Simpatizaron mutuamente. Después de una larga conversación, el banquero lo invitaba:

—Usted se viene a comer conmigo.

De estilo moderno, montada con lujo fantástico, con sus grandes ventanales que dejaban al paisaje invadir las habitaciones, la casa de Webster tenía el raro encanto de las construcciones que se adecuan al lugar siguiendo sus líneas naturales. Evocaba el genio creador de Frank Lloyd Wright o de uno de sus discípulos.

—Venga —dijo Webster — de aquí verá algo interesante.

Ascendiendo tres escalones lo condujo a una amplia cristalería en forma de proa, al oeste del amplio salón. Como la casa estaba empinada sobre una pequeña colina en Queens, desde ella se dominaba Manhattan en todo su esplendor horizontal: en la noche clara la isla se tendía perezosamente hasta perderse en el confín. Una línea dentada, irregular, recortaba los rascacielos. Había como un doble juego rítmico de estrellas y ventanas iluminadas. Las luces de los gigantes de acero y vidrio subían tan vertiginosas en el aire, hasta perderse confundidas en la pedrería estelar que daban la sensación de irrealidad. El paisaje subía, se alongaba, se hundía en profundidades indecibles. Nueva York es siempre nueva para el ojo que sabe contemplar; y a veces su frutal poderío, bajo la magia nocturna, se reviste de un encantamiento apacible.

Webster dejaba que el venezolano se sumergiera en el hechizo del panorama. En el rellano donde se hallaban no había luces; la iluminación venía del fondo, se perdía en la gran sala adornada con una imponente "savonnerie". Así las reverberaciones del paisaje se hacían más intensas en la semipenumbra del original mirador.

Lebruna miraba, soñaba. ¿No es, el hombre, el primer arquitecto? ¿Quién habría dicho que se podían levantar ciudades escalonadas en el aire, y dominar, a tal punto el arte de la habitación humana que se diría estar perpetuamente en el remo de la fantasía? La casa de Webster lo reunía todo: audacia, originalidad, belleza, lujo. Y esas perspectivas inverosímiles acrecían su encanto.

Una sensación de envidia lo punzó. Así deberían ser todos los grandes capitanes de la banca y de la industria; audaces, originales en todo, haciéndose perdonar su poderío por la finura del espíritu. ¿Qué importaba que la mayoría fuese justamente a la inversa, mezcla de rudeza y de ignorancia? Para él Webster simbolizaba el triunfo hermoso, la idealización del éxito.

Lebruna habría querido tener una casa así en Caracas. Una gran construcción moderna sobre una colina empinada, cortada en líneas atrevidas, con inmensas ventanas acristaladas para que el paisaje próximo y el remoto horizonte se metan de golpe en los cuartos. Por las noches, la urbe brillaría, al fondo, como un país de luciérnagas fantásticas. Se alzarían rascacielos, no tantos ni tan altos, lo suficiente para lograr esa superposición de cubos que caracteriza a la ciudad nueva. Y podría existir un puente colgante, entre dos cerros, aunque sólo fuera para evocar la sensación del río que lleva a la mar tremenda, porque el hombre puede transformar a su antojo la naturaleza. En este punto su meditación fue quebrada por un ruido familiar que lo sacó de la abstracción; primero de lejos, luego más cerca: tac, tac, tac, tac, tac, tac.

Los dos hombres voltearon y ante la mirada sorprendida del venezolano apareció la desconocida del hotel.

—Julia, mi esposa —dijo Webster con acento de orgullo.

Tenía razón para estar orgulloso. Era una magnífica mujer, la que correspondía al hombre y a la casa. ¿Era realmente la misma mujer nerviosa y anhelante que atisbara desde su habitación? Claro que no era la misma. Ni los ojos, ni la voz, ni la distinción del porte, nada delataba la inquietud pasada. Sereno el mirar, la voz bien timbrada, con perfecto dominio de su persona, ella era la encarnación de una diosa pagana. Deslumbraba. No era el suyo el rostro oval de curvas suaves, sino una cara de encaje voluntarioso, tirada en firmes líneas de exágono, que atemperaba su firmeza en el mar bermejo del pelo, graciosamente ondulado. En la tez blanca contrastaban los ojos oscuros. La nariz fina, ligeramente ensanchada en las aletas. Pero lo que daba expresión, encanto irresistible a su fisonomía, era la boca, ancha, maravillosamente modelada, cuyo juego plástico la mujer administraba con sabiduría refinada.

Webster la miraba embelesado. La casa tenía su rema.

Mientras recibía el primer "cocktail" de sus manos, Lebruna reflexionaba indeciso. ¿Era verdaderamente la desconocida del hotel? Tal vez sólo alguien que se le parecía extraordinariamente, La señora de Webster era más bella, más fría, más arrogante. Comenzó a encontrar diferentes el timbre de voz y la sonrisa.

—Mirando Manhattan se quedaron embobado —dijo ella y una risa en sordina coronó la frase.

"Es otra —pensó el venezolano— No tiene la calidez sensual de la Julia del hotel".

Pero cuando ella los invitó a pasar al comedor, y mimosa llamó "Ven John", cogiéndose del brazo del marido, Lebruna se desconcertó nuevamente. Era mucho el parecido.

Durante la cena, Lebruna pasó una hora deliciosa. La pareja se entendía a perfección. Ella dejaba que Webster llevara la conversación, porque lo sabía un "causseau", mas él devolvió la fineza de la esposa buscando su intervención con preguntas adecuadas. La diosa respondía con tacto exquisito. No es que armonizaran en el juicio ni en el gusto, diferían más bien al manifestarlos, pero lo hacían con esa suprema elegancia de las gentes cultas. Lebruna rastreó el artificio, la cosa estudiada y debió confesarse que los esposos Webster eran de naturaleza encantadora. Se entendían porque se comprendían y una raya invisible de mutuas concesiones mantenía el equilibrio.

—Mire, Lebruna —dijo Webster— yo conozco su tierra. Anduve por allí más de una vez. Lo único que le falta a Venezuela es despertar, pero no despierta un pueblo en diez ni en veinte años. Es obra de generaciones. No se engañen con el progreso material de Caracas; el porvenir está en las tierras interiores. ¿Que no lo veremos nosotros? ¡No importa! Podemos intentar adivinarlo. Feliz usted que habita un paraje donde todo está por hacer. Aquí nosotros tenemos que derribar lo que hicimos para volver a edificar.

Lebruna quiso ser cortés aunque compartía la opinión de su anfitrión:

—Sí, más todo anda tan lerdo allá, que desespera. Usted no se imagina cómo nos pesa el trópico: aplasta.

La señora Webster pareció animarse:

—El trópico... la noche tibia... el aire perfumado... las pasiones sueltas. ¿Le parece poco? —. Y su risa vibró en la estancia con pureza cristalina.

—Bien —exclamó John Webster—. Ya discutimos bastante. Ahora hagamos algo en honor de nuestro huésped.

Julia comprendió la invitación y se dirigió a un lujoso "Bechstein" que se alzaba en un ángulo de la estancia.

—Venga, venga por aquí — dijo el marido a Lebruna. Póngase cómodo; tome su habano: aquí tiene el "whisky". Cambiaremos las luces para dar "clima". No se aburrirá usted; ella no lo hace mal.

La sala quedó en penumbra. El piano estaba colocado en ángulo, entre dos ventanales por los que se filtraba la noche: a la derecha, la ciudad con su cascada de luces; a la izquierda el centelleo de las estrellas en la profunda oscuridad. "Dos infinitos" —pensó el venezolano aspirando la fragancia del riquísimo habano. No estaban en completa penumbra, porque una lamparilla bien situada, cerca del piano, permitía observar a la señora de Webster en ese claroscuro sugestivo que ahonda la belleza femenina.

No era una virtuosa, mas tocaba con tal distinción, apaciguando las notas altas, como si se tratara de una confesión en tono menor, que Lebruna se sintió ganado desde los primeros acordes. Interpretó una mazurka y un nocturno de Chopin, con un modo muy personal, un tanto frío, intencionadamente leve, orillando las explosiones tumultuosas del polaco por toques contenidos, como si hubiera querido despojarlo de su fuego habitual. Era delicioso... mas no era Chopin. No era el Chopin que enloqueció a Jorge Sand; era el Chopin de la señora de Webster: severo, elegante, de una suprema aristocracia espiritual.

Mientras recogía los acordes de la música, los ojos de Lebruna, entrecerrados, admiraban la exquisita finura de movimientos de Julia Webster, el juego rítmico, pausado, conque se inclinaba o se alejaba del "Bechstein".

Si no en la interpretación sonora, era al menos una artista consumada en el espectáculo.

Con la última nota del "nocturno" Julia Webster cerró el piano.

—Es bastante —dijo dirigiéndose a Lebruna—. Ahora cuénteme algo de su tierra, que me atrae.

Antes de que Lebruna pudiera contestar el cumplido se oyó una voz que salía de la sombra:

—Buenas noches.

Un joven bien plantado, de anchas espaldas y expresiva fisonomía se adelantó al grupo:

—Mi sobrino Hugo —dijo Webster lacónicamente—. Y volviéndose hacia su mujer pidió:

—Julia, por favor: déjanos oír esa sonata de Beethoven que me gusta tanto. ¿No es la "Pesarosa"?

—No sé por qué te empeñas en ponerles nombres; es la opus 10, número 3 —contestó ella— Pero ya no tengo ganas de tocar.

—Señora —intervino Lebruna galante —sería un privilegio volverla a escuchar.

Webster se dirigió entonces al sobrino:

—¿Verdad que tú también quieres oírla muchacho?

—¿Quién, yo? —repuso el aludido:—. ¡Oh, sí! Claro... claro que quiero oírla.

—La mujer se puso al piano y se dejaron oír los primeros acordes de la opus 10 número 3.

Durante: el "Presto" las notas ágiles vibrantes, sorprendieron a Lebruna. ¿Era realmente Julia Webster la ejecutante? Más firme, más honda, más patética, la interpretación perdía aquella frialdad, aquella aristocracia contenida de las versiones chopinianas. La mujer tocaba poseída por intensa emoción, como traspasada por el fuego lírico del compositor. Cuando entró al "Largo e Mesto", donde naufragan tantos pianistas, su ejecución ganó en profundidad. Tocaba lenta, hondamente, arrancando extrañas resonancias; modulaciones de infinita sutileza al instrumento. Era la confesión de un alma estremecida de dolor, el dolor "siempre joven, vibrante siempre" que sólo Beethoven supo traducir en sonidos. Acordes pausados, sombríos como si toda la angustia de la pasión escondida pugnara por aflorar a la superficie. ¿Quién auscultó las honduras del abismo beethoveniano? Lebruna, experimentado diletante, sólo había oído tocar así a Schnabel, el gran intérprete del mago de Bonn. Y se preguntaba cómo esta mujer joven y hermosa, mecida por toda la dicha del mundo, podía alcanzar al maestro en su adivinación de las tempestades del corazón. Bajo sus dedos largos y finos, las notas brotaban hinchadas de madurez y de sentido. Hablaban una lengua indecible, misteriosa. La vieja pena humana, reverdecida al sol de la pasión, asomaba en el lamento de la "Pesarosa". Era como si cada nota dejara un mensaje de inquietud y de sosiego al mismo tiempo. Los acordes invitaban al hondo descenso de un padecer desgarrador. ¿No es Beethoven un arco tendido hacia el dolor? Pero de pronto, como un rayo de oro, se sucedían las escalas melódicas abriendo un camino de luz y de ascenso en la niebla del sufrir. Hay una frase musical en la opus 10 número 3, precisamente en el segundo movimiento, donde parece que el genio hubiera alquitarado toda su ciencia del sentimiento: nunca la angustia y la ternura del corazón fueron tan hondo. La escala de esas notas es el camino que lleva a las estrellas.

A Lebruna se le antojó que era una diosa del pesar la que pulsaba las cuerdas del "Bechstein". Más no transida de amargura, abatida, como podía esperarse de una débil mujer, sino llena de fuerza, arrebatada. Un viento de cólera y de fuego conmovió la columna marmórea.

Webster escuchaba con los ojos cerrados. Su sobrino, algo más al fondo, casi ya en penumbra, oía con la vista baja. Nada dejaba traslucir si sentía o no la música. Lebruna, pudo, entonces, contemplar a la señora de Webster sin temor de ser impertinente.

Conforme avanzaba en su versión de la sonata, una mujer distinta surgía al conjuro del llamado melódico. Sus rasgos altivos se suavizaron en una expresión apasionada y dolorosa. Se entreabrieron los labios anhelantes. Las aletas de la nariz palpitaban ansiosas. El seno, agitado, fingía una prisión de palomas. Una lágrima rodó por la mejilla de Julia Webster y fué a morir a la playa desolada de su boca. Poco antes de terminar, ella volteó la cabeza y miró al muchacho con tal intensidad, en un deslumbramiento de relámpago, que Lebruna tuvo la clave del cambio: estaba tocando para él, con todas las potencias de su cuerpo y de su espíritu.

El joven ni siquiera la miraba; cuando no mantenía baja la vista, alzaba los ojos hacia el tío y volvía luego a sumirse en actitud respetuosa, como evitando ver a la mujer.

Entonces supo Lebruna, ya sin la menor vacilación, que la mujer llameante, transformada en criatura del amor imposible que tocaba el piano, era en verdad la desconocida del hotel. No podía hablar, no podía gritar; por eso dejaba que las cuerdas sonoras dijeran su pasión. ¿Cómo podía John Webster ignorar la tormenta que sacudía a su esposa?

Cuando ella concluyó los tres hombres tardaron en reaccionar, sobrecogidos por el "pathos" dramático de la interpretación.

Webster desbordaba de contento:

—¡Es magnífica! —dijo envolviendo en doble tributo de admiración a la mujer y a la música.

Lebruna echó otro cumplido. La señora de Webster, ya perfectamente serena, se dirigió al joven sin que nada delatara su emoción. Era otra vez la esfinge fría, inalterable cuando le preguntó:

—Y tú... ¿no dices nada? ¿No te agradó?

El muchacho se turbó visiblemente:

—¡Oh! Yo no entiendo de música...

La velada transcurrió agradablemente. Webster locuaz, fascinador, hacía brotar gemas de la charla. Hablaron de las aventuras de Rhodes en el África, de poesía persa, de los futuros viajes interplanetarios. Julia jugaba al ajedrez con Hugo. De vez en cuando Lebruna los atisbaba para sorprender algo, un mínimo indicio que recordase lo pasado en el hotel. No halló nada. Tía y sobrino se comportaban con absoluta naturalidad. El atendía más a la charla de los dos hombres que al juego, al punto de perder dos partidas.

—Estás tonto esta noche —dijo la mujer—. No puedes concentrarte.

—Perdóname —contestó él—. Estoy distraído.

Y se llevó la mano a la frente como tratando de aliviar o de alejar una preocupación.

—¿Amoríos? —preguntó John Webster — y su risa varonil resonó en la vasta estancia.

La mujer miró al muchacho y un relámpago furtivo cruzó los ojos oscuros.

Cuanto más los observaba Lebruna, con una mayor claridad se afirmaba su percepción del hecho: para John nada había por encima de su esposa; Julia sólo pensaba en Hugo; y el muchacho idolatraba al tío, cuyo talento y versatilidad lo deslumbraban. El círculo se cerraba sin resquicio.

Cuando se despidieron de los Webster, el joven se brindó a llevar al venezolano en su "Chrysler".

—Es regalo de John, porque vencí el tercer año de arquitectura. Es como mi padre —añadió— Nunca podré pagar lo que hace por mí.

—John es un hombre espléndido —replicó Lebruna—. Pocas veces ví una personalidad tan completa.

Luego, haciéndose el indiferente, inquirió:

—Y qué distinción la de Julia, ¿pertenece a una familia de aristócratas?

El joven calló algunos segundos:

—Este... no sé... no sé francamente...

Lebruna se marchó a Caracas donde permaneció varios meses organizando la empresa televisora .que Webster respaldó generosamente. Cuando todo estuvo listo, resolvió trasladarse a Nueva York con el propósito de invitar a sus asociados norteamericanos a la inauguración de la empresa.

Su primer impulso fué buscar a John Webster.

—El señor está ausente— le contestaron por teléfono —.Viajó al Japón y regresará en veinte días más.

¿Qué diablos iría a hacer John Webster al Japón? Conociendo su genio financiero el venezolano supuso que sería algo de importancia.

Se puso en contacto con varios de los inversionistas, pero como a ellos no lo unía sino la mera relación comercial, formulada la invitación de viaje para trasladarse a Caracas, quedó en entera libertad para pasar la semana en la metrópoli.

Después de un día activo, decidió rematar la jornada en el "Copacabana". Mientras saboreaba un buen "cognac" se entretuvo observando cómo se divertían las gentes. El local estaba lleno: las palmeras al centro, la iluminación a media luz, el humo de la atmósfera, la música lánguida y exótica, todo contribuía a dar un aire de evasión. ¡Pobres gentes! —pensaba Lebruna— lo que les cuesta salir de la cárcel de los días. Por una hora de apretura, de sofoco, en ambiente asfixiante, se dejan muchos dólares; una fotografía, dejar un sombrero, hasta una sonrisa cuesta dinero. ¿Sale contenta la gente? Posiblemente, porque son muchos los que vuelven. El mismo ¿por qué estaba allí? Era otra cosa; ni por aburrido ni por neurasténico. Porque le gustaba comer bien, oír música, ver caras y entretenerse con el espectáculo siempre renovado de las actitudes humanas.

A la altura de su hombro, en una plataforma estrecha, se alineaban cuatro palcos con sendas mesas, todas vacías pero reservadas.

De pronto el "maitre", ceremonioso, se adelantó precediendo a una pareja: una bella rubia y un joven moreno de apuesta presencia. Tuvo una visión fugaz de ambos, porque

vinieron a colocarse justamente en la mesa de la esquina que caía sobre la suya, de modo que no podía verlos bien sin riesgo de ser impertinente.

La orquesta interpretaba una melodía hawaiana muy dulce, muy suave, y Lebruna pudo recoger la charla de los recién llegados.

—Vamos a bailar —insinuó él suplicante.

—No —dijo la mujer—. Estoy cansada.

—Si estabas cansada ¿para qué salimos?

—No sé... Me aburría en casa.

Las voces sonaban conocidas, pero el venezolana no recordaba bien dónde las había escuchado.

—Oye —vibró la voz del hombre — ya estoy harto de tus juegos. Me iré a Wisconsin y no te veré más en la vida.

Ella rió en voz baja.

—No seas tonto —repuso—. Ya sabes que aquello terminó. No me importa lo que hagas ni lo que dejes de hacer. El día que me confesaste que no sentías nada por mí, sino sólo admiración física por mi belleza, comprendí que yo tampoco te quería. Todo pasó. ¿Para qué remover cenizas? Ahora somos dos camaradas. Tú me enseñaste a comprender que la lealtad vale más que el amor --la voz se hizo sarcástica —. Pues bien: yo te contaré quien es mi "flirt" esta semana y tú me dirás con qué jovencita sales los sábados.

Lebruna no podía ver la cara del joven, pero por el rabillo del ojo divisó una pantorrilla escultural que taconeaba ligera en el aire; también la mujer parecía agitada aunque no lo revelara el tono firme de su voz.

—Mira —dijo la mujer—. Allí están las chicas Eksber. Anda, sácalas a bailar. Yo te espero.

—¡Maldito lo que me interesan las mellizas Eksber! —rezongó el hombre.

Pero ella insistió con dulzura:

Hazlo por mí. ¿Quieres? No está bien que nos vean juntos. Y serénate, por favor.

El joven se levantó, cruzó la plataforma, bajó los escalones y cuando se aproximaba a una mesa próxima Lebruna lo reconoció: era el sobrino de John Webster.

No tenía la expresión jovial, inocente de cuando lo conociera. El ceño fruncido delataba su inquietud. No había ni asomo de dicha en los ojos zarcos. De mala gana sacó a bailar a una muchacha bonita y espigada. Lebruna movió disimuladamente su silla para ensanchar su ángulo visual; ahora podía observar mejor a los danzantes y a la dama del palco. Lo primero que advirtió fué la maniobra de Julia Webster apartando con destreza la mesa, y suspendiéndose la falda para que las piernas lucieran en todo su esplendor.

Mujeres lindas, bien formadas, hay en todas partes. Pero Lebruna reconocía que con el hechizo sexual y la distinción de la señora de Webster, muy pocas. Ella sonreía muy amable a la muchacha que bailaba con el joven, más cuando le daba la espalda y reaparecía la cara de Hugo, comenzaba un juego exasperante de miradas con su sobrino. La mujer en apariencia impenetrable, burlona, en actitud de desafío; angustiado, trémulo de ira, con ojos sólo para ver y desear a la hermosísima mujer. ¿Eran amantes, habían dejado de serlo? ¿O sólo se trataba de una pasión frustrada agigantada hasta la desesperación? El venezolano recordaba la

escena del hotel; ahora los papeles se habían invertido: él estaba enloquecido de amor y ella serena, rechazante.

Bailó el joven con la otra muchacha y el juego volvió a repetirse. Cada vez que la muchacha se ponía de espaldas, ella coqueteaba audazmente al sobrino. Erguía el busto altanero, se echaba sobre la baranda del palco, le clavaba la mirada honda y atrevida. O bien se reclinaba en la silla en un movimiento de plástica armonía que resaltaba las caderas rotundas y la magia escultórica de las pantorrillas. Lo hacía con tal maestría, de modo aparentemente tan espontáneo, que sólo Lebruna advertía su astuta maniobra.

Volvió el joven con una expresión de cansancio en el rostro.

—Ya se van esas monas —dijo con rabia —y no se fijarán en nosotros.

La mujer volvió a reír con ironía:

—Y aunque nos vieran, querido. ¿No soy tu adorable tía? Antes te cortarías las manos que tocar la punta de mi vestido.

Ese momento la orquesta atacó un "jazz" estrepitoso y Lebruna perdió el hilo de la conversación.

Pasado un largo rato, una melodía rítmica en tono asordinado le permitió recoger la charla de sus vecinos:

—...no prometo nada —decía ella —.Tú sabes que soy sincera. Me enseñaste que tengo una conciencia y ella me manda a defenderme.

—¡Por Dios, Julia! — arguyó el muchacho—. ¿No ves que estoy loco por ti?

—¿Y no lo estuve yo por ti? ¿No me echaste diez veces de tu cuarto?

—Eso era distinto. Pero ahora necesito imperiosamente verte a solas, tenerte en mis brazos, aunque no pase nada. Siquiera un minuto... medio ... unos segundos...

—¿Para qué, Hugo? Volverías a las andadas. Me pedirías que me desnude, que sea tuya y sabes que eso es imposible.

—No— replicó acalorado el muchacho —. No volveré a hacerlo. Tú sabes que siempre termino respetándote, respetando el abismo que nos separa. Pero ven, vamos a mi cuarto... Un minuto solamente...Que pueda yo echarme en tu regazo, desahogar mi pena, adorarte en silencio...

La voz de la mujer se endureció de súbito:

—No me agrada el sentimentalismo meloso. Estorba. Te diste el lujo de rechazarme cuando abrías dado la vida por ti. ¿Tengo yo la culpa? Sufre tú ahora tu error, como yo sufrí el mío.

Luego de una pausa él insistió con humildad:

—¿Es justo lo que haces conmigo? No podré terminar mis estudios, no me atrevo a mirar de frente a John, ni amigos ni mujeres entran en mi vida. Y tú, que provocaste este derrumbamiento, me das sólo tu desdén, cuando yo creía en el amor que fingías sentir por mí.

..

—No fingía —contestó la mujer —.Era verdad. No tienes derecho a juzgarme porque jamás me comprendiste.

—¿No era mi deber rechazarte? ¿Sabes tú lo que me costaba hacerlo?

—No sé ni me importa saberlo. Lo que yo sufrí en mi orgullo no puede medirlo tu petulancia juvenil Te quise tanto, tanto... que ahora creo que te odio...

El muchacho palideció:

—¿Tú, me odias tú, Julia, después de haber causado mi desdicha?

La mujer no contestó de pronto. Luego puso su mano sobre la del joven y con voz triste dijo:

—Quiero alejarte de mí.

—¿Por qué no dejamos de vernos? —apuntó él con desgana.

—Si quieres, hazlo —y la voz resonó otra vez despectiva—. Yo prefiero que nos veamos de vez en cuando. Al enamorarme de ti, yo era fría por temperamento. Te amé con pureza, no me interesaba lo sexual. Cuando comprendí que mi amor no era correspondido, porque sólo te atraía mi cuerpo, me volví provocativa, llamé a tus sentidos, para ver si así me querías. Confieso que de tanto hacer el juego me prendió la sensualidad. Ahora me agrada gustar, que me miren y se emboben en mi belleza como si fuera una vulgar cortesana. Sobre todo que me mires y te embobes tú, porque por ti se perdió mi alma. Por ti sé que tengo un cuerpo que quiso vivir.

—¡No hables así! —replicó Hugo indignado—. Te rebajas y me hieres.

—Calla tontito —contestó la mujer mimosa—. Mira: se me ha caído la bolsa. Recógela.

Cuando el joven se agachó a recogerla, Julia Webster le acercó la pierna mórbida, sensual, tentadora. Estaba tan próxima que instintivamente Hugo alargó los dedos. Tocó la carne maravillosa a través de la media finísima, y su cuerpo se estremeció como al impacto de una descarga eléctrica. Fueron sólo dos, tres segundos, pero Lebruna pudo ver en los ojos del muchacho una expresión de agonía. Miró a la mujer: un fulgor de júbilo incendiaba los ojos oscuros.

Bruscamente ella se apartó fingiendo interesarse por el "show". El hechizo estaba roto.

El joven puso la bolsa en la mesa, se alisó el cabello ondulado, recuperó la compostura. Ya no quiso hablar. También él se puso su máscara social. Luego se aproximó al "maitre" y mientras Hugo pagaba la cuenta, la mujer se fué alejando hermosa, soberbia, con un aire de reina ofendida. Y sus pasos firmes, nerviosos, resonaron nítidos en el piso de madera: tac, tac; tac, tac, tac, tac.

Nunca supo Lebruna cómo sería el desenlace de la extraña pasión. No volvió a ver a los Webster ni al sobrino de los Webster.

Pasaron muchos años.

El siguió siendo un solterón empedernido, afortunado en los negocios, amante siempre de los viajes. Cierta noche que el avión se detuvo en Tocúmen, bajo el ardor del cielo tropical, vió entrar a la sala de espera un grupo de viajeros: dos hombres, dos mujeres, tres niños. Parecían gente acomodada. El hombre de más edad, imponente y dominador, daba órdenes que todos acataban. El otro se limitaba a vigilar a los chiquillos, que la joven madre no podía contener en su afán de husmearlo todo. Probablemente los niños pertenecían al matrimonio joven, por el cuidado que éste les dispensaba. La mujer más madura era no obstante la más bella; tenía un aire de arrogancia, una elegancia que contrastaban con la sencillez de la otra, y su cuerpo de líneas plenas competía victoriosamente con la apariencia delgada de la más joven.

—John —dijo la mujer de más edad— tenme el maletín.

Al punto, al escuchar su voz, Lebruna reconoció a todos. Eran John Webster, su esposa y su sobrino. Ambos tenían canas en las sienes. También el aspecto de Hugo había cambiado: véasele más hombre, más grueso, más reposado. La mujer más joven debía ser su esposa y los tres niños eran suyos. Estaba claro.

Estuvo tentado de aproximarse para saludar a John Webster, pero todos, en el grupo, se movían desorientados. Se les acercaron varios empleados del aeropuerto. Creyó entender que existía cierta confusión de maletas por el cambio de avión. Iban, venían, consultaban entre sí.

—Ven, vamos a arreglar esto —dijo John Webster con firmeza y se alejó seguido por la mujer joven.

Entonces Hugo cogió un niño con cada mano y Julia se hizo cargo del tercero. Se miraron largamente. Acaso hablaban, se decían algo pero en voz tan baja, casi como un murmullo, que Lebruna no pudo recoger. Y en sus ojos ya no ardía la llama de ayer, sino una expresión tan tierna, tan dulce y triste a la vez, que el venezolano no pudo reprimir un sentimiento de pesar.

Había comprendido que el grillete seguía cerrado.

## EL LLAMO BLANCO

Era una suerte fabulosa qué nadie podía explicarse. Mina que caía en sus manos entraba en "boya"; mina que él abandonaba se iba para abajo. Sólo se le conocían victorias, jamás una pérdida en negocios. Subió de cateador a millonario, casó con una dama aristocrática, y el humilde hijo del pueblo llegó a convertirse en industrial. Tenía minas, fábricas, empresas comerciales.

No es verdad que el mestizo sea un ser inferior. Al contrario: toma del choque de las sangres los jugos más fuertes, se renueva, se purifica, como si el sol indio renaciera en la tremenda energía cansada del hispano. ¿Qué importan linajes y diplomas? En el mundo americano, hecho de urgencias febriles, sólo cuentan audacia y dinamismo. Su violenta personalidad de aventurero no conocida obstáculos: defendió a tiros sus minas, ganó litigios con astucia aplastó quienes obstruían su camino.

Era un hombre poderoso.

Pero el hombre más poderoso tiene su talón de Aquiles. Y el punto vulnerable del minero Rengel era una hermosa jovencita, su hija menor, a quien amaba con locura. No es que ella lo dominara, como sucede en ciertas familias cuando la abundancia de varones prestigia el hechizo de la única hija. Leonora, en contraste con sus cuatro hermanos, que tenían mucho del genio enérgico del padre, florecía fina y delicada, centro de amor para los cinco, tal vez porque al nacer les robó la presencia de la otra, la que debió velar por ellos. Ni Rengel ni sus hijos querían recordarla. Callaban. Un instinto secreto hizo que concentraran afectos en la pequeña, que se le parecía asombrosamente en físico y espíritu. Y Leonora fué, para ellos el rayo de ternura que cruzaba sus vidas impetuosas.

Porque los Renjel, hombres de pelea, vivían desafiantes. No se presentaban matones ni prepotentes, no buscaban el apoyo de su inmensa fortuna; amaban el peligro, la dificultad, la aventura por la aventura, ejercitando el carácter en osadas empresas de hombría. A veces unos contra otros; agachándose sólo ante la suprema autoridad del padre, o buscando la dulzura de Leonora cuando la terquedad del viejo los unía para enfrentar su capricho.

Rengel quería a sus hijos tal como los había formado, hijos de su sangre violenta, de su nobleza ingénita, devolviendo golpe por golpe, afrontando solo a los fuertes. Habíalos criado en el campo, a pleno sol, jineteando potros al pelo, escalando montañas; y sólo cuando los vió mozallones los trajo a la ciudad educándolos en escuela práctica.

—Las profesiones y los títulos académicos no sirven para nada —sentenciaba el viejo—. Hay que pelearle a la vida como yo lo hice.

Hízoles aprender las astucias mercantiles, los introdujo a todas partes, para que aprendieran a manejarse entre hombres. No quería que fueran "los hijos de Rengel", sino cada cual, por su propia y vigorosa personalidad, un Rengel capaz, indomeñable. Los empujaba a desenvolverse en múltiple actividad, en cuanto significara movimiento, lucha, vida intensa y febril, inculcándoles al mismo tiempo nociones de orden y responsabilidad. Luís Alberto, Jorge, Esteban, Octavio eran cuatro mozos arrogantes, atrevidos, en quienes desbordaba la atávica energía mestiza. Tenían, además, al viejo que siempre estaba atizándolos con su temperamento bravío, creándoles problemas solo por el placer de observar cómo los resolvían, con su genio iracundo que no era sino la válvula de escape a una demoníaca actividad.

No era la vida, no era el destino; era el viejo Rengel el gran antagonista de sus hijos, a los que tallaba a zarpazos, fingiéndose duro, indiferente. Mas los muchachos conocían a su progenitor, adivinaban su amor escondido, comprendiendo que los quería varoniles y realistas, lejos de sensiblerías fáciles. Y fueron creciendo como el padre los soñara: audaces, nobles, eficientes.

Temible "tribu" la de los Rengel. El que no se estrellaba con la avasallante personalidad del viejo, sentíase perdido ante la inteligencia de Jorge y de Esteban o la fría voluntad de Octavio y Luís Alberto; Luchadores de raza, vivían buscando no pendencias ni disputas fútiles, sino causas mayores para emplear su desbordada energía. Su fortuna era cosa aparte; no la hacían sentir. Muchas veces, después de haber vencido en competencia leal, tendieron la mano generosa a los caídos, haciéndose perdonar su poderío. Conocían la rara ciencia de convertir adversarios en amigos.

Pero si hubo alguno que odiaba a los Rengel, por esa extraña mezcla de "condottieres" y señores que ardía en sus venas, por su riqueza y su prestigio personal, aun ese tenía que sentirse tendido frente a la belleza pensativa, a la gracia misteriosa de Leonora, que parecía esmerarse en ganar a los esquivos.

La bondad, el sosiego que la ausente no pudo insuflar a los hijos, asomaban con llama pura en los ojos verdes de la doncella. Nunca alzaba la voz, no perdía la compostura. Su espíritu armonioso captaba agudamente las situaciones y en pocas palabras daba el consejo oportuno. Luego aquella voz de suave melodía, que llamaba al amor y a la confianza. Si los Rengel se extasiaban oyéndola, los extraños la amaban desde el instante primero.

Leonora. Nunca nombre tan dulce para doncella tan preclara.

Cuando Marco Antonio, el hijo del banquero Montiel, osó expresar su deseo de pedir la mano de Leonora, el viejo Rengel estalló colérico. Quiso dirigirse a la casa del banquero y abofetearlo por la audacia del joven:

—¡Nadie tiene derecho de turbar la paz de una niña! —tronó el potentado—. Que se casen las que sean mayores de edad. ¡Nadie piense en la mano de Leonora antes de que cumpla veintiún años!

Luís Alberto, el primogénito, se limitó a decir que el postulante le parecía un infeliz. Octavio opinó que era un insolente. Y el momento en que Jorge y Esteban se ensarzaban en disputa acerca de quien debía pedir explicaciones al atrevido, Leonora dijo suavemente:

—Pero si yo no he pensado abandonarlos.

Y la paz volvió a la "tribu" de los Rengel, por que la voz de la doncella lo apaciguaba todo.

Pasaron los años. Pasaron muchas cosas en la vida tumultuosa de los Rengel. El viejo frisaba en los setenta, cada día más fuerte, más indómito. Luís Alberto acaudillaba un grupo

socialista en el parlamento. Jorge dirigía un consorcio industrial. Esteban gerentaba un Banco. Octavio una empresa de aviación. Leonora se convirtió en una mujer adorable.

Un día la desgracia tendió sus alas lóbregas en el hogar de los afortunados. Leonora enfermó súbitamente.

El padre y los hermanos se consagraron a la enferma. Perdida la fe en los médicos locales, viajaron a Europa y a los Estados Unidos. La hicieron ver por los mejores especialistas, sin reparar en gastos. Todo fué en vano. Aunque alguno opinó que se trataba de una modalidad de anemia perniciosa, la mayoría dedujo que siendo el mal de origen desconocido era incontenible. La enferma se extinguiría lenta e inevitablemente.

Volvieron a la patria perdida toda esperanza Leonora adelgazó, perdió sueño y apetito. En sus tiernos ojos verdes despertó una dulce melancolía.

El viejo creyó morir de pena mas su voluntad se sobrepuso: no hacia notar a nadie, ni siquiera a los hijos, el dolor que lo acosaba. Los Rengel comprendían que la hermana se iba. Se apagaba, se apagaba poco a poco. No habían esos síntomas crueles, desagradables de las enfermedades graves; era un mal engañoso, indoloro, indefinible. Sólo un apagamiento trágico; cada día menos pasos por la estancia, cada hora menos palabras en los labios. Hasta que cierta mañana la doncella se negó a levantarse. Véasela más bella que nunca, emulando la blancura de las sábanas, mientras la cabellera negra se desparramaba en la almohada.

Entonces el jefe de familia, desvanecida toda esperanza en la ciencia, sintió que el ancestro despertaba en su alma. Desde un fondo olvidado la voz de la tierra subió a su corazón. Y con gesto imperioso llamó a los dos mayores:

—Hijos míos —ordenó— iréis a Potosí y preguntaréis en el tambo de San Antonio por la familia de los Condori. Son unos "callaguayas" o curanderos aimáras; que desde hace mucho tiempo curan con yerbas y fórmulas secretas. Yo vi de niño, curas que parecían imposibles. Volveréis con el más viejo, porque los viejos son los que saben más. Probaremos este último recurso.

Luís Alberto y Jorge partieron presurosos. Al cabo de cinco días regresaron con el "callaguaya". Era un indio viejo, muy viejo, vencida ya la espalda, de faz arrugadísima y manos sarmentosas.

El millonario se dirigió a él. Por primera vez su voz cobró un tono de humildad:

—Tatay —expuso— mi hija se muere. Tú eres sabio... Tú sabes curar... Dale algo para que se levante, que vuelva a alegrarme el corazón.

Y el viejo se mordía los labios para impedir el llanto.

El Condori lo miró fijamente. Reflexionaba. Aumentaron los surcos de su frente. Sólo se oía, en el cuarto, la respiración anhelosa de los cinco Rengel. El indio seguía sumido en un mundo de niebla y de misterio. Jorge hizo ademán de repetir el ruego, creyendo que su padre no había sido bien escuchado, pero el viejo minero, que conocía las costumbres del "callaguaya", le hizo señal de callar. Esperaron. Y después de una cavilación cautelosa, el Condori contestó:

—Señor: tú has sido bueno con los indios. Has hecho levantar escuelas. Te ayudaré.

Pasaron a la estancia de la enferma. El curandero se aproximó a la doncella. No tomó el pulso, no levantó el párpado, no pidió termómetro. Se limitó a mirar, a mirarlo todo con fijeza espantable, como si fuera a penetrar la verdad con sólo el poder de sus ojos viejísimos. Después de unos minutos de expectante observación, dijo:

—Podrá ver muchas veces al "Willka", al Padre Sol. Pero han de hacer lo que yo mande.

—Se hará lo que tú digas — replicó el millonario.

—Mañana, a las diez de la noche, volveré.

El siguiente día transcurrió como siempre. Todos afligidos, intranquilos. Leonora extinguiéndose lentamente. Octavio apuntó que el curandero era un farsante y no volvería. Una mirada colérica del viejo lo hizo callar. Rengel sabía que el "callaguaya" cumpliría su palabra.

Daban las diez de la noche en el reloj de la plaza: frente a la casa del millonario, y el Condori entraba en ella seguido por dos indios jóvenes que conducían un llamo blanco.

El curandero se dirigió con aire de gravedad al millonario:

—Harán lo que yo mande — repitió — y la niña sentirá muchas veces todavía bajar el aire de las cumbres.

Luego pidió que nadie hablara ni lo interrumpiera en su tarea.

Hizo encender una gran hoguera en el patio colonial de la mansión, a la vez que ordenaba apagar la luz eléctrica. Sobrevino una escena fantástica. Bajaron a la enferma los cuatro hermanos, en el lecho donde yacía postrada, colocándola a prudente distancia de la hoguera. Enseguida los indios pidieron unos palos y comenzaron a unirlos con recias sogas. Rengel, sus hijos y unos pocos servidores de la casa contemplaban el acto. Las lenguas de fuego se perdían en el cielo oscuro, y a su lumbrería cuerpos y cosas reverberaban en reflejos mágicos. De la profunda obscuridad, agazapada en los cuatro ángulos del patio, subía un silencio trágico, sólo turbado por breves órdenes del Condori. Y de tiempo en tiempo el chasquido de los leños estrujaba los corazones de angustia.

La noche, propicia a un rito religioso, se abría pavorosa sobre las cabezas consternadas.

Cuando la armazón de madera estuvo concluída, el "callaguaya" se dirigió al millonario:

—Tatay, todo está listo. Por una vida que se pierde, pagarán otras vidas. ¿Quieres, siempre, que tu hija vuelva a caminar?

¡Aunque cueste mil vidas: —rugió Rengel.

El Condori hizo una señal. Los indios cogieron al llamo blanco, un lindo animal, de buena alzada y pelaje espeso, que mansamente se dejó atar por las extremidades y el cuello a los maderos. Era un camélido domesticado. Su bella cabeza, de grandes ojos oscuros, aterciopelados, de narices husmeantes, se movía tranquilamente de un lado a otro, con una mirada de inocencia. Las orejas, enhiestas, recogían los mil rumores indecisos de la noche. Sólo el curandero sabía lo que había costado convertir a este llamo salvaje, que pateaba, escupía y mordía con furia, en dócil servidor del hombre. Y en el tibio ambiente de verano, bajo el palio estelar que profundizaba el rectángulo del patio, pacífico y hermoso al resplandor de la hoguera, el llamo blanco vivía sus últimos instantes, sin comprender por qué lo inmolaban.

Pidió el curandero una vasija de barro. Puso a un indio mirando al norte, otro en dirección al sur. Colocó la vasija entre el lecho de la enferma y el madero en que yacía el llamo. Hizo unos signos esotéricos, murmuró frases incomprensibles; luego sacando un cuchillo afilado tocó tierra con ambos lados de su hoja, lo purificó en el fuego, y tapando los ojos del llamo con una mano, con la otra le asestó un golpe; certero en el cuello. Brotó la sangre roja, impetuosa, incontenible, tiñendo de granate el suave pelaje nevado. Sacudió el llamo las patas en un postrer esfuerzo por defender su vida, agitó el cuello con furia, escupió y daba mordiscos al aire como queriendo vengar el ataque. Salía la sangre a borbotones por la

herida, y el "callaguaya" la recogía en la vasija de barro. En los ojos del animal moribundo, brillaban, confundidos, el dolor y el miedo.

Poco después, exhalando una queja semejante al llanto de un niño, el llamo expiró convulso y trémulo.

Entonces el curandero sopló en la sangre de la vasija, profirió otras palabras enigmáticas, y apuntando al lecho de la enferma con la mano sarmentosa dijo por toda explicación:

—El "Karwa", el llamo, la caballería que lleva hacia lo alto, es ahora la caballería que viene hacia lo bajo. Ella vivirá.

El primero en darse cuenta de lo que pasaba a la enferma fué Octavio.

—¡Mírenla, renace! —dijo tembloroso.

El "callaguaya" hizo un signo imponiendo silencio, y todos volvieron la mirada hacia el lecho. Como si una transfusión invisible diera fuerza inmediata a su cuerpo exangüe, las mejillas de Leonora fueron cobrando lentamente un color de aurora. Las venas finas, azuladas, se hincharon como si acreciera el torrente sanguíneo. Se adivinaba la savia generosa, una fuerza nueva y desconocida, alborotándose bajo la piel delicada. La doncella se incorporó, los párpados se alzaron, volvieron a mirar los ojos verdes con la dulce mirada de antaño y la voz melodiosa dijo sosegada:

—Quiero dormir.

En la vasija de barro, la sangre roja del llamo sacrificado pasó del granate al violeta, del violeta al marrón oscuro, del marrón oscuro a un verdinegro indeciso. Y al resplandor de la hoguera el líquido ondulaba, se movía como queriendo hablar.

Lleváronla su habitación y todos se fueron a dormir. Los indios, arrebuados en sendas mantas, se durmieron al pie de la escalinata de piedra. Pero el Condori, sentado en cuclillas, veló hasta que la hoguera se apagó, En el piso alto, por el ventanal vidriado, se distinguía la silueta fornida del viejo Rengel velando el sueño de Leonora.

Al amanecer, cuando las primeras flechas del sol herían el tejado, el curandero se levantó y recogiendo cenizas de la hoguera las esparció sobre el llamo sacrificado. Luego sacó su cuchillo y con tajos hábiles seccionó la cabeza que lavó, roció con sal y guardó en un bolso de lana. Masculló palabras incomprensibles, en aimára arcaico, y fué a colocarse junto a los otros. Dióseles un buen desayuno. Y hasta que el amo apareció, los tres indios estuvieron sentados en el suelo, inmóviles, hieráticos, clavada la mirada en un punto distante, sin hablar entre sí, con ese misterioso poder de ensimismamiento que hace del nativo un trasunto de montaña.

Leonora amaneció mejorada. Débil aún, la vida retornaba a su cuerpo lánguido. Sus bellos ojos perdieron el tinte de melancolía. Pidió ser llevada a la ventana y al ver el jardín derramó lágrimas de dicha:

—Dormía —exclamó—. Ahora quiero vivir. Estaba salvada.

El viejo Rengel, seguido por sus hijos, bajó al patio y abrazó al curandero.

—Tatay: me la salvaste. Pide lo que quieras. El indio le contestó gravemente:

—El sacrificador del "Karwa" no debe recibir nada. Haz más escuelas para los "runas". Si quieres, dales algo a mis nietos. Me voy señor.

Rengel fué generoso con el curandero. Regaló una mula patifina a uno de los mozos, puso un grueso fajo de billetes en el bolso del otro, para que hiciera una casa para su abuelo;

y ese mismo día ordenaba levantar diez escuelas indígenas en diversas zonas del país, que llevarían el nombre de Condori.

—Que Dios te bendiga, Condori.

—Tatay, que la "Pacha-Mama" te sea benigna.

Leonora se recuperó rápidamente. Su cuerpo esbelto adquirió plenitud. Hincháronse dulcemente los senos. Un ritmo triunfal de vida enarcó el fino dibujo de las caderas.

—Me siento llena de fuerza, podría hacer muchas cosas —decía la doncella sorprendida a sus hermanos —pero prefiero dejarles eso a ustedes.

Leonora volvió a ser la dicha de la "tribu" de los Rengel, el orgullo de la ciudad, porque nadie la aventajaba: en su casta hermosura, en sagacidad, ni en el doble encantamiento de genio y figura.

Reanudaron los Rengel su vida audaz, despertando envidias por millares, admiraciones por centenares. Y los últimos rencores iban a morir en los pliegues de la falda de Leonora.

Pasó el tiempo. El viejo minero, lejos de declinar, seguía animoso y enérgico. "Es un roble —decían las gentes — llegará a los ochenta tan fuerte como sus hijos".

Con la vejez, la inteligencia natural del millonario se aguzó. El hombre de empuje, de acción, dióse también a meditar en los caprichos de la suerte. No encontraba explicación a su suerte increíble. Recorriendo la vida de sus émulos, el destino general, de los demás, comprobaba que así como rara vez, casi nunca un dictador termina en la cima, los grandes capitanes del dinero tienen siempre su cortejo de calamidades e infortunio. El no; descontada la pérdida de la esposa, todo había salido y seguía saliendo bien. Un oscuro temor fué creciendo en su alma contra ese halo de poder y felicidad que lo envolvía. Los hijos todos logrados, descollando por su propio mérito. Leonora, casada ya, madre de dos lindos críos. Su fortuna siempre en ascenso, su prestigio cada vez mayor. Y una salud de hierro, que es lo más que se puede pedir a la naturaleza en la ancianidad. Pero el viejo desconfiaba. Separó grandes bienes para los suyos, y comenzó a repartir su inmensa fortuna en donativos de beneficio público.

La prensa celebró el hecho: el viejo Rengel, como los plutócratas yanquis, comenzó "condottiere" y quería terminar filántropo. Una nueva felicidad —la gratitud popular— entró a la casa de los afortunados.

Una mañana los hermanos penetraron al cuarto del millonario.

—Padre —dijo el mayor—. Se ha descubierto petróleo en nuestras tierras del oeste. Iremos allí para organizar las cosas en tu nombre. Volvemos en ocho, días.

Y se fueron alegres, bulliciosos, estremeciendo el piso con sus pisadas vigorosas.

El viejo Rengel sintió una punzada en el corazón. ¿Qué sería? Antes no se cuidaba de separación ni regresos. Pensó que se estaba volviendo anciano. Bajó al jardín, se entretuvo con los nietos y por la noche, cautivo de la voz de Leonora que leía páginas de Mommsen, la inquietud se disipó.

Esa semana transcurrió vigilando los proyectos de su yerno, el ingeniero Sánchez, que antes que yerno era un hijo más por su devoción a la familia.

El sábado, día señalado para el retorno de los Rengel, el viejo se levantó optimista como de costumbre. Los nietos se precipitaron a saludarlo:

—¡Yo primero!

—¡Yo primero!

Eran dos bellos rapaces de pocos años.

—Abuelito -dijo el mayor —han traído esto—. Y le alcanzó un telegrama que rezaba "urgente". Pero el millonario no encontraba sus lentes de lectura y se metió el despacho al bolsillo.

—Abuelo —agregó el otro — ahora verás lo que yo encontré.

Y nervioso, impaciente, lo llevó al patio colonial, donde el sol invadía ya la vasta superficie.

En una esquina, sobre un montón de paja, yacía un llamito blanco, muy pequeño casi un recién nacido. Tenía las orejas enhiestas, la piel suavísima, sin la más leve mancha. Gemía de hambre. Los chicos le dieron leche y se calmó. Luego alzó los ojos oscuros, aterciopelados hacia el viejo, y su mirada inocente lo ofuscó. ¿Qué sería?

Un recuerdo lejano, desde un tiempo olvidado, hirió como un rayo su mente. El millonario subió precipitadamente la escalera de piedra, pidió sus lentes de lectura, y sostenido por los brazos amorosos de Leonora leyó el telegrama dirigido a su yerno: "Ingeniero Sánchez. — Anoche estrellóse contra cordillera avión procedente del oeste. Viajaban hermanos Rengel. No hay sobrevivientes. Prepare familia. — Lloyd".

Y el mismo instante en que Leonora y el viejo confundían sus lágrimas, uno de los niños decía alborozado al otro, saltando de impaciencia:

—¡Mira, mira hermanito! El llamo tiene un collar colorado en el cuello.

Y al sol matinal que hería violentamente el paisaje, veíase una fina línea roja en el cuello del animalito, que fingía una cinta colocada para hacer resaltar la albura del pelaje; o la huella reciente de una herida circular, como si acabaran de colocar en su sitio una cabeza recién cortada.

## UNA CORBATA

La vitrina que Jaime recorría con ojos distraídos, estaba arreglada con gusto. Finos casimires ingleses alternaban con sombreros arrogantes. Una bata de cama, sedosa y brillante, arrojaba reflejos de azul zafíreo sobre la superficie algodónada de dos "sweaters" con blancura de nieve. Camisas de trama delicada contrastaban con pañuelos de tono encendido. Una pipa por aquí, una billetera de cuero por allá. Lociones vistosas envueltas en celofán. Y unas cuantas corbatas, tan primorosamente distribuidas, que acusaban mano experta. "Estamos progresando —pensó el mirón—. Diez años atrás no había en la ciudad una vitrina tan bien presentada". Esas prendas de vestir que en su mocedad se amontonaban torpemente detrás de vidrios sucios, lucían ahora, para delicia de la mirada madura, bajo cristales limpios, resplandecientes, que la luz artificial encendía con mágicos reflejos.

Mirando la vitrina con mirada de conocedor, reflexionaba el abogado en las pequeñas fruiciones del lujo. Un hombre, si tiene dinero, tiempo para gastarlo, sentido de oportunidad para aprovechar tiempo y dinero, es un pequeño dios: lo puede todo. Un bello libro, un disco recién llegado, una prenda de vestir novedosa, una linda porcelana ¿no son regalo del azar? En realidad los triunfadores, los que gozan de fortuna, no suelen apreciar las dulces ventajas de una situación holgada; acostumbrados a satisfacer su deseo parece que embotaran la sensibilidad. Casi siempre los que más tienen son los que menos disfrutaban el placer de adquirir cosas para embellecer la existencia.

Jaime era distinto. Sabía el valor de cada cosa, de cada minuto, saboreaba con sutil epicureísmo el encanto de la novedad. Trabajaba, a veces hasta se endeudaba para satisfacer un capricho. Un secreto orgullo lo inundaba cuando frente a un objeto atractivo, se decía: "tómalo, es tuyo". Todo cuanto se ofrecía a sus ojos, podía pertenecerle si estaba dispuesto al sacrificio de los precios. ¿Qué sabe un millonario del goce de adquirir algo largamente

anhelado? ¡Bah! La vida reserva sus hechizos para las gentes del plano medio; las que deben ganar con esfuerzo el derecho a mejorar.

Estaba ya por retirarse, cuando una corbata verde, situada en discreto segundo plano, atrajo su atención. Las corbatas eran el "hobby" de Jaime; las tenía a montones. ¿Cuándo es aristocrática una corbata? Cosa difícil, ciertamente. Pero él era un hombre de mundo y conocía la ciencia de elegir esos sutiles trapos de colores que envanece, al varón y pueden cautivar a la mujer.

La primera mirada que el abogado echó a la corbata verde fué disciplicente. ¿Tenía cuatro, cinco de ese color? Tal vez no le hacía falta. Siguió mirando y a poco ella le revelaba su secreto encanto. A primera vista era una corbata como cualquiera otra, más discreta que llamativa. Pero viéndola con fijeza, se advertía que su fondo, de un verde extraño, de un verde-mar, intenso y delicado al mismo tiempo, oponía un contraste vibrante a las pequeñas manchas blancas diseminadas geométricamente en su alongada superficie. Esto fué, precisamente, en lo que Jaime reparó: ella tenía una personalidad escondida, que sólo el buen conocedor podía capturar. Esas pequeñas rayas blancas sobre el tapiz oscuro, semejaban un coro de estrellas saliendo de un cielo de esmeralda. No eran tornasoles, ni reflejos cambiantes del iris; sólo dos colores primordiales Verde y blanco tan maravillosamente combinados, en el punto preciso de transición cromática, que a poco más se diría un poema en blanco y verde. "Es preciosa —se dijo el hombre— y yo sabría llevarla con elegancia refinada".

Avanzó unos pasos y entró a la tienda.

—Señorita: me hace favor esa corbata verde que hay en la vitrina.

Tan absorbido andaba en su derecho de posesión, que no reparó en la sonrisa con que la empleada le contestó:

—Siento mucho, señor. Estamos en refacción y no atendemos al público.

Jaime dió la vuelta y quedó sorprendido. Efectivamente: dos tercios de la habitación, que no era muy grande, estaban ocupados por un complicado andamiaje sobre el cual dos obreros arreglaban el techo. Las maderas hallábanse dispuestas en tal forma, que era imposible aproximarse a la vitrina.

—Lo siento — repitió la vendedora. Entonces él preguntó:

—¿Podría reservármela?

La joven salió con el abogado a la calle, vió la corbata verde, y le aseguró que la reservaría:

—Vuelva la próxima semana. Reabrimos el martes y le doy la corbata.

Se despidió y se fué al cine.

Daban una cinta policial, de trama endiablada, donde todos podían resultar, Potencialmente, el criminal.

Apesar de su afición al género, Jaime no pudo seguir el desarrollo del film. Lo oprimía una sensación de descontento: era la primera vez que su voracidad de "dandy" no satisfacía su deseo. Claro que nada significaba esperar cinco días; la corbata era suya porque estaba reservada para él; pero esos cinco días se volvían cinco años y cuanto más lejana en el tiempo la sentía más viva y seductora en su imaginación. ¿Qué más da una corbata verde que otra? Podía abandonar su butaca, irse a otro almacén y comprar la más hermosa, acaso una mejor. ¿Podía? No; en realidad no podía; porque él no deseaba una corbata verde, aunque fuese la reina de las corbatas verdes, brotada de las manos del primer artífice del ramo, sino solamente esa aristocrática de estrellas blancas sobre fondo glauco que dormía como una princesa encantada en la tienda de la plaza. Era ridícula la comparación, pero así ganó a su mujer, diez

años atrás. La sorpresa del encuentro; el deseo de tener esa compañera, precisamente esa y no otra; lo mucho que le costó unir su vida a la de su bella esposa. Sonrió satisfecho: pocos días más y la corbata luciría en su pecho. Lo que más se desea es lo que mejor se disfruta después. Creyó ver la corbata verde-mar sobre la camisa del juez; luego se la adjudicó al detective; finalmente al chino enigmático que erraban por el film. De pronto lo asaltó la duda: "¿Y si la vendían a otro?"

¡Valiente tontería! Que la vendan. ¿Iba a preocuparse por un pequeño trapo de color?

Ocultó el incidente a su mujer. Esa noche se revolvió muchas veces en la cama antes de conciliar el sueño. Al fin soñó que la corbata estaba ahí, a dos pasos, casi al alcance de sus dedos; pero cada vez que alargaba la mano para tomarla, como agitada por alas invisibles se ponía fuera de su alcance. Y un coro de carcajadas burlonas celebraba su derrota.

Al día siguiente, terminado el trabajo en la oficina, volvió por la plaza. Allí estaba la deseada, sin los reflejos mágicos de la luz artificial al anochecer; más linda todavía en su decoro silencioso. Se tranquilizó. Porque no se destacaba en lugar muy visible, sino en ese discreto segundo plano que suele darse a lo secundario. Mejor: pocos la verían, y comparada con otras corbatas más llamativas, era como una noble doncella recatada entre insolentes cortesanas. La contempló largamente, comprobando que su encanto acrecía con la espera, y al pasar por la puerta de la tienda saludó amablemente a la vendedora.

Al segundo, al tercero día, fué lo mismo. Se paraba unos minutos frente a la vitrina, miraba como un enamorado celoso a la bienamada vestida de blanco y verde, encontraba nuevos matices a su rara belleza, y al retirarse saludaba con una sonrisa a la joven de la tienda. El domingo transcurrió plácidamente. En su sillón de lona, con gafas oscuras, leyendo un buen libro, paraba la lectura de tarde en tarde para regocijarse con la sorpresa que daría a su mujer: el martes por la mañana volvería con la corbata verde-mar sobre su pecho de triunfador. El lunes se acostó feliz pensando "mañana será".

El esperado martes, antes de ir a la oficina, tomó su coche y se disparó a la plaza. Allí estaba la encantadora, más hermosa y provocativa que nunca. Para sus ojos habituados al sutil sortilegio de la armonía alba y verde, la prenda cobró prestigio mayor; eran ya viejos conocidos. Un aire de simpatía los aproximaba. Era ya suya, algo familiar e íntimo que nadie podría arrebatarle. En hora tan temprana no hay compradores en las tiendas. Pudo pues ingresar confiado al almacén.

Con la sonrisa más cautivadora, Jaime se dirigió a la vendedora:

—Buenos días, señorita. Vengo por la corbata verde.

La muchacha parpadeó rápidamente. Miró angustiada al dueño que se movía detrás del otro mostrador, y dijo asustada:

—Lo siento mucho, señor. Está... está vendida.

El abogado se contuvo para no lanzar una carcajada.

—¡Claro que está vendida! —repuso alegremente—. ¿No recuerda que la separó para mí el jueves pasado?

Entonces el dueño, un hombrecillo tosco, seco, de ojos grises, salió detrás del mostrador y aclaró:

—Disculpe señor. Yo la tenía vendida a un cliente antes que usted la viera. La señorita no lo sabía y se la ofreció.

Jaime sintió que el temor crecía en su pecho. Pero se esforzó por buscar arreglo al asunto.

—Me extraña mucho —contestó— que si está vendida sigan exhibiéndola.

—Tiene usted razón— añadió el dueño—. Y dirigiéndose a la vendedora ordenó:  
—Señorita: retire esa corbata de la ventana.

Luego, como para justificarse, agregó:

—Disculpe usted. No lo hicimos antes porque el andamio de los obreros lo impedía.

Jaime estaba indignado, mas no dejó traslucir su enojo. ¿Qué puede hacer un caballero cuando le explican razonablemente las cosas? Se retiró del almacén profundamente disgustado.

¡Qué contrariedad! Jamás le había ocurrido nada igual. Una miserable corbata, un triste pedazo de tela de seda, después de ponerle de punta los nervios varios días, terminaba por escapársele de los dedos. ¡Maldición! ¿Es que no podemos satisfacer ni nuestros pequeños deseos? Más al recordar el juego de matices con que ella lo recibía en sus paseos matutinos, él comprendió que se estaba engañando a sí mismo. No, no era un simple deseo, sino un anhelo poderoso; incontenible. Amaba esa corbata como se aman y persiguen los grandes ideales lejanos, inalcanzables. Ahora comprendía que gustoso cedería todas las que colgaban en su ropero, por esa exquisita aristócrata de fondo glauco y manchas níveas, que se le antojaba una diosa marina, una casta diosa surgiendo del embrujo de las olas.

El orgullo, el temor de que lo hallase pueril, le impidieran contar el caso a su mujer. Ella lo advirtió desagradado y no quiso turbarlo con preguntas. Le propuso salir de compras por la tarde y él aceptó.

Después de recorrer algunas tiendas fueron a dar frente a la famosa vitrina. Jaime sintió que algo se acumulaba en su pecho, algo largamente retenido. ¿Querían desafiarlo, pretendían burlarse de él? Allí estaba la turbadora de corazones, más serena, más hermosa que nunca. Una sonrisa indecible ondeaba sobre su exquisita superficie. Pero en el alma de Jaime no había campo para ternuras ni sonrisas. Iba a estallar.

Olvidando que su mujer ignoraba el asunto, la arrastró nerviosamente al almacén, y dirigiéndose con vehemencia al dueño lo increpó:

—¿No me dijo usted que estaba vendida la corbata verde?

—Sí, señor. Está vendida.

—¿Entonces por qué la mantiene en la ventana? Es una burla al público. ¡Usted no puede hacer eso!

—Ha sido un descuido, señor. La sacaremos inmediatamente.

Salió sin despedirse, descompuesto de rabia. Mientras caminaban contó el incidente a su esposa. Ella muy suavemente, conociendo el modo de apaciguar sus furias, lo llevó a otra tienda. Y eligiendo una linda corbata verde, de color entero, la puso en sus manos:

—Esta es mucho más elegante que la otra —dijo—. Lucirá muy linda en tu traje gris.

El abogado se aplacó. Casi olvidó lo ocurrido. Pero en la noche, al apagar la luz, la batalla se reanudó en silencio. Era duro renunciar. Nunca había deseado con tal intensidad una prenda; nunca la tuvo tan cerca de sus manos; nunca se le escapó nada con tanta sencillez. Por un instante se avergonzó de su frivolidad. "¡Bah! Soy un tonto —pensó—. Si tanto me gusta, le pediré al dueño que encargue otra a Nueva York. Las corbatas se fabrican hoy en serie". Esa era la solución. Sí; más entonces surgía la discusión con el hombre. No podía agacharse sin vulnerar su orgullo. "¡Al diablo la corbata verde, el dueño y el almacén!". Y al diablo también el sueño que tardó tres horas en acudir.

El miércoles por la mañana, la costumbre lo llevó a la plaza. Su sobresalto fué mayor: ¡allí seguía la deidad, con su sonrisa misteriosa, que ahora tenía más de burla que de saludo! Bien; esto necesitaba un correctivo. Fué al ministerio de economía, sentó denuncia y pidió un inspector para verificar el caso. En el trayecto iba explicando al funcionario el incidente. Ningún comerciante puede exponer mercaderías que no ha de vender. Lo vendido debe tener un rótulo que lo diga expresamente, o ser retirado. Además a él le dijeron que le reservarían la corbata, de modo que la explicación posterior era sólo un pretexto para no entregársela. ¿Por qué?

El funcionario le dió plena razón.

Llegaron a la tienda. El dueño se demudó al verlos. Tentó una explicación, se enredó, y cuando el inspector pidió el talón de las boletas de venta, resultó que la corbata no tenía dueño. Jaime insistía en que debían vendérsela, el dueño argumentaba que estaba separada. La discusión se prolongaba. Se habló de ética comercial, de dignidad, de capricho y testarudez recíprocamente atribuidos. Por último, el funcionario propuso:

—Usted — dijo al comerciante —no ha demostrado que la corbata está vendida. — Y dirigiéndose al abogado preguntó:—¿Quiere usted adquirirla?

El dueño del almacén protestó angustiado:

—¡Señor Inspector, yo no puedo venderla! El comprador me ha de armar un escándalo peor. ¿Es que siempre el más fuerte ha de tener la razón sobre el débil?

Contestóle el inspector que no fuera obstinado, porque la denuncia del abogado, a más de la multa consiguiente, podría aparejar la clausura temporal de su establecimiento.

Frente a la doble amenaza el comerciante cedió al fin:

—Está bien, que se lleve la corbata. Pero es un abuso, señor inspector, un abuso...

Jaime sintió brotar en su espíritu el sentido de justicia, ese ímpetu quijotil que guiaba su vida moral.

—¿Un abuso? —preguntó indignado—. ¿Que yo no tengo derecho de comprar lo que se me venga en gana? ¡Al diablo usted, su tienda y su corbata!

Partió rabioso y triunfador. Rabioso porque la corbata no venía con él; triunfador porque había dado una lección de señorío al villano que se la disputaba. Prácticamente la batalla la ganó el otro, humillándose en forma indigna, chantajeándolo en su sentimiento de justicia. Pero también en la vida, como en el deporte, existe el triunfo moral, el consuelo de los señores que muchas veces pueden ser derrotados por los pícaros. Todavía al entrar en su casa y hacer jugar la llave en la cerradura, murmuraba amargado: "Bellaco: me la gano por astuto". Se juró que era la última vez que perdía el control de sus nervios. Obrando fríamente, habría ganado la partida.

Viéndolo comer malhumorado, su mujer adivinó lo sucedido:

—¿Por qué volviste a la tienda? Pareces un niño. Juguemos ajedrez.

Y ella se hizo ganar tres partidas que atenuaron la tristeza del infortunado.

Dos días después lo llamaron telefónicamente del ministerio. El inspector había decomisado la prenda y la causa debía ventilarse conforme a reglamento. Jaime se alegró: ¿se abría otra posibilidad de adquirirla? Claro que no sería fácil, después de haber vociferado contra prenda y comerciante. Ya sabría él sortear el conflicto entre orgullo y deseo. Fué al ministerio, habló con el comisario de precios. La denuncia fué ratificada, pero avergonzado del

incidente, se adelantó a pedir que no multaran al comerciante. El funcionario lo contempló extrañado:

—Doctor —inquirió — ¿entonces por qué hizo la denuncia? En derecho ella está probada. Sólo falta aplicar las sanciones del caso.

Jaime se azoró:

—¡No, no! —exclamó —. En realidad... se trata de un caso sin importancia. Era sólo por el principio... No sé si me explico... Por el principio de que ningún comerciante puede burlarse de un cliente. Es decir que por un simple capricho, no puede negarse a vender lo que exhibe. Claro que tampoco exijo yo que se le obligue a venderme la corbata. Ante todo la justicia.

El funcionario, hombre de larga experiencia, esbozó una débil sonrisa:

—¡Ah, vamos! Se trata de la corbata y no del principio. Váyase tranquilo, doctor. Fallaremos en "justicia".

Jaime sintió que ella se le escapaba por tercera vez. El sabía los vericuetos, dilaciones y enredos de todo asunto judicial; tardaría semanas, meses en resolverse. El comerciante no reclamaría la prenda por temor a las sanciones. El tampoco, temeroso de aparecer como un petimetre aficionado a los trapos de vestir. Al cabo el asunto, por su nimiedad, pasaría al archivo. Y probablemente la bella iría a terminar sus días sobre el pecho de cualquier ufano empleadillo.

Una semana más tarde, un colega maduro con el cual mantenía vieja rivalidad le susurró en el club como al descuido:

—Oiga Jaime: sé que tiene usted un encuentro a veinte "rounds" con un comerciante de la plaza, y que lo va perdiendo. Conozco un jovenzuelo que por pocos pesos le arreglaría la cosa.

El abogado se mordió los labios para no insultar al impertinente:

—No se moleste "colega"— contesto con ironía—. Sabe usted que no soy de los "corruptores" de la moral administrativa.

Bajando las gradas del club, le pareció ver brotar bajo sus pies, de la alfombra persa, una tímida niña vestida de blanco y verde por cuyas pálidas mejillas se deslizaban dos lágrimas. Había traicionado una vez más a la prisionera de la vitrina.

Pasó algún tiempo. Jaime no volvió al ministerio ni supo el desenlace del asunto. Lo olvidó.

Una tarde cualquiera, pasando por la tienda de la plaza, se quedó estupefacto: ¡allí estaba la pérfida! Siempre en segundo plano, serena, recatada, segura de su propio hechizo. ¿Habrían multado al dueño, le devolvieron la prenda, era otra igual? Deseo, codicia, capricho o lo que se quiera llamar volvieron a prender en Jaime como una pasión olvidada enciende la vieja llama en los rescoldos del corazón. Ahora podía ser suya. ¡Y cómo lo tentaba la bella! Altiva, resplandeciente, entre el verde intenso y el blanco delicado, fingía una virgen buscando la penumbra para ocultarse de la luz. Jaime se rió en voz baja: "No me la quitarán".

¿Cómo hacer? Miró en torno y como enviado por los dioses, vió aproximarse a Carlitos Mumford, el deportista, el viejo y queridísimo Carlitos.

—Hombre —prorrumpió mientras lo acercaba a la vitrina— ¿puedes hacerme un favor sin preguntar razones? Mira esa corbata verde con rayas blancas. No, esa no; la otra, al fondo, la de verde más delicado, entre la roja y la azul. Esa, sí, debajo justamente de la loción "Atkinson". Por favor: entra y cómprala. Pagaré lo que te pidan.

—Muy bien —contestó el queridísimo Carlitos—. ¿Esa, no, la verde con rayas blancas?

No había terminado de señalarla, cuando se entreabrió la cortina y una mano retiró la corbata.

—¡Apúrate! —profirió el abogado.

Carlitos Mumford se coló de un brinco en el almacén y volvió desolado a los pocos momentos.

—Lo siento mucho —manifestó—. Acaban de venderla.

Jaime quedó perplejo. Una cólera ardiente le subió contra la infiel. ¿Pero qué diablos podía ser esto? Suerte perra, suerte traidora. No volvería a comprar una corbata en su vida; de allí en adelante las escogería su mujer. No pudo disimular su disgusto y Mumford, palmeándolo cariñosamente lo consoló:

—Vamos, viejo, alguna vez tenías que perder.

La batalla había terminado. Y definitivamente.

Pasaron días, semanas, meses. Jaime ganó pleitos difíciles, rechazó un ministerio, viajó con su mujer. Gozó los pequeños placeres y soportó los contratiempos inevitables que ofrece la existencia. Mas no volvió a tener accesos de ira ni a comprarse corbatas.

Un domingo, regresando del campo donde pasara un día encantador al aire libre, no pudo pasar por la avenida que conducía a su casa. Un amontonamiento de vehículos había paralizado el tráfico. Llegó la ambulancia, sonaron sirenas, los motociclistas del tránsito iban de un lado para otro.

—¿Hay aquí un médico o un abogado?— preguntó un inspector—. Que se aproxime.

Jaime se acercó al tumulto. Le abrieron paso. A la luz del alumbrado contempló la escena. Un hombre joven, que no tendría más de veinticinco años, yacía en el suelo intensamente pálido. Tenía la ropa desgarrada y una mancha de sangre en la camisa blanca. Uno que lo examinaba dijo sentencioso: "No hay nada que hacer; ha muerto". Otro refirió que un automóvil, a gran velocidad, lo tomó de costado despidiéndolo violentamente contra el filo de la acera. "Locuras del volante" añadió un tercero.

Nadie pudo identificar al culpable que escapó velozmente.

Se agachaba Jaime para ayudar a subir el cuerpo inerte a la ambulancia, y quedó paralizado: la víctima lucía la famosa corbata verde-mar. Ajada, deslucida por el uso. A luz del farol, sobre la camisa blanca extraños reflejos danzaban en su pequeña superficie; un verde trágico, ligeras manchas blancas, un tinte purpúreo que comenzaba a entrar en sombra.

Fue la última vez que la vió.

## [ANCO-HUMA](#)

—Así siempre es señor —decía el indio Alejo—. Donde está la casa del Inca, está la casa del Kolla; donde está la casa del Kolla, está la casa del Apu.

Godfrey no era arqueólogo. Tenía un vago concepto de las ruinas andinas, sabía lo que todos saben: hay un cimiento natural, de piedras colosales, simple formación geológica para los sabios, obra de una raza mítica para los soñadores; sobre la roca misma levantaron templos y fortalezas los Kollas; y encima de la ruina de éstos edificaron sus viviendas los Incas. Algo había leído de los incas o quéchuas, emperadores autóctonos derribados por

España en el siglo XVI: menos sabía aún de los kollas o aimáras, que la tradición sitúa como antecesores de los incas. Pero de los Apus no tenía conocimiento cabal, porque ni los libros ni los hombres explican claramente lo que son.

Para su mente bien organizada de ingeniero de minas, la historia no ofrecía nada más apasionante que el espectáculo del hombre venciendo a la naturaleza. Por imponente que sea, una montaña no está ahí para ser admirada, sino para ser vencida. Recorrer la cordillera, exponiéndose al peligro, sólo para estudiar cómo vivieron los pueblos desaparecidos, le parecía absurdo. Desafiar la hostilidad del medio, aceptar padecimientos por un objetivo final, era otra cosa. Entonces todo riesgo, cualquier sacrificio se justifican porque anda en juego la voluntad humana.

El Ande, suelo virgen, era para Godfrey tierra de misterio.

—Oye, Alejo: ¿qué quiere decir el "Apu"? ¿Es un jefe, un pueblo, una cultura?

El indio no comprendía bien la pregunta y apuntando con el índice a un peñón adusto contestaba:

—Ese es...

El "Apu" sería pues la roca, el primer habitante del paisaje, el cerro poderoso que dió al poblador su energía ancestral. Entonces la vieja sangre céltica de Godfrey circulaba con rapidez: veía guerreros fabulosos en las cimas inmóviles, gigantes desmesurados, y se le antojaba que el ara de las nieves cubría los restos de castillos almenados, donde en tiempo remoto seres hercúleos desplegaron pasiones formidables. Toda la cordillera era una tempestad de hazañas memorables. Luego reaccionaba enfurecido contra sí mismo, su sentido práctico se amotinaba contra el poeta que llevaba larvado en las venas, y se juraba no volver a caer en semejante puerilidad. ¡Bah! Valiente tipo el tal Godfrey, trabajando siempre para los demás, sin que jamás la tierra avara le diera la oportunidad que derrochaba en otros. ¿De qué le servían quince años de experiencia en las minas del Perú y de Bolivia? Sólo tenía su paga, insuficiente para el retiro decoroso que se le imaginaba próximo.

¿Por qué organizaba estas exploraciones solitarias, durante su vacación anual?

La explicación estaba en el Cuzco de los Incas, varios años atrás. Cierta noche que bebía solo en el rincón de una taberna, se armó una reyerta. Godfrey intervino al ver que cuatro rufianes cargaban contra un viejecillo discursador que no ocultaba su fidelidad a un caudillo caído. El hombre salió con la clavícula rota y una gratitud profunda por el irlandés. Se hicieron amigos. De labios del cuzqueño, maestro retirado, recogió muchas mentiras y algunas verdades acerca del remoto pasado andino.

—¿Nunca oíste hablar de "Anco-Huma", la ciudad legendaria de los "apus"  
—preguntaba el maestrillo —.

Y se contestaba él mismo:

—¡Claro que no oíste hablar de ella! Si es inaccesible, si nadie la conoce. Pero existe.

Tan cierto como existió el gran Manco, el postrer emperador quéchua, nacido y muerto en el refugio vertiginoso, que pudo burlar cien años a los españoles. No es fácil llegar al paso roquero que cierra el único acceso a la morada envuelta por las nubes. Hay una sierra de "Anco-Huma" en el Perú, otra sierra de "Anco-Huma" en Bolivia; a veces monte y nombre se repiten, se multiplican, como para desconcertar al viajero. Y es que el misterio, en el Ande, es siempre así: se burla, se evade, porque no quiere ser conquistado. ¿Que cómo se llega al reducto inaccesible?

—No, eso no te lo diré —afirmaba el cuzqueño —y además lo he olvidado. Hace tanto tiempo... Luego trae desgracia, y no quiero que te "desgracies", como me pasó a mí. Yo

estuve allí, casi me costó la vida. Ahora soy un fardo. ¿Para qué ir al "Anco-Huma"? Es cosa de gigantes. El hombre se condena si pone su planta en el pináculo.

Pero seguía hablando del viaducto tallado en la roca viva que conduce el agua de los neveros al recinto imperial. Hacía memoria de las áureas planchas laminadas que revisten las salas de piedra. El trono de oricalco —recordaba— despide mágicos fulgores a la luz de las antorchas. Los ídolos de basalto y lazulita custodian todavía las criptas hundidas en el corazón de la montaña. La ciudad es tan bella que parece suspendida sobre el coro del abismo. Ningún blanco volvió de ella, salvo el pobre profesor cuzqueño.

¿Era verdad, era mentira?

Godfrey se inclinaba más por ésta, hasta que una tarde invernal, en un acceso de ebriedad y melancolía, el maestrillo se despidió entregándole un pequeño objeto de oro:

—Debo viajar a Puno —dijo— y no sé si volveremos a vemos. Ten este recuerdo mío. Te hará feliz porque proviene de "Anco-Ruma". Nunca te desprendas de él.

El cuzqueño desapareció. A poco Godfrey dejaba el Perú y jamás volvió a saber del peruano.

Pero no pudo olvidar lo, porque el precioso regalo siempre lo recordaba. Había visto en museos muchas piezas de oro, toscas unas, otras delicadamente cinceladas, pertenecientes a las primitivas civilizaciones americanas. Ninguna se parecía al objeto del cuzqueño, una barrita de oro puro. Tenía 5 centímetros de largo por 3 de ancho y 2 de altura. Formada por rectángulos geométricos, de asombrosa simetría, el pulido del metal era tan admirable, sus aristas se contorneaban con finura tal, que uno se preguntaba con qué esmeriles prodigiosos, con qué paciencia sutilísima se pudo lograr esa tersura de espejo que persistía a través de los milenios. Sus cinco caras sin labrar eran suaves al tacto como las más finas lacas. La sexta, tallada en semirrelieve hundido, representaba una visión extraña: sobre un fondo de montañas, algo así como un puente de cuerdas tendido sobre el abismo; y un agolpamiento de torres y de templos que denunciaba analogía con la misteriosa civilización de Tiwanaku. A no ser por el ligero desgaste causado por los años, por el tinte apagado de oro viejo, cualquiera habría dicho que se trataba de una joya brotada de manos de un orífice moderno. Tales eran su belleza y perfección.

Godfrey se trasladó a Bolivia con el amuleto. Corrió diversa suerte en las minas, ganando puestos por su capacidad y perdiendo ventajas ante las compañías por complicarse en huelgas mineras. El estaba siempre al lado de los trabajadores, apesar de ser un "gringo". Y cada año, su vacación, la destinaba a la búsqueda de la ciudad legendaria.

¿Qué era, al cabo, "Anco-Huma"?

Nadie recordaba la existencia de un pueblo o una ciudad de este nombre. Los cronistas coloniales prescinden de ambas palabras. Lo más que pudo averiguar fué que "Anco-Huma" quiere decir "Agua Blanca", y que es uno de los grandes nevados de la cordillera real, cerca del pueblo de Sorata. Por allí anduvo el irlandés, en pericias solitarias, sin hallar el menor rastro.

Una tarde en que descendía desalentado, creyendo haber explorado todos los pasos de la montaña, tropezó con un indígena que se esforzaba vanamente en sacar a su animal caído en un zanjón entre dos peñas...

—La mulita se ha embarrancado, señor —dijo el nativo con timidez, sin atreverse a pedir ayuda.

Pero Godfrey, siempre dispuesto a socorrer al prójimo, le ayudó a salir del atolladero. Media hora /después los dos hombres y el animal bajaban en dirección a Sorata. Así conoció Godfrey al indio Alejo, y éste fué el primero en revelar<sup>1</sup>e que el actual "Anco-Huma" es sólo un

cerro bautizado así no hacía mucho; porque antes, había oído a sus abuelos, "Anco-Huma" era como la cabeza de la sierra nevada, eran muchos cerros con un solo nombre.

Se estableció una extraña amistad entre ambos. Nunca dijo el irlandés al aimára el objeto de sus excursiones, ni siquiera le mostró el amuleto. Probablemente el nativo lo tomó por un cateador de minas. Lo acompañaba, le servía de guía, y con aire orgulloso se negaba a recibir pago de sus manos. Aceptaba sólo alimento y a veces le pedía que lo ayudara a sacar mejor provecho vendiendo coca en la pulpería de la mina, pero sus servicios eran desinteresados. Sólo cuando el ingeniero en las peticiones del ingenio o en los reclamos de los trabajadores "sacaba cara" por los nativos, una sonrisa misteriosa se dibujaba en los labios del indio Alejo y sus ojos oscuros brillaban de alegría.

Era ya el tercer año que el irlandés y el aimára exploraban la cordillera.

—Está bien, señor —decía el indio Alejo—. Seguiremos buscando la casa del Inca. Si quieres, buscaremos también la casa del Kolla.

Godfrey no quería confesar que él andaba tras la pista de la morada del "Apu", porque sabía que el nativo no descubre la huella de sus dioses.

Subían, subían. Bajaban, bajaban. El Ande finge una escalinata interminable al que se interna por sus quiebras. Padeciendo por sí mismo la intensa variedad y movilidad del suelo, el ingeniero comprendía por qué el andino escogió el signo escalonado para expresar simbólicamente la peripecia de la tierra, que es un caer, un ascender, un suceder de peldaños incontables. La montaña lo fascinaba y lo abatía sucesivamente, era el imán irrenunciable hacia el cual convergían el artista frustrado y el banquero abolido que poblaban su alma.

Esa noche, junto a la fogata improvisada con ramas secas, el irlandés tentó la confidencia:

—Ya lo anduvimos todo, Alejo, y sólo quedan tres días. ¿Crees que llegaremos al verdadero "Anco-Huma"?

—Todo es "Anco-Huma", señor.

—Sí, ya lo dijiste: todo es "Anco-Huma". ¿Pero dónde apareció el nombre? ¿Quién lo inventó? Era un pueblo, un rey, una ciudad?

La respuesta del indio fué cautelosa:

—No sé; cómo será...

A poco Godfrey insistía:

—Escucha Alejo: ¿estás seguro que andamos detrás del "Anco-Huma" o este cerro sirve sólo para esconder a otro más antiguo?

Quedó silencioso el aimára, como luchando con una fuerza interior. Luego replicó con gravedad:

—Para mí está afuera, señor. Para ti está aquí dentro —dijo señalándose la frente.

"Anco-Huma". Es decir: "agua blanca", o "sepultura de nieve", o "refugio de hielo". ¿Qué tejido de variaciones se puede urdir con la toponimia aimára? Godfrey se regocijaba rastreando la significación poética de los vocablos autóctonos. Cada nombre, una chispa de belleza; cada palabra una clave de revelaciones. Pero luego el hombre de acción se imponía al soñador, y recordando las torres hieráticas y herméticas de la cordillera, estallaba el impaciente:

—¡Al diablo la leyenda! Estas malditas montañas...

El indio Alejo se disgustaba a su vez:

—No hables así, señor. La "Pacha-Mama" te está escuchando.

Godfrey, irritado, alegaba:

—Ya sé, ya sé la historia de tu "Madre-Tierra". ¿Así que para ti todo tiene alma, hasta las piedras?

—Todo tiene alma, señor, hasta las piedras. Nosotros, los "runas", tenemos dos. Se muere y no se muere. Todo sigue siendo.

—¡Cállate, Alejo! Estás más loco que yo.

—Tú no estás loco, señor. Estás embrujado por el "Apu" y por eso no puedes dormir. Cuidado; malo es darse tanto a una sola cosa.

Siguieron bajando. Volvieron de la nieve a la roca, luego al suelo pedregoso, y al llegar a la última quiebra era como si la tierra madre fuese una sola oreja abierta; monstruosa, que lo recogiera todo. Porque el viento en las abras o al pie de la cordillera, habla con mil lenguas diabólicas que perturban al viajero. Trae muchas cosas, se lleva tantas, que hasta el coro de los pensamientos rueda detrás de los sonidos. Se va, se aleja... Todo se ahuyenta, regresa todo en la danza ceremonial del viento andino. Y los aires son muchos, tantísimos, que de cada cumbre, de cada risco, de cada portillo baja uno distinto llevando mensaje diferente, porque el "Wayra-Tata", el Padre-Viento, toma formas plurales, se descompone en numerosos servidores para atormentar al intruso que invade sus dominios.

A la luz de la luna, frente a las masas poderosas petrificadas en la sombra, la desolación de las punas se acrecienta: se está como acechado por presencias invisibles. El frío cala los huesos. Cuando el viento cesa, el silencio se puebla de rumores microscópicos. Es como si muchos hombrecitos invisibles caminaran sobre la alfombra de hielo, o descendieran de las copas de los árboles arrastrando las hojas en su caída. Entonces el "Wayra-ata" da paso al "Thaya-Tata", el Señor del Frío, el Señor del Hielo, que es más cruel, más inhumano, que ruge en el desfiladero y a veces se aparece a los audaces para precipitarlos en el ventisquero.

¡Tonterías!" —se dijo Godfrey —.Es el "sorojche", el mal de altura que me hace divagar.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, los dos compañeros trepaban un risco empinado de la cordillera.

De pronto Godfrey dió un grito de alegría: los primeros rayos del sol dibujaron claramente un portillo en la nieve que ascendía varios centenares de metros.

—Es un paso que no vimos ayer —profirió entusiasta—. Debe llevar a alguna parte...

Alejo hizo un gesto negativo.

—Señor —manifestó —te he de acompañar, no debo dejarte solo. Pero por ahí no he de subir.

—¿Por qué?

—Porque el "Wayra" dice que es malo ir por ahí.

—¿Quién es el "Wayra"?

—Es el viento que baja de la cumbre. He leído en las hojas de coca que hoy no se debe avanzar hacia el norte.

El irlandés lanzó una carcajada.

—Está bien, Alejo. Espérame. No tardaré más de una hora.

La pendiente era pronunciada y en el Ande las distancias siempre engañan. Tardó más de dos horas en subir. Cuando alcanzó el portillo, divisó al guía convertido en un punto lejanísimo que se perdía en el paisaje.

Avanzó bordeando un talud que se cortaba en quiebras y repechos. Cruzó un ventisquero, alcanzó una estrecha planicie, y de súbito, al voltear un espolón de roca, tropezó con un vasto anfiteatro que parecía cavado en el monte. Casi todo cubierto de hielo, sólo a trechos la piedra asomaba sus estratos disformes. A menos de cincuenta metros, una escalinata de tramos gigantescos, semi-sepultada en la nieve, brillaba al sol matinal. Godfrey se restregó los ojos estupefacto: ¡oro! Los anchos escalones, las bases de las columnas que los enmarcaban, eran del codiciado metal. Sólo el oro reverbera así, como echando chispas cuando el sol hiere su bruñida superficie. ¡Oro! Era un pórtico, un templo, acaso la entrada misma a una ciudad escondida entre roca y nieves.

Vencido el pasmo del descubrimiento, el ingeniero se puso a reflexionar cómo llegaría a la escalinata monumental. Imposible hacerla de frente, porque un talud vertiginoso que se perdía en el abismo lo separaba del anfiteatro. Su mirada ejercitada descubrió el único punto de acceso: tenía que trepar unos doscientos metros por el paredón central del nevado, y luego por una cornisa lateral deslizarse hasta el corredor rocoso que daba entrada al lugar.

Godfrey había hecho alpinismo en Suiza y en Italia. Sabía que una cosa es trepar con todos los recursos que brinda la técnica, y otra muy distinta hacerlo solo, en modo improvisado. Pero su descubrimiento no le dejó tiempo para muchas reflexiones. Acometió con bríos el ascenso. A los pocos pasos se sintió poseído por esa sensación de irrealidad que acosa al escalador solitario. Nunca el hombre es más minúsculo que hundido en la trágica alfombra de hielo. El sol hiere, el viento acuchilla, la nieve obsede. En los picos escarpados, en el cantil agorafóbico, reina un silencio implacable. El irlandés buscaba un contacto humano, un punto de apoyo para enfrentar el vacío cósmico, y sólo hallaba la mísera realidad de su propio cuerpo donde vacilaba la tenue llamita de la conciencia. ¿Por qué estaba allí, escalando solo al gigante? ¿Qué buscaba?

Con un esfuerzo de voluntad alejó los pensamientos importunos y se concentró en su tarea. ¿Tendría resistencia para alcanzar la cornisa de hielo? Claro que sí: habiendo hecho la mitad del ascenso bien podía completar la otra mitad. Trepó algunos metros más, jadeante, cada vez más lento; hasta que sus piernas se negaron a proseguir. Debía descansar. Pero en vez de sentarse; en la pendiente, se le ocurrió seguir de pie, cara al monte empinado. Fue alzando la cabeza poco a poco y repentinamente el terror se apoderó de su espíritu: Un muro de nieve inacabable se interponía entre el cielo y sus ojos. Faltaba horizonte. A su espalda había un sol radiante, mas él sólo veía el manto cegador, blanquísimo, sin punto alguno de sostén ni de evasión; Cuanto más alzaba la mirada, con mayor rapidez se disparaba el murallón de hielo hacia lo alto. Subía, subía, subía una masa veloz, vertiginosa... Subía tan desaforada, tan violenta, que el ingeniero se sentía sepultado en la tremenda blancura. La sensación de miedo duró una eternidad y fueron segundos. El abrazo de roca y nieve parecía engullirse el mundo. De súbito allá lejos, muy lejos, rompiendo la cruel monotonía de la mole, se dibujó una cintita azul: ¡cielo!

Protegido por la franja azul que le devolvió la confianza, Godfrey contempló al gigante cara a cara: el "Anco-Huma" lucía en toda la pesadumbre de su gloria. Su hermosura sagrada cegaba a quien lo viera con mirada de artista. ¿Pero qué significa, después de todo un nevado, por encumbrado y poderoso que se alce? Sólo un motivo para que el hombre ejercite su voluntad de dominio. Hombre y monté deben medirse de igual a igual; no hay cima inaccesible

para un cuerpo sano y un corazón intrépido. Un poco más y alcanzaría la cornisa de hielo, otro poco y sus plantas cansadas pisarían la escalinata de oro.

Avergonzado de su momentánea debilidad, el irlandés quiso mofarse de sí mismo, y en un gesto pueril escupió con vigor. Mas en vez de hacerlo hacia abajo, lo hizo despectivamente hacia arriba como queriendo envolver en su desprecio al Señor de la Cordillera.

¿Fué comprendido, fué coincidencia?

Un bramido de cólera anunció el tonante despertar del coloso. Rugieron truenos subterráneos. Tembló la roca. El manto de hielo ondulaba en olas amenazadoras. Asustado, Godfrey bajó instintivamente la cabeza perdiendo el amparo azul del cielo. El diría después y lo diría mil veces, que no fué la atracción agorafóbica del espacio la que lo perdió. No tenía miedo al vértigo. Pero al seguir mirando la cumbre, sin que sus ojos pudieran desprenderse de ella, sintió que esa fuerza amenazante que se movía allá arriba podía derrumbarse sobre la pendiente. Estaba a merced del gigante. El suelo bullía a sus pies. Frente a esa blancura en movimiento se le nubló la vista sus músculos cansados cedieron, se le empavoreció el corazón. Una cara de mil caras se venía cuesta abajo mirándolo con ira aterradora... Un puño descomunal se abatía sobre su faz... Sintió que la montaña se le echaba encima.

Cuando recuperó el conocimiento, el indio Alejo le frotaba vigorosamente el cuerpo magullado:

—No hay que mirar la cara del "Apu", señor. Malo es.

El alud, acarreando miles de toneladas de roca y nieve, había transformado totalmente el paisaje: ni cornisa de hielo, ni anfiteatro, ni escalinata deslumbrante. Todo perdido. Y extraído por mano misteriosa, también el amuleto del cuzqueño desapareció.

Cuando Godfrey relata el caso, alega que "Anco-Huma" no es un monte ni una ciudad legendaria, sino sólo una aventura de la imaginación, un sueño de la voluntad. Pero cuando bebe más de la cuenta, lo que sólo hace con el indio Alejo, suele decirle:

—Yo ví la puerta de la casa del "Apu". Apenas se podía verla, pues quemaba como el sol los ojos.

Y el aimára sentencioso le responde:

—Así ha de ser, señor. Tú la has visto, pero otro ha de entrar por ella.

## RIVALIDAD

Ambos coleccionaban libros aunque por razones diferentes. Thompson, el millonario, era simplemente bibliómano. Se envanecía de tener incunables, preciosos ejemplares que pocos podían adquirir. Apenas los hojeaba, pero estaba orgulloso de exhibirlos. En cambio Zavala, el librero, que además del negocio poseía una espléndida biblioteca particular, era bibliófilo consumado, un entendido en la materia. Sabía la historia de cada edición, el origen de todo libro, sus características tipográficas; se pasaba las horas clasificando las obras o acariciando sus bellas pastas de lujo.

En la ciudad, que no era muy grande, todos reconocían su doble fama: para coleccionar libros raros y hermosos, nadie como Thompson y Zavala.

Se hicieron amigos precisamente por los libros. Ambos eran duchos a su modo. El millonario, con olfato intuitivo, se apoyaba en el dinero para coronar sus pesquisas. El librero utilizaba su experiencia en el oficio, sus vinculaciones comerciales, un toque psicológico que le permitía aprovechar las buenas ocasiones. Uno adivinaba casi, pagaba mejor. El otro avanzaba sobre seguro, seguía pistas infalibles. Así mientras la colección de Thompson crecía

en extensión, la de Zavala ganaba en calidad. Lentamente, un malestar recíproco fué royendo el corazón de ambos rivales. El millonario ansiaba tener algunos incunables del librero; éste soñaba con ciertas colecciones de aquél.

La envidia que germinó entre los dos amigos —porque amigos eran y convivían largas horas juntos —era la peor de las envidias: la secreta, la escondida, la que tiene miedo de mostrar la cara. Corría, en ambos, como un río oculto, sin que nada dejara traslucir la pena que los devoraba. En la ciudad nadie advirtió esa emulación, porque los adversarios se limitaban a acrecentar sus tesoros bibliográficos con exquisita cortesía: ni una palabra, ni un gesto despectivo para el perdidoso.

Nunca hubo, entre ambos, el menor roce, ninguna actitud odiosa, nada que revelara despecho. Es la ventaja de las gentes cultas; dominan sus pasiones, y reprimen sus deseos.

Sólo en el fondo de la conciencia —después de veinte años de amistad y competencia embozada— sabía cada cual como odiaba al otro, con qué ansiedad esperaba la noticia de su fallecimiento. El millonario soltero, sin familia, debía legar sus colecciones al Estado o se rematarían en subasta pública; el librero esperaba vivir lo suficiente para asistir al magno acontecimiento y engullirse la biblioteca del rival. Pero Zavala tenía varios hijos, ninguno afecto a los libros, y Thompson, a su vez, soñaba asistir al entierro de su adversario para luego comprar a los herederos las obras codiciadas.

No eran dos chiflados, especializados sólo en la bibliografía. Antes bien: se trataba de hombres de mundo, interesados por la política, los negocios, los viajes, que compartían en las fiestas y en los clubs las ventajas de una cómoda posición social. Como se ven desde lejos, en la llanura, las torres del campanario de una iglesia, los nombres de Zavala y de Thompson brillaban en todo acontecimiento social o cultural. Eran los benefactores, los hombres de consejo, los espíritus más ponderados de la población.

Y hasta los más avisados decían refiriéndose a ellos:

Vea usted qué señoreo: rivalizan en el arte de adquirir libros, pero con emulación noble. No son mezquinos.

Esto era lo que salía a la superficie.

Con los años la animosidad entre los coleccionistas aumentó. Thompson advertía que si dejaba la casa vigoroso, optimista, sumergiéndose en la mañana rica de promesas, de pronto el cielo azul se oscurecía y pensamientos malignos asaltaban su mente; acababa de cruzar la calle el librero. También Zavala comprobó que sus jaquecas coincidían sospechosamente con los encuentros con el millonario. Aunque aparentemente no existía entre ellos motivo alguno de disgusto, lo cierto es que con el peso de los años el mutuo rencor se manifestaba en un secreto anhelo por hacer rabiar al adversario. La captura de un incunable, la pesca de un bello ejemplar, la aparición de un folleto extraviado, determinaban largas, heroicas batallas, de estrategia complicada, no por silenciosas menos meritorias.

¿Conoce alguien la ciencia sutil de apoderarse de un libro codiciado por otro, cuando las probabilidades de apropiación son más o menos equilibradas con el émulo? Sólo ese sabe lo que Thompson unas veces y otras Zavala gozaron en su esforzada competencia.

Ambos tenían ya las sienes grises, se aproximaban a los sesenta, cuando ocurrió este incidente.

Cierta noche, en el club social, después de una gran comida en honor del Alcalde de la ciudad, pidió la palabra el librero Zavala y con palabra fácil, y ese ademán encantador que todos admiraban profirió las siguientes frases.

—Señores: con profunda emoción quiero anunciar a los amigos aquí reunidos, que después de laboriosas pesquisas que duraron varios años y de no pocos sacrificios, he conseguido, para nuestra querida ciudad, el honor de contar con uno de los dos ejemplares

existentes en el mundo del famoso CODEX LYSSUS, que como todos saben contiene la cosmogonía, orígenes y costumbres de los pueblos precolombinos. El ejemplar ha sido incorporado ayer a mi biblioteca particular, y podrán conocerlo todos los que por él se interesen.

Una salva de aplausos premió la proeza del librero. La ciudad contaba con uno de los libros más raros del mundo.

Nadie se dió cuenta que el millonario, al oír la nueva, se congestionó hasta el rojo sulfúrico. Se atribuyó a los vapores del vino lo que en el fondo era derrota de aficionado. Thompson, haciendo un violento esfuerzo de voluntad, propuso un brindis por su afortunado rival, gesto que le valió un atronador palmotea. Pero detrás del brindis Satanás recogió la tremenda maldición del millonario contra el librero.

Pasaron varios meses. La hazaña de adquirir el CODEX LYSSUS había prestigiado de tal modo a Zavala, que casi no quedaba ya campo para Thompson apesar de sus millones. El librero bajo, delgado, pasaba por las calles erguido, muy ufano, extremando su finura cuando tropezaba con el infortunado rival. Y a éste solía vérsese encogido, mustio, como si el triunfo del otro hubiera aminorado su elegante figura de buen deportista.

Sólo gentes muy sagaces notaron el cambio, así como el temporal alejamiento entre ambos amigos. Hasta hubo quien afirmó que sólo había un gran coleccionista de libros en la ciudad: Zavala, porque éste anunciaba de cuando en cuando pequeñas adquisiciones, en tanto que Thompson guardaba silencio.

Pero otra noche memorable, después de un banquete de año nuevo, pidió la palabra el millonario y alzando su figura atlética, con aquella hermosa voz de tenor anunció jubiloso.

—Compañeros: tengo el honor de comunicarles que después de ímprobos fatigas, he obtenido para nuestra ciudad el segundo ejemplar conocido del CODEX LYSSUS, que como todos saben se hallaba en Persia. Cómo pude obtenerlo es un secreto. Está desde hoy en mi colección y todos pueden conocerlo.

Otra salva de aplausos premió la nueva hazaña.

A Zavala le dió un síncope, que se atribuyó al opíparo banquete y al exceso de libaciones.

Tocóle pues al librero soportar un calvario de largos meses frente a la victoria del rival que anulaba la suya propia. Pero después de mucho meditar, creyó haber encontrado su desquite.

Tenía Zavala un mozo al que cogiera en delito flagrante de robo en su escritorio. Le aguardaban dos años de cárcel. Lejos de ello, recibió la siguiente proposición de su amo.

—Escucha Luciano: estoy dispuesto a perdonarte y a salvar tu porvenir. Irás a casa de Thompson, robarás el CODEX LYSSUS, y atado a una gruesa piedra lo echarás al río. Una vez que yo tenga la certeza de que lo has hecho, tendrás un pasaje en vapor para Buenos Aires y un billete de mil pesos.

El pillastre aceptó la oferta. Diez días después Thompson era despojado del famoso libro y Zavala quedó, nuevamente, como el único poseedor del CODEX LYSSUS. Inútil decir cómo acrecieron su orgullo y su alegría frente a la desgracia del adversario. Pero éste no se amilanó con el desastre. Cavilando, cavilando— no en vano se conocían tantos años y tan profundamente— llegó a la conclusión de que el librero tenía algo que ver con la súbita desaparición de la obra. Y cierto día, no pudiendo soportar su desgracia, resolvió que si él había perdido el "codex", también Zavala podría perder el suyo.

Contrató los servicios de un experto timador y le propuso.

—Oiga usted: si roba el CODEX LYSSUS de casa del librero Zavala, y lo quema, hay cincuenta mil pesos para usted. Van diez mil de anticipo, y los otros cuarenta mil cuando me cerciore de que se ha cumplido la tarea.

Diez días después se evaporaba el segundo ejemplar conocido del CODEX LYSSUS.

Thompson primero y Zavala después, escondieron muchas semanas sus respectivas desgracias. Pasó mucho tiempo antes de que se descubriera la doble desaparición que dejaba, a la ilustre ciudad, sin el preciado tesoro.

Cuando la población supo que habían desaparecido misteriosamente ambas joyas, se alzó una tempestad de censuras. Los dos coleccionistas fueron más atacados que compadecidos. Ambos soportaron filosóficamente su infortunio, negándose a comentar el hecho.

Cada cual ignoraba, en realidad, la aviesa intención del otro, abrigando la secreta esperanza de: que alguna vez recuperaría su ejemplar. Nunca supo Thompson que su libro debía ir a parar al estómago de los peces según fría decisión de su rival; como jamás averiguó Zavala que el suyo había sido condenado a la hoguera por la crueldad del millonario.

Pero el azar que mueve y confunde los hilos de las acciones humanas, terminó en un solo día con los dos coleccionistas.

Una mañana la prensa local anunciaba, con el escándalo consiguiente, que la Biblioteca Nacional de París acababa de adquirir en una suma fabulosa, los dos únicos ejemplares conocidos del célebre CODEX LYSSUS.

Thompson murió de rabia y Zavala de vergüenza. Los enterraron juntos. Así los pillastres contratados para asesinar a los famosos libros, resultaron autores del doble homicidio involuntario.

Y nunca más existieron coleccionistas de libros en la ciudad, porque el panzudo Alcalde, impresionado con el dramático fin de los rivales, dictó una ordenanza en resguardo de las buenas costumbres estableciendo que un libro raro en manos de un bibliófilo, es más peligroso, más explosivo que una rubia curvilínea en las proximidades de un bachiller en vacaciones.

## SACHA-WILLKA

La pugna comenzó antes de su ascensión al trono. Sacerdotes y guerreros veían disgustados la Conducta del príncipe heredero. De conocer la historia, habríanlo comparado con Sardanápalo, pero como habitaban un mundo cerrado de montañas, intacto a la flecha de las civilizaciones, se irritaban contra el mozo que rompía la tradición varonil de su estirpe.

Arrogante, generoso, mereció ser llamado Sacha -Willka, el Jefe Hermoso. Adorábanlo las mujeres que caían por docenas en sus brazos; los jóvenes, deslumbrados por su carácter entusiasta; los ancianos a quienes trataba con afecto. Mas los sacerdotes lo hallaban disipado, y blando los guerreros. Tuvo, pues, desde la adolescencia, en militares y jefes del culto, silenciosos enemigos que despreciaban su naturaleza afeminada. Pasar los días en el ocio y las noches en el placer, ofendía la ruda organización del imperio.

Al subir al trono Sacha-Willka gozaba de popularidad que fué declinando conforme aumentaban sus orgías. Rodeóse de bellas mujeres y amigos complacientes. Estimulaba las danzas, los cantos, el arte de la cerámica. Volteó espaldas a la religión y al ejército, dejando que sus consejeros atendieran los problemas del Estado. Insensiblemente, el poder que el soberano dejaba deslizarse de sus manos, fué fortaleciendo a las dos castas gobernantes: sacerdotes y guerreros.

Un día el Sumo Sacerdote buscó acuerdo con el Jefe de los Guerreros para derrocar al débil soberano. Pero una tradición aseguraba que quien hiciera violencia al monarca, perecería instantáneamente.

—Lo voltearemos sin tocarlo —dijo el Sumo Sacerdote.

—Caerá como las hembras —agregó el Jefe de los Guerreros —traicionado por sus nervios.

Ignorando el peligro, el Jefe Hermoso proseguía su vida entre ocios de artista y delirios sibaríticos.

Cierta mañana, después de la ceremonia ritual de saludo al Sol, paseaba el soberano con sus amigos por la terraza más elevada de la fortaleza. Al fondo, la línea dentada de la cordillera fingía, con sus cimas agudas, la boca de un jaguar. Dominábase el panorama en muchas leguas a la redonda. Se divisaban la cinta plateada de los ríos, los tapices verdes de la sementera, la aglomeración de poblaciones distantes. El ojo de águila de los centinelas, avizoraba quienes iban y venían por los caminos circundantes. Bajo el radiante sol de invierno, la llanura circular se hinchaba en manchas blancas, grises, sepías: eran los ganados numerosos del monarca —ovejas, llamas, alpacas— diseminados y mezclados con el tono marrón de vicuñas y guanacos.

—Señor —expresó un cortesano — mañana comenzará la esquila. Mira cuánta riqueza llenará tus arcas y aumentará las vestiduras de tus servidores.

Sacha-Willka no hizo caso del adulador y dirigiéndose a un grupo de jóvenes los condujo al pretil de la fortaleza. Una vista soberbia de puentes y terrazas, escalonados en descenso vertiginoso de mil quinientos metros, ofrecíase a sus ojos.

—¡Mirad ese halcón —dijo el soberano—. Con qué gracia planea sobre el reducto, con qué fuerza se remonta y vuelve a dejarse caer en las manos del aire! Quisiera ser halcón o colibrí.

"Está soñando nuevamente" pensaron los amigos. Y respetaron su meditación.

De pronto, un centinela, gritó con voz fuerte:

—¡Hogueras en el horizonte!

Llamóse a los dignatarios y los dignatarios sentenciaron: guerra o rebelión.

Doblóse la guardia del recinto imperial, partieron órdenes para movilizar el ejército. Y vióse que el temor asomaba al pálido rostro del Jefe Hermoso. ¿Era la guerra que venía de afuera, la rebelión que brotaba de adentro?

El primer mensajero aclaró la duda: la comarca imperial era invadida por los cuatro puntos cardinales; poderosos ejércitos convergían hacia la fortaleza.

El Sumo Sacerdote, astutamente, encerró se en fiero mutismo, aumentando la confusión de Sacha-Willka; si el jefe del culto callaba, el Padre Sol no debía serle favorable. Partió entonces el Jefe de los Guerreros para organizar la defensa, despidiéndose con el saludo ritual del monarca:

—Señor: traeré las cabezas de tus enemigos, o sabrás que perdí la mía.

Ausentes los mejores guerreros, silenciosos los sacerdotes, Sacha-Willka veíase sin sostén. Poco era lo que podían ofrecerle sus alegres e inútiles compañeros de jolgorio.

Sólo Marana, dulce muchacha, permanecía fiel a su señor, esforzándose por reanimar su atribulado espíritu.

El Jefe Hermoso, presa de congoja e incertidumbre, no quiso presenciar la lucha. Se recluyó en su cámara privada y allí le llevaban los partes del combate.

—Señor: los invasores hacen retroceder a nuestras fuerzas y ponen cerco a la fortaleza.

¿Sitiado, sitiado el reducto imperial? ¿Pero quien podía desconocer su autoridad? Hacía más de cien años que ningún extranjero osara pisar la comarca. ¿Cómo concebir que huestes extrañas dispersaran a su ejército, poniendo cerco a la fortaleza? El soberano se perdía en oscuras reflexiones.

—Señor: el Jefe de los Guerreros ha muerto. Estamos rodeados por el enemigo.

Alguien opinó que el cerco no podía ser total, que había posibilidad de escape. Pero la mayoría se entregaba al miedo. ¿Cuántos eran, qué buscaban? El monarca leía en los ojos de su gente miedo y deslealtad.

Mensajeros y noticias llegaban en "crescendo" pavoroso.

—Señor: han forzado la puerta oeste de la muralla y penetran ya al reducto. Se lucha al pie de la primera terraza imperial.

Era absurdo, era imposible de creer. ¿Combates al pie de la fortaleza, de su propia residencia, del promontorio pétreo, inaccesible, que nadie osaba violar ni con el pensamiento? Mentira, era mentira. Pero las caras asustadas de amigos y cortesanos no dejaban lugar a duda: verdad, era verdad.

Seguían llegando mensajeros sangrantes, con las ropas a girones.

—Señor: ha caído la puerta del este. El invasor avanza en dirección a los depósitos de agua.

Las mujeres entraban y salían como palomas azoradas. Los hombres no se atrevían a turbar el silencio del soberano. ¿Y qué habrían podido aconsejarle? Para ellos sólo contaban la loca alegría, el vino, el canto, los cuentos festivos. Los dignatarios inmovilizados en el rígido ceremonial, rodeaban el trono como estatuas de bronce: mudos. Los viejos parientes mostraban los ojos arrasados en lágrimas.

Por primera vez el emperador comprendió su trágico aislamiento. Estaba solo en medio de su corte numerosa, inerte.

—Señor: los invasores dominan la primera terraza y se aprestan a escalar la segunda. El peligro aumenta, porque ellos se multiplican y los nuestros aminoran.

Sacha-Willka sintió que el miedo le oprimía el corazón. Estaba acorralado. Indefenso.

De pronto el Sumo Sacerdote ingresó a la cámara imperial. Y con voz solemne anunció:

—Señor: pregunté a los oráculos y te son adversos. Tus horas están contadas.

Un murmullo de consternación sacudió a las gentes. El monarca se tambaleó. Quería correr, esconderse en cualquier parte, romper a toda costa el cerco de los enemigos. Pero un resto de dignidad lo detuvo.

—Señor —anunció un nuevo mensajero—. Han caído la segunda y la tercera terraza. Sólo nos separan tres más del invasor. Piden tu cabeza furiosamente y aunque los nuestros se baten con intrepidez, el número los está arrollando.

Sacha-Willka se sintió perdido: dioses y hombres estaban contra él. Llevóse la diestra al cuello y la voz se le estranguló en la garganta. En sus ojos el miedo estallaba en ascuas de oro. ¡No, morir no! Si es tan dulce la vida, si es tan seductora la juventud... Ignoraba la ciencia de luchar por su propia existencia, y atontado se perdía, en vana cavilación.

Entonces un guerrero semi-destrozado, sangrando por varias heridas, se abrió paso y cayó al pie del trono:

—Señor —exclamó balbuceante —estamos perdidos. No son extranjeros; es el propio pueblo que se rebela contra tu autoridad. Las tropas se pasan a él y sólo puñados de fieles resisten todavía.

Un grito de asombro cundió por la estancia. El combatiente extenuado era el mismo Jefe de los Guerreros.

La profecía del Sumo Sacerdote comenzaba a cumplirse. Dignatarios, parientes, amigos, mujeres se desbandaron profiriendo alaridos. Salvar el pellejo es la primera ley en los imperios y en las guerras.

Mientras el Sumo Sacerdote recogía al Jefe de los Guerreros, y lo arrastraba a la cámara de curaciones, Sacha-Willka echó una mirada tristísima al recinto imperial: estaba solo y toda la belleza que lo rodeaba se esfumaba para siempre.

También el monarca se aprestó a la fuga. Abandonaría trono y riquezas para salvar su existencia. Era fuerte, ágil, aunque nunca hiciera uso de sus energías físicas. ¿Por qué no defender su vida, ya que no sabía cómo salvar su imperio?

Dirigíase con paso rápido a la salida, cuando le salió al encuentro la hermosa Marana.

—¡Oh mi señor —dijo cogiéndole la mano— ven, encontré una salida secreta!

Y velozmente lo condujo por una escalinata interior. Removió un pedrón, dos, cuatro y la boca de un túnel apareció ante los fugitivos. El túnel consistía en una serie interminable de gradas que bajaban sin término. Fué un suplicio el descenso; pero el suplicio terminó cuando al cabo de mucho tiempo desembocaron en la llanura, molidas las piernas por el violento ejercicio. Detrás de una inmensa peña, podían contemplar la gran fortaleza de granito, con sus siete terrazas altaneras y sus muros inexpugnables. Los centinelas hacían guardia como de costumbre. Transitaban gentes por las escalinatas. No había rastro de ejércitos en lucha, ni sangre, ni voceríos. Nada fuera de lo habitual. El sol del mediodía brillaba radiante sobre los campos tranquilos.

Sacha-Willka quedó estupefacto. Marana, con rápida intuición, se adelantó a explicar:

—¡Mi señor! Yo sólo quería salvarte la vida, pero tú puedes salvar tu imperio. Te han engañado. No hay rebelión. Quisieron derrotarte con palabras, como se suele vencer a las hembras.

El Jefe Hermoso sintió que una terrible vergüenza le teñía el rostro de escarlata. Del fondo de su corrupción, de su natural débil y blando, del miedo mismo que le consumiera las entrañas, comenzó a despertar un hombre nuevo.

—Vamos, Marana —replicó—. Tomaré mi desquite.

Volvieron a internarse al túnel. El ascenso les llevó varias horas y llegaron extenuados a la cámara imperial. La muchacha sacó unas vasijas de cerámica, virtió los jugos concentrados de una redoma en ellas, bebieron, y a poco ambos recuperaban energías. Un resplandor fosforescente brillaba en la mirada del Jefe Hermoso.

Salieron en dirección a la gran sala del trono, mas oyendo un rumor en el camino, acercáronse de puntillas, y por un ventanal en sombra atisbaron. El Sumo Sacerdote y el Jefe de los Guerreros, rodeados por sus favoritos, comentaban el suceso.

—¡Ja, ja, ja! —reía tonante el Jefe de los Ejércitos—. ¡Qué buen actor había sido yo! ¡Cómo fingí mis heridas! Y la cara que puso cuando le anuncié que pedían su cabeza. ¡Daba lástima y daba risa!

Los áulicos coreaban el júbilo del caudillo, celebrando la audacia con que planeara y ejecutara el golpe. Había sido una obra maestra.

—Un momento —dijo el guerrero—. Quiero ser justo; la ejecución fué mía, pero el plan pertenece al jefe del culto. Es la cabeza más inteligente del imperio y será mi primer consejero.

El Sumo Sacerdote se acariciaba suavemente la barba. Si el otro se apoyaba en la fuerza, él amaba el misterio. No quiso decir que el poder de las palabras, bien aprovechado, vale por todas las flechas del ejército. "Vencimos al caído sólo con frases, por sugestión —pensaba el Sumo Sacerdote—. A éste otro lo derribaré también cuando sea preciso".

Y el taimado sumíase en profundas abstracciones, como si consultara a los oráculos lo que debía hacerse.

Bruscamente Sacha-Willka se presentó en medio del grupo. Un rayo.

Acercóse al Jefe de los Ejércitos y de un soberbio bofetón lo derribó. El Sumo Sacerdote giraba sobre sus talones disponiéndose a escapar, y otro bofetón espantoso en la nuca lo tumbó. Luego con voz desconocida que resonaba como el trueno en la cavidad de la montaña, Sacha-Willka dictó órdenes enérgicas a los cortesanos.

Después de muchos años el país tenía un Emperador.

Formóse un consejo de guerra que presidió el monarca. Una deliberación corta y el Jefe Hermoso hizo leer la sentencia:

—Habéis conspirado contra el imperio y contra el soberano. Quisisteis destruirlo por el miedo, os aguarda una muerte mejor.

Y mandando levantar un patíbulo de piedra, colocó a los reos en sendos lechos de paja, fuertemente sujetos con sogas que les impedían todo movimiento. A un golpe de sus palmas aparecieron veinte doncellas que con dedos ágiles cosquilleaban a los cómplices en las plantas de los pies, en las axilas, en el pecho, detrás de las orejas, en todos los puntos sensibles del cuerpo.

Los alaridos retumbantes del Jefe de los Ejércitos, se mezclaban con las risas terroríficas del Sumo Sacerdote. No resistieron mucho tiempo, y antes de la caída del sol agonizaban de risa.

No hubieron más rebeliones, verídicas ni imaginarias, porque Sacha-Willka, despertado al deber, mandó con sabia previsión:

—No habrá más Jefe de los Guerreros, ni otro Sumo Sacerdote. Yo seré, de hoy en adelante, emperador, jefe del culto y conductor de los guerreros. Así nadie me traicionará y me apoyará en mi propio saber.

Y dicen que el Jefe Hermoso, que sólo conociera placeres y ocio en la mocedad, fué llamado en la madurez el Varón Digno por su mucha sabiduría y firmeza de mando. Murió con la cabeza nevada, amado por todas las gentes del imperio, porque aquel que ha visto al miedo cara a cara, es el que mejor conoce el arte de mandar a los hombres y la ciencia de gobernar las propias pasiones.

### UNA TARDE DE ABRIL

Era un muchachito bajo, de miembros cortos y tez bronceada, que andaría por los doce años. Trabajaba de ayudante de albañil porque su padre, enfermo, ya no podía hacerlo. Se lo veía trepar a los techos o deslizarse por los andamios a veces triste, reconcentrado; alegre, cantando a veces, moviéndose con ese ritmo lento de las razas antiguas que no llevan prisa porque ignoran el sentido del tiempo.

Travieso, mal vestido como todos los "mala-suerte" a quienes la vida obliga a trabajar temprano, andaba embutido dentro de un enorme sombrero de paño que le cubría la mitad de las orejas.

Hacía lo que debía hacer sin mucha diligencia, contenidamente, como si un secreto instinto le aconsejara guardar sus pequeñas energías. Del padre, un indio aimára, heredó la voluntad y el ensimismamiento; de la madre, una chola valluna, el amor al paisaje y el temperamento jubiloso que en él se manifestaba sólo por explosiones ocasionales. Oscilaba, pues, de un extremo al otro, y podía ser, en brusca mudanza, lo mismo un chico turbulento que un rapaz taciturno.

—¡Llockhalla!" ¿Qué estás haciendo?

Esto era lo que lo traía humillado. Lo mismo en el hogar que en el trabajo, escuchaba el grito despectivo: "llokhalla, llokhalla..." ¿Por qué se nombra así a los niños indígenas, olvidando que cada cual tiene su nombre propio? La mayor pena, la que nunca comunicaba a los demás, era la de no ser llamado por su nombre. El tenía un nombre lindo, del que estaba orgulloso, pero no lo escuchaba en labios de otros. Ni sus padres, ni el maestro albañil, menos aun los patrones. Para todos era solamente un chico del montón, un chico indio, olvidado y despreciado por todos.

Sólo el sábado —día de gloria— el momento de pasar lista para el pago, el contratista voceaba su nombre con dureza que al muchachito le parecía música del cielo:

—¡Manuelito Quispe!

Hablaba poco, sólo cuando se le preguntaba. ¿Quien habría adivinado que la falta de seguridad provenía de una tristeza oculta? Pero observaba mucho, pensaba mucho; callaba también mucho, porque a los niños indios rara vez se les deja expresar lo que sienten. Si no hubiera sido esa natural timidez cuántas cosas podría contar, qué torbellino de preguntas por hacer! Porque la malicia que bailaba en sus ojos negros, ojos de vicuña grandes y aterciopelados, era sólo una promesa de inquietud y confianza. Las cosas que podría decir Manuelito Quispe si alguien se tomara el trabajo de oírlo...

De tarde en tarde, algún domingo que los padres salían y lo dejaban solo, el chico se iba a trepar cerros con otro desbautizado del barrio de Churubamba, un llocallón algo mayor, diestro para cazar "chihuancos" y urdir golpes de mano en los mercados. Fué en la cima del cerro, un domingo de sol ardiente, mientras la ciudad reverberaba en la hoya, cuando el muchacho escuchó la primera explicación a su desgracia. Había expresado su decepción, su envidia contra el Tomás Condori, otro ayudante indígena, el único al cual se llamaba por su nombre entre los varios que trabajaban en la construcción. Entonces el compañero con tono desdeñoso explicó:

—Es que sabe leer, sabe escribir. Si vos supieras lo que dice el periódico, si yo pudiera firmar mi nombre, también seríamos gentes.

El chico no frecuentaba la compañía del otro muchacho, porque lo hallaba camorrero, y andar junto a él significaba regresar maltrecho a casa. Y la "mama" tenía las manos duras, y solía darle duro al sorprender huellas de pelea en el rostro y en el traje. Y el Manuelito Quispe era, además, prudente, taimado: no le gustaban las peleas ni las discusiones. Sabía callar, sabía disimular.

No es que le faltara coraje, ¿pero de qué sirve ser valiente cuando se es tan pequeño que ni siquiera se puede soportar un nombre?

—"Llokhalla", busca-platillos. ¿Qué haces mirando el cielo? Ven a moler ají o te voy a moler los huesos.

Inútil protestar. El chico se sentía oprimido, incapaz de alzarse contra la autoridad materna. Tampoco en el trabajo andaban las cosas mejor, porque los "chivatos" sirven de burros de carga a peones, albañiles y patrones. Nadie le preguntó nunca quién era, qué buscaba. Sólo recibía órdenes, escuchaba gritos hirientes: "¡llokhalla, a trabajar; llokhalla, apúrese!" Despojado del noble atributo del propio nombre, el niño se sentía perdido en su mundo infantil. ¿Pero es que era un mundo infantil el suyo? Trabajar, trabajar sin descanso, en la construcción y en su casa; obedecer siempre la tiranía de los mayores. Comer mal, vestir peor. Casi no le quedaba tiempo para divertirse como lo hacían los demás. Ni siquiera tenía el alivio de contar con hermanos.

El habría querido disponer de largas horas para tumbarse en la hierba y seguir la marcha delicada de los insectos, o la caída del sol cuando las montañas toman un color cobrizo. Aprender a leer para saber qué dicen los periódicos. ¿Por qué se le llenaban de lágrimas los ojos al oír el trino de los pájaros? También su corazón latía de prisa al recoger el llanto de un niño. ¡Pobre Manuelito Quispe: ignoraba la existencia de la palabra "ternura" y no sabía los tesoros escondidos que dormían en su corazón!

A las cuatro de la tarde de un día de abril, cuando sonaron los primeros tiros, el contratista suspendió el trabajo:

—Revolución —dijo lacónicamente— váyanse a sus casas.

Pronto el combate se generalizó. Aparecieron los regimientos, emplazaron las ametralladoras, y los obreros levantaron barricadas en las calles. Durante dos horas la población estuvo sumida en incertidumbre y en angustia; nadie sabía quien llevaba las de ganar. Sobre el silbido de las balas, a cortos intervalos resonaba el estampido del cañón. Era una lucha sin cuartel.

Del grupo de trabajadores muchos corrieron a combatir. Sólo tres ya viejos y los "chivatos" quedaron en la construcción porque era peligroso cruzar la calle: las balas silbaban por todas partes. A poco Un albañil, herido en la pierna, fué traído al refugio del edificio en construcción. Mientras lo curaban, contó algo de lo que ocurría afuera:

—Es nuestra revolución —dijo—. Todos están peleando bien, pero faltan armas; ellos tienen aviones y morteros, nosotros ni siquiera los fusiles suficientes. A los "milicos" los estamos haciendo andar de manos. Hay muchos muertos, muchos heridos. Esto no ha de acabar así nomás; puede durar días...

Los chicos oyeron decir a los mayores que esta vez la cosa era en serio; que había que "bajar" al Presidente para que "suba" el Tata Víctor; que todos deberían pelear por la causa del pueblo. Palabras incomprensibles: revolución, causa, presidente... ¿Qué serían? Los viejos, acicateados por el herido, se largaron a combatir. Siguió les un chivato, luego otro, y otro; sólo quedó el muchachito huraño, temeroso, sin comprender por qué se mataban las gentes, decidido a no moverse del refugio hasta que cesara el tumulto.

Aunque el fragor de la lucha proseguía, en el sector donde curaban al herido aminoró la pelea. Cruzaban pocas balas, Una voz masculina mandó imperativa:

—¡A ver, "llokhalla", a traer agua de la esquina!

El muchacho quiso resistir. pero el hábito de obediencia pudo más. Asustado, temblando de emoción partió en busca de agua. La calle estaba desierta; cuando llegó a la esquina, antes de aproximarse a la pila pública, tropezó con un grupo de obreros, cholas y chicos indígenas. Unos llevaban fusiles, otros espadas mohosas, palos, piedras y sus pupilas ardían de entusiasmo.

Pasó un camión cargado de gente y entre los hombres apiñados en la plataforma, el chico reconoció al llocallón de su barrio. El camión se detuvo. Los hombres fatigados, sudorosos, pedían agua a voz en cuello.

Entonces el chico, abandonando el balde, corrió hacia su compañero y le pidió que le explicara qué pasaba.

Dijo algo el otro, con voz entrecortada; dijo en verdad muchas cosas, tantas y tan precipitadamente, que el muchacho no las comprendía porque se le enredaban y aumentaban su confusión. A su alrededor todos se agolpaban gritando, amenazando trepar al camión, pidiendo que los guapos descansaran para permitir que otros fueran a pelear por ellos.

Una chola garrida, joven, se hizo alzar hasta la plataforma y besó en la cara al que parecía jefe de la partida:

—¡Tomá, por valiente!

Los jarros de agua se distribuían generosamente. Las gentes se disputaban el derecho de obsequiar a los bravos: dinero, panes, cigarrillos. Unos gritaban que había que tomar contacto con los estudiantes. Otros pedían calma, para evitar sacrificios inútiles. Y los había, enardecidos, que sólo querían oír de atacar y matar a los contrarios.

Súbitamente, estallaron dos obuses muy cerca del grupo. Volvían los regimientos. Se hizo un breve silencio. El motor del camión se puso en marcha. Y al ver al chico triste, desconcertado, vacilando entre el miedo y la grandeza del suceso, el llocallón, blandiendo su arma, le arrojó estas palabras entusiastas:

—¡Estamos peleando para que los indios tengan escuelas, para que aprendamos a leer y escribir!

Al "llokhalla" le dió un vuelco el corazón. ¿Entonces la revolución era en favor de los indios, para que todos puedan leer y escribir, para que cada uno sea llamado por su nombre? Todos podrían ser como el Tomás Condori; ya no habría más "llokhallas". ¿Quien le habría dicho estas cosas al muchachón? ¿Por eso estaba encima del camión dispuesto a disparar?

Sintió el muchacho que una fuerza desconocida subía por sus venas. Un entusiasmo loco lo sacudió. Quiso gritar, quiso correr, y la emoción no le permitía hablar. Pero su vacilación no duró más de unos segundos. Tomó un viejo machete de manos de una chola y desplegando una energía insospechada para su desmedra a figurilla, se encaramó al camión donde fué recibido con exclamaciones de júbilo.

También él quería pelear.

Y una tarde de abril, mientras el sol empurpuraba los cerros y las balas poblaban la hoya de fragores, Manuelito Quispe partió al rescate de su nombre.

## DERY

El "Plymouth" cubría en media hora la distancia que lo separaba de la oficina.

Esa media hora constituía la primera emoción agradable del día. Apretaba el acelerador y emprendía vertiginosa carrera, entreteniéndose en pasar a coches más pesados. El cuerpo ágil, dispuesto, vibraba con el rugido del motor. Los pies accionaban insensiblemente los pedales; las manos pasaban del volante a la palanca de cambios al tomar las curvas; los ojos seguían con cálculo exacto la noción de espacio para sortear obstáculos, midiendo con precisión el tiempo de maniobra. Sentido de tiempo y espacio ¿no es toda la ciencia del buen volante? El motor humano hacía diestramente su trabajo, con la misma regularidad que la máquina que lo transportaba.

¡Qué hermoso es el aire matinal cuando la aguja del velocímetro pasa de setenta kilómetros! El vértigo de la velocidad embriaga de una fuerte alegría los sentidos, los pone tensos como elásticos. Vibran los nervios como cuerdas sonoras. Hombre y máquina ruedan sin fatiga.

Sin descuidar el manejo del carro ni la observación del camino, como si se produjera un desdoblamiento entre la necesidad de atender la conducción y el deseo de moverse en su mundo mental, el hombre se entregaba a diversas reflexiones. Esa media hora cotidiana le servía para disponer estratégicamente la jornada. En la oficina, envuelto por premiosos incidentes, le faltaba calma para estudiar sus asuntos; en cambio aquí, con la sola compañía isócrona del motor, nada perturba el raciocinio, se ve claro todo, acuden con facilidad las soluciones. ¿Hay una relación secreta entre el pensamiento y la velocidad? Pocos son los que saben valorar el cofre de riqueza, de sugerencias que se abre al conductor.

Ocasionalmente, cuando la lluvia tocaba su capacidad de altruismo, solía recoger algún pasajero rezagado que perdiera el tren de las ocho. Entonces realizaba el trayecto en silencio, sumido en sus propias meditaciones, como si el otro no existiera; el gesto adusto bastaba para contener agresiones verbales. Porque tender la mano al necesitado es una cosa, y confiarse a un desconocido otra muy distinta: estupidez. Pero llevar un compañero era lo excepcional, y casi siempre podía disfrutar la delicia de un viaje solitario.

Esa mañana la lluvia golpeaba con fuerza los cristales del "Plymouth". Al doblar la esquina para enfilar la carretera, divisó una silueta de mujer que hacía señas. Se aproximó: una jovencita esbelta, de ademanes desenvueltos, le preguntó ansiosa:

—¿Podría llevarme?

—Suba — dijo él.

Zumbó el motor, giraron veloces las ruedas, la aguja comenzó a moverse a la derecha. ¡Qué agradable cortar la lluvia a gran velocidad, mientras un airecillo húmedo se cuela por la ventana lateral! Absorto en la idea de la entrevista que debía tener esa mañana con un banquero, se olvidó de su compañera. Ah no, señor Duggan, —se anticipaba— es un error! El banquero no es simple prestamista; es un impulsor de la producción. Yo debo saber con exactitud cómo ha de manejar usted lo que le demos. El industrial responde por la producción, pero los banqueros respondemos por el industrial. Operación de lucro, bueno; y también fomento al productor, acto de ayuda, movilización de riqueza para que otros se desenvuelvan mejor. La tasa tenía que ser reducida; tres cuatro por ciento; en cambio el rendimiento debía superarla cuatro o cinco veces. ¿Que no puede usted asegurar la rentabilidad de su negocio? Entonces no es un buen industrial. ¿Que el Banco gana mucho? Para eso presta mucho, mueve riqueza que sin él sería improductiva, y al cabo entre el Estado y los empleados se llevan gran parte de la ganancia..."

Erguida, silenciosa, sin atreverse a romper la cavilación, la muchacha lo miraba a hurtadillas.

El hombre del "Plymouth" iba veloz, tranquilo, con la seguridad que da el trayecto conocido, seguro también de la batalla que ganaría esa mañana al industrial.

Vió la oscura mancha de aceite en el camino, quiso frenar, pero la velocidad del carro lo metió en el líquido viscoso y comenzó a patinar peligrosamente. Intentó maniobrar, puso en juego todos sus recursos de experto volante, mas ya era tarde; unos resbalones sin dirección y el coche salía de la carretera. ¡Mil diablos! Encendió el arranque, dió marcha atrás, pero sólo obtuvo que las ruedas traseras girasen en el barro de la cuneta sin moverse una pulgada. Repitió la maniobra dos, tres veces, en vano intento. Enfangado. Llovía torrencialmente en el camino y el paisaje se presentaba desolado; el retraso de la hora hacía improbable el cruce de otros carros. El hombre ahogó una maldición reparando en la jovencita.

—¿Detenidos? —preguntó ella.

—Sí.

—Habrá que esperar.

—Que afloje la lluvia y salimos.

—¿Quiere que le ayude?

—Quédese quieta. Las niñas no sirven para esto.

¿Para qué invitaría a la intrusa que probablemente se burlaba de su impericia?

La lluvia borraba el paisaje. No funcionaban los desescarchadores y gruesos goterones impedían la visión. ¿Por qué debía suceder esto precisamente ahora? El incidente había cortado el hilo de sus ideas. Disgustado con su propia torpeza, encendió un cigarrillo, pero como la muchacha empezó a toser discretamente, lo apagó y lo echó afuera. Sabía, por experiencia, que en estos casos no hay otro recurso que aguardar el cese de la lluvia.

El hombre volteó ligeramente a la derecha y miró a su compañera.

La jovencita estaba de perfil, lo que hacía resaltar la Perfección de sus facciones. Lucía un traje negro que contrastaba con el oro de la cabellera y avivaba la blancura de su piel. Cualquier movimiento revelaba la dulce flexibilidad del cuerpo, cuyo torso se erguía con la audacia de una planta joven.

—¿Se aburre? —preguntó él malhumorado.

—No.

El hombre se resistía a seguir mirando a la muchacha. ¿Pero qué otra cosa podía hacer, encerrado en el "Plymouth", molesto por la demora inesperada, mientras la lluvia seguía batiendo los cristales?

Era de natural impaciente, toda espera lo enervaba; y ni siquiera atinaba a coordinar sus ideas, porque lo asaltaban los temores del maldito retraso que descompondría su programa matinal. ¿Qué hacer? De estar solo habría sacado un lápiz y a calcular. Pero con la compañera al lado aparecería afectado o descortés. ¿Por qué tenía que haber un testigo de su impotencia? Rabió por dentro, que es la forma más penosa de rabiar.

Lentamente, en modo insensible, se fué dejando ganar por la visión juvenil. Veía el cuerpo firme, bien modelado; los brazos torneados; al hablar, el alto pecho se movía con gracia repentina. Una doble sensación de libertad y de armonía se escapaba del cuerpo adolescente y parecía envolverlo en una onda de luz. Los ojos oscuros, sombreados de malicia, apaciguaban su ardor en la limpidez de la mirada.

—Llegará retrasada —aventuró él.

—Usted también —dijo la muchacha y el rostro se le encendió de rubor.

El hombre volteó la cabeza. Miró el paisaje borroso, la carretera vacía, la cortina de agua fluendo sin descanso, y sin poderlo evitar sus ojos volvieron a la jovencita.

Vestía con elegante sencillez. La chaqueta entallada destacaba la esbeltez de su figura. La cabeza, tocada por un sombrero alón, se movía graciosamente. Bajo la blusa de seda, abrochada por un clavel de cuero rojo, latía el doble viento elástico del seno. Y contra el asiento se insinuaba la sensual finura de los flancos. ¿Niña o mujer? El comenzó a inquietarse por la diversidad de sensaciones que fluía de la figura femenina: a veces mujer, a veces niña. ¡Bah! Era una criatura; la boca tierna, la mirada inocente. Pero un gesto cualquier denunciaba el esplendor de la mujer en agraz, el peligroso encanto de la femineidad que despierta. Entonces él se ponía un tanto a la defensiva y desviaba los ojos.

Ella se sentía observada. Un secreto instinto la hacía fingir indiferencia; contemplaba un punto remoto del horizonte como si estuviera sola. A veces con la fugacidad del segundo, su mirar de gacela temblaba imperceptiblemente y recogía veloz los movimientos del compañero.

Un gesto impremeditado acercó la cara del hombre a la jovencita. Ella volteó el rostro con lentitud y un perfume muy suave lo envolvió en su fragancia. El hombre se hundió en perdidas lejanías... Un recuerdo de infancia acudió del confín de los recuerdos, cuando él leía versos... Y una imagen olvidada subió a su mente: "Tiene la gracia de la espiga y el olor de los tréboles".

De pronto reparó en una pulsera que le ceñía la muñeca. Llevaba inscrito un nombre: "Dery". El hallazgo le devolvió confianza.

—Dery —dijo con énfasis, en tono acentuadamente paternal.

—Señor...

Pero él no quiso decir el suyo.

—Dery —volvió a insistir con menos aplomo.

—Sí. .. —replicó la muchacha —y sus labios dibujaron una leve sonrisa.

"Se ríe —pensó él —y eso es ridículo". Se enojó consigo mismo. Los ojos oscuros lo contemplaban entre curiosos y desconfiados. Por los labios de coral vagaba una sonrisa indefinible, tierna y burlona a la vez. El perfume subía incitante, como un genio de diez mil dedos. Era desconcertante. ¡Demonio de chiquilla!

La mañana brumosa ponía extraños efectos de luz en el paisaje y en la cara de la jovencita. Le pareció que una gota de oro temblaba en el fondo de los remansos sombríos. Lentamente fué invadiendo el país sin frontera del recuerdo. ¿Por qué la presencia de un ser joven aligera la carga de los años y nos devuelve al mundo mágico del pasado? Pensó en diez, en veinte años atrás... Cuando vagaba por el bosque en busca de una diosa imaginaria que encendía su juventud; cuando no existían negocios, horarios inevitables, ni preocupaciones. ¿Mas qué relación puede haber entre la confusa adolescencia y la consciente madurez? Será la realidad sueño, será el sueño realidad... El hombre se perdía en un mar de vagas ensoñaciones. ¡Imposible! La amada inconcreta del joven soñador, no podía regresar para el adulto cínico y escéptico: era sólo el sueño de una sombra. ¿Y si esa sombra integrase un cuerpo para envolverse de armonía? ¡Imposible! Pero la hermosa niña estaba junto a él, deslumbrándolo con su presencia, rozándole la sien con sus cabellos de colegiala. Y esos eran los ojos, la boca, la piel conque soñara un día...

Se burló interiormente de su propia ingenuidad, y para romper el hechizo habló con fuerte voz de vencedor:

—Dery.

—¿Qué hay? —preguntó ella con odiosa naturalidad.

Quiso decir "qué linda eres" pero sólo atinó a expresar:

—Este. ...¿Me ayuda a buscar piedras? Una cuña en las ruedas y salimos adelante.

—Las niñas no sirven para esto —contestó ella con falso rencor.

—¡Oh! Si lo dije en broma —adujo el hombre—. "Venga, ayúdeme" iba a continuar; mas pensándolo mejor exclamó: —Ven, ayúdame.

Al abrir la portezuela entró tal cantidad de agua, que se apresuró a cerrarla.

—Estamos lucidos —comentó esforzándose por aparecer jovial —.Paciencia.

Pero ya no sentía el fastidio que lo acometió el momento de enfangarse el vehículo. Había ocurrido algo que no quiso analizar. Desde luego, devaneos románticos, no. El era un hombre serio que tomaba a las mujeres también con seriedad, cuando quería, cuando estaba en vena, no en aventuras callejeras. ¡Bah! Tonterías... Se propuso contarle una historia cualquiera, para mantener distancia. Una actitud paternal o de hermano mayor, terminada con la sensación de inseguridad que lo obsediaba.

—¡Dery! —llamó con energía decidido a imponer su iniciativa, con ese aire protector del que sabe mandar.

—Señor. ..—le respondió una voz encanta. dora que se le antojó llevaba perversa intención.

Nuevamente el hombre vaciló. ¿Qué podía decir a la desconocida? ¿Era una niña al fin o ya era una mujer? También podría ser casada, y su apariencia infantil le servía para emboscarse. No, no era una mujer casada. La mirada pura, la castidad del gesto denunciaban la doncellez. Para salir de su confusión principió a lanzar sutiles anzuelos de libros, viejo truco con el cual solía desconcertar al interlocutor:

—¿Te gusta Charles Morgan? —preguntó esperando que le dirían "¿quién es Charles Morgan?"

Pero ella contestó muy suelta:

—Me gusta y no me gusta. "Retrato en un espejo" es hermoso. "Sparkenbrook" me parece artificioso.

Entonces el viejo buzo en el sondeo de relatos policíacos quiso gozarse en la derrota de su adversaria. Paladeaba ya su victoria al hacer la pregunta:

—Está bien, Dery. Veo que eres una muchacha culta. Ahora dí: ¿a quién darías el cetro de la novela de aventuras? ¿Conan Doyle, Wallace, Chesterton?

La respuesta fué instantánea:

—Prefiero a Wilkie Collins.

Un silbido de admiración selló la derrota del preguntón.

—¿Escribes o eres literata por afición?

—¡Oh, no! —contestó ruborizada la jovencita —. Leo y comparo solamente.

Ella lo miraba con esa mirada quemante y enigmática que parecía preguntar: "¿a qué viene este bombardeo libresco?" Y profundizando en el misterio de los ojos oscuros, era como si un mundo nuevo brotara de una encantada lejanía.

Deseoso de sustraerse al poder de seducción de su compañera, él volvió a la ofensiva:

—Eres una niña singular —comentó con forzada sonrisa—. Y bien: ¿cuántos son los lobeznos que te rondan?

—No hay lobeznos— replicó con firmeza la muchacha.

Y aunque la astuta no afirmó ni negó nada respecto a los lobos, que suelen ser más audaces que los lobeznos, el hombre comprendió que no quería ser tratada como una chiquilla: el juego tenía que ser de igual a igual.

Exasperado por la seguridad de la jovencita, intentó una nueva acometida:

—¿Dieciocho años? —preguntó con ironía, sabiendo como hiera a una niña el descubrimiento de su poca edad.

—¿Treinta y ocho años? —le contestaron con retintín.

Lentamente, ella comenzó a batir en retirada al hombre del "Plymouth". Hablaron de otros temas, se devolvieron dardos, hasta que él comprendió que esa no era su batalla.

Después callaron. Al volver a acomodarse, sintió el contacto tibio y enervante del brazo de la muchacha que rozaba el suyo, infundiéndole un suave sentimiento de dicha. Armándose de coraje, pero cautelosamente, volvió a decir:

—Dery...

—¿Sí?

Ella volteaba el rostro con lentitud. La sonrisa burlona había volado de sus labios; una inesperada gravedad asomaba a su faz. Estaba seria, reconcentrada, y un secreto anhelo brillaba en sus ojos. "Dios santo: ¡qué hermosa es!" pensó el hombre extasiado. ¿Qué promesa indefinible encierran las pupilas de una niña cuando miran así, hondamente, hondamente, con ardor estremecido de ternura?

La mirada de la jovencita calaba su alma de luz, lo atraía, cada vez más cerca, cada vez más cerca...

Entonces el hombre del "Plymouth" olvidó por entero esa cosa densa, pesada, horrible que llamamos "personalidad". Se olvidó del mundo, del sitio, de la hora para entregarse a la pura alegría del hallazgo inesperado. Todo en la jovencita era dulce y sagrado como la fé perdida que se vuelve a encontrar. La estrechó en sus brazos, la atrajo a sí; y cuando la hermosa cara estuvo cerca de la suya, la besó suavemente en los labios de coral.

La muchacha se fué desprendiendo de los brazos que la retenían. Sus ojos bajos escondían júbilo y temor. Estaba maravillosamente linda, púdica y retraída, como una rosa escondiéndose detrás del terciopelo de sus pétalos.

El hombre se sentía dichoso y desconcertado al mismo tiempo. ¿Sabría ella quien era él? Y la mujer encantadora que estaba a su lado ¿quien podría ser? Después de unos segundos de expectación miró a su compañera: había recobrado su compostura y observaba serenamente el paisaje.

Permanecieron callados y al cabo él aventuró:

—Es extraño, es como si se hubiera dado vuelta el mundo. Tú pareces una mujer y yo un jovenzuelo. ¿Por qué?

—Cállese —dijo ella— no lo destruyamos.

Afuera comenzó a escampar. Soportando los últimos latigazos de la lluvia, el hombre bajó del carro y acumulando piedras acuñó las ruedas traseras. Dos, tres maniobras y a poco el "Plymouth" corría velozmente.

¿Disipa muchas cosas el vértigo de la velocidad? Disipa, sí. Pero cuando ladeó furtivamente la cabeza, vió que su compañera lo envolvía en una mirada tierna, henchida de una promesa indefinible. "Si vuelve a mirarme así nos estrellamos" pensó alarmado. Y ella, ¿qué estaría pensando ella? Lamentó no tener algunos años menos para estar más cerca de su radiosa juventud. No sabía qué lenguaje emplear para tranquilizarla. ¿Pero es que ella necesitaba ser tranquilizada? Viéndola así, erguida en su belleza impasible, nadie hubiera dicho que salía de un trance amoroso. Y era endiabladamente linda, como si todo el júbilo del mundo se hubiera concentrado en sus ojos grandes y sombríos de gacela.

El iba serio, todo lo serio que se permite un hombre a quien ha besado una hermosa muchacha que lo acompaña. Al hacer un movimiento con la diestra tropezó con algo tibio, suave, que lo llenó de alegría. Estuvieron así, cogidos de las manos, hasta que el dulce contacto se rompió porque el coche entraba como un bólido a la ciudad.

—Aquí, por favor —dijo la voz encantadora.

El hombre sintió que se le detenía el corazón:

—Dery —exclamó —¡Oh, Dery...!

Pero la gente los miraba y después de estrecharle la mano ella partió presurosa.

Y se fué alejando con paso firme, sin voltear la cabeza, esbelta, fugitiva, ceñida por ese aire armonioso que parecía ondear en torno a su figura, hasta que su silueta se perdió en la multitud.

Cuando la muchacha desapareció, él tuvo la sensación del fin del mundo. ¡Estúpido! Sucedió todo tan rápido que no tuvo tiempo de averiguar su dirección. Juró volverla a encontrar, la buscó desesperadamente, ese día y otros más.

Muchas veces en el torbellino de los negocios, o guiando el carro a setenta kilómetros, un doble sentimiento de confusión y de alegría jugaba en su rostro; y desde la más honda intimidad, en esa zona invisible donde se cruzan los vientos del deseo con el huracán de la conciencia, sentía ascender el mirar profundo de unos ojos oscuros y la suave presión de unos labios de coral.

Pero él no volvió a ver a Dery, porque las hadas aparecen una sola vez en la vida del hombre.

Y esta es la razón por la cual todos los días antes de enfilarse vertiginoso por la carretera, el "Plymouth" se detiene unos segundos frente a la esquina donde cierta mañana recogió a una jovencita inolvidable.

Dery. Una silueta encantadora. Una voz fresca y armoniosa. Unos ojos quemantes y enigmáticos.

Dery. Algo que se acerca y que se aleja, como esos sueños que cuando están a punto de culminar, se desvanecen para siempre.

Dery. La ha visto usted. La ví yo. La vió el bonitísimo del hombre del "Plymouth". ¿Más quien la reconocería entre los millones de muchachas que cruzan los caminos del mundo?

Rodemos, rodemos por los caminos del mundo... Acaso un día Dery reaparezca con su porte de colegiala y sus ojos de gacela. ¿Por qué no? Pero sólo uno sabrá reconocerla, porque la estrella escondida no brilla para todos.

¡Bismallah! Y que la paz descienda a vuestros corazones, porque si sólo a uno le será dado hallar a Dery, todos pueden soñar en la jovencita que aguarda en la esquina del destino.

### NADA ES IMPOSIBLE

Después de un viaje por la costa africana, volvió a su hotel preferido. Un edificio blanco, rodeado de jardines, cerca del mar. Nunca estaba lleno. Lo habitaban gentes sencillas, silenciosas, provenientes de una decorosa medianía. De cuando en cuando algún vocinglero interrumpía ruidosamente la calma del ambiente. Pero en general reinaba la compostura. Durante el día unos marchaban a sus ocupaciones, otros dormitaban a la sombra de las palmeras. Por las noches, bajo la dulce calidez tropical refrescada por la brisa marina, solían verse personas solitarias, pequeños grupos conversando en la terraza o perdiéndose por los senderos.

A las doce imperaba el silencio. Todos debían estar recogidos en sus cuartos. Era lo único molesto del hotel, donde por lo demás administrador y personal se esmeraban para no incomodar a los huéspedes.

Raymond sentíase feliz: ni excesivo tumulto, ni extrema soledad. El hotel se hallaba un tanto retirado de la ciudad, sin gran movimiento, en medio de un paisaje sedante. ¿Qué más podía pedir? Levantábase temprano, realizaba su marcha gimnástica al aire libre, tomaba un buen desayuno. Dedicaba dos horas por la mañana al estudio de sus papeles. A las doce, cuando ya sentía la fatiga del trabajo, buscaba compañía. Bebiendo "cocktails", conversando, encontraba alivio para regresar a la dura concentración de su tarea. Dormía la siesta y luego reanudaba su labor. Después leía, escuchaba música. Y antes de recogerse a su habitación daba una vuelta final por el jardín.

Era una vida plácida, apenas turbada por el fugaz conocimiento de otros pasajeros.

De no mediar la tensión mental de su trabajo, o acaso precisamente por ella, habría jurado que pasaba los días más dichosos de su vida.

Reservado, poco dado a la confidencia, daba la impresión de un profesor, de un solterón displicente. Conoció algunas personas, cambió palabras con el administrador, pero nada que revelara su identidad y menos su ocupación. Un hombre serio, callado, puede elegir sus relaciones.

Aproximadamente a las diez bajó al jardín, a dar su paseo habitual. La noche lucía diáfana. Por los senderos enarenados veíase, de tarde en tarde, cruzar paseantes solitarios o grupos de dos, tres personas conversando en voz baja. A veces una carcajada estrepitosa o gritos agudos estremecían el aire. ¡Ah esas gentes mal educadas, esos estúpidos que no respetan la tranquilidad ajena! Luego volvía a reinar el sosiego. Y avanzando lentamente, con la cabeza levantada hacia los altos árboles, en cuyas copas brotaban y desaparecían las estrellas, como barcos ebrios en la marejada del ramaje, Raymond disfrutaba la dulzura misteriosa de la noche, que lo invadía con la doble incitación de la sombra y del silencio.

Al voltear un recodo, dos hombres le salieron al encuentro. Iban tan embargados en su charla, que no dieron señales de reparar en su presencia. Detuviéronse a pocos pasos y pudo recoger lo que decían. El más alto, algo desgarrado, explicaba al otro nociones de astronomía. Parecía conocer al dedillo el cielo estrellado; señalaba las constelaciones y describía poéticamente su origen, sus leyendas. El otro, de mediana estatura, de edad más avanzada, escuchaba con atención, formulando breves preguntas. De tanto en tanto, corría con ligeros saltitos a una mata próxima y regresaba excusándose:

—Perdone, profesor. Ya sabe usted, mis aficiones de naturalista me obligan a interrumpirlo. Le escucho.

La conversación fluía entretenida y Raymond sintió el deseo de alternar en ella, mas no hallaba modo de intervenir.

—Vea usted —profirió el hombre alto—. El cielo tiene una transparencia mágica. Terciopelo azul, terciopelo transparente, como no lo fabricaría la mano del hombre. Allí, en lo alto, está inscrita la historia de la tierra. Es que no sabemos leer el alfabeto de los astros. Orión es el cazador inmarcesible; nadie lo aventaja. Viejo y astuto, se hace seguir por Sirio, el perro fiel. ¿Y sabe usted la historia de Aldebarán?

En ese instante el hombre mediano se alejó a saltitos, dió unas vueltas en torno a un matorral de geranios y volvió presuroso:

—Perdóneme —aclaró repitiendo la explicación anterior.

El otro, imperturbable, reanudó la charla.

—¿Conoce usted la historia de Aldebarán?

Raymond juzgó propicia la ocasión para intervenir.

—Algo escuché —dijo avanzando unos pasos y dirigiéndose al profesor—. Pero quisiera conocerla mejor de sus labios.

—Perfectamente —agregó el hombre alto.

El otro pareció molestarse.

—¿Y quién es usted? —preguntó a Raymond.

—No importa quien sea —replicó majestuosamente el hombre alto—. Todo aquel que desee saber debe ser atendido. Prosigo. Aldebarán es una de las tres estrellas de primera magnitud que forman la constelación de Tauro. Eso es lo que todos conocen. Pero el Zodíaco negro, anterior al dorado Zodíaco de los astrónomos, revela que Aldebarán es también el eterno rebelde, el que atentó contra la Osa. Por eso vaga entre los dos cuernos del Toro, prisionero de su terrible movilidad. Aldebarán quiere romper la unidad celeste, turbar la armonía de las esferas. Despide fulgores rabiosos que sólo captan mentes geniales o alucinadas. Bajo su signo es posible realizar grandes cosas. Cuando él se toma adverso, aplasta. ¡No señaléis jamás con el dedo al astro rojo! Quema.

Raymond escuchaba divertido al profesor. De pronto oyó un gemido y al volverse vió al naturalista.

—¿Qué le pasa? —preguntó asombrado.

El hombre alto esbozó una sonrisa despectiva.

—Mi pobre amigo —aclaró— padece de crisis depresivas. Le tengo dicho que aleje sus preocupaciones y procure distraerse. Sus afanes botánicos, mis charlas nocturnas suelen disipar su pena. Y de pronto vea usted: vuelve a caer en lo mismo.

Cogiendo al cuitado por los brazos lo llevaron a un banco próximo. Enseguida el profesor le habló con afecto:

—Vamos, vamos, serénese. Cuente otra vez el asunto. Eso lo aliviará.

El hombre mediano agradeció débilmente:

—Qué bueno es usted.

Raymond, a su vez, reforzó el consejo:

—Sí, hable, hable. Nosotros procuraremos ayudarle.

Una risotada galvanizó al quejumbroso.

Ayudarme! —dijo rabioso. Nadie puede ayudarme. Lo más que hará usted será oír. Lo mío no tiene remedio. Estoy perdido.

El hombre alto arrojó una mirada de reconvención a Raymond y palmeando afectuosamente al naturalista lo animó a la confidencia.

—Bien, bien, cuéntenos el caso.

El hombre mediano aspiró profundamente el aire de la noche, se alisó los cabellos y con voz indecisa comenzó su relato.

—Ciertamente, no sé cómo empezar... Si no supiera que ustedes son seres cultos, comprensivos, callaría. Allí nadie quiso entenderme. Comprendo que he procedido mal; sé muy bien cuál es la frontera entre el bien y lo prohibido. ¿La traspasé o fui tentado solamente a pasarla? Lo ignoro. Tampoco recuerdo bien cómo se inició la cosa. Yo mujeriego, hombre de diversiones, no soy. Mi vida transcurría entre el estudio y la compañía de Fermín, mi mejor, en realidad mi único amigo. El tenía todas las condiciones que a mí me faltan: presencia, coraje, simpatía, dones de mundano. Todo lo que, reunido, hace un hombre encantador. Era, además, rico, lleno de ingenio y generoso. Yo le debía no sólo ayuda material, sino el haber alegrado mis horas abriéndome horizontes con su charla persuasiva. Todo anduvo bien hasta que Fermín se casó. No, no diré con quien porque sólo pronunciar su nombre me hace daño. El momento que la conocí supe que estaba perdido. Aun no habían entrado mujeres en mi vida. Pero ella ¡jella! desde que me clavó los ojos y me enredó en su sonrisa adivinó que yo era suyo. Perdí la serenidad, el respeto a mí mismo, la gratitud debida a Fermín. Me enamoré locamente de la beldad. Ustedes no pueden imaginar la intensidad de mi pasión; porque no era el amor de todos los días, el que cualquiera soporta, domina y olvida, sino el otro, el implacable, el que nos destruye: el amor que no se atreve a decir su nombre. Díme a soñar con Ella con los ojos cerrados y con los ojos abiertos. Tan hondo era mi deseo, tan persistente la obsesión de esa mujer, que no sé, no sé cómo empezó el asunto ni cómo se fué desarrollando. Vivía tan absorbido en mi pasión, que no llegaba a distinguir entre lo sucedido y lo imaginado. Ahora mismo no tengo conciencia exacta de lo que pasó. Estoy seguro, por ejemplo, que la tuve en mis brazos, que la besé, que la hice mía; mas no puedo afirmar qué es verdad y qué es fantasía en mis recuerdos. ¿Fuí yo quien le tomó la mano, fué Ella la que me entregó su boca tentadora? No lo sé. ¿Vino a mi habitación, fuí yo a la suya? Tampoco. ¿Fué mía de verdad o sólo soñé que la lograba? ¡Quien sabe! Nos entendíamos sin palabras. Pero nuestros cuerpos se buscaban, nuestras almas ardían, y yo sé, yo sé que Ella y yo pecamos contra Fermín. ¿Quien tuvo la culpa? No alcanzo a recordarlo. ¿Quien comenzó el juego ilícito? No lo sé, no lo sé... ¿Traicioné a mi amigo solamente con la imaginación, o de cierto lo engañé? Duda espantosa. Viví, soñé sucesos tan extraños que la confusión reina en mi espíritu. No sé, además, por qué vine aquí: si por escapar a la venganza de Fermín que pudo descubrir la traición, o para sustraerme al peligro, porque a veces pienso que Ella nunca fué mía, sino únicamente: un centro de tentación para perderme. Ignoro si soy un amigo desleal? un villano; o sólo un infeliz, víctima de sus cavilaciones. Ella fué mía, sin duda alguna. Pero es también probable que no haya sido mía. No lo sé. Y es la incertidumbre la que me ahoga. ¿Quién fué testigo del drama? Nadie. Lo escondí celosamente en mi corazón. No tengo amigos. El profesor me juzga un débil mental. Se equivoca. Poseo una inteligencia vigorosa, que me permitió realizar estudios complicados. Mi mente no se cansa, no se pierde; sólo cuando se trata de Ella se debilita y se confunde, no puede distinguir la línea entre realidad y fantasía. ¿Soy un monstruo, un soñador? Tampoco diré mi nombre porque me siento deshonrado. A ratos pienso si no me estaré martirizando sin motivo. Cómo será, cómo será... Vine aquí a buscar reposo y el fantasma de mi traición no me deja en paz. ¿Engañé, quise engañar? Nadie me conoce aquí; no tengo fuerzas para volver allá. Nadie sabe lo que

verdaderamente sucedió. Ignoro lo que será de mí. ¡Vamos, vamos, el aroma de las flores me devolverá la calma.

Y dando unos saltitos ridículos se alejó.

—¡Pobre hombre! —exclamó el profesor—. Está obsesionado con su falta. ¿Fue real, fue imaginaria? No podría decírselo. Ya lo escuchará más de una vez. Tiene variantes curiosísimas para contarla.

Cuando el naturalista regresó, el hombre alto, locuaz, quiso distraer al apenado.

—Amigos —dijo efusivo —volvamos a la lección de astronomía.

Raymond y el otro asintieron. Entonces aconteció algo extraño. Una ráfaga les trajo el yodo marino hiriendo fuertemente su olfato. Ocultóse la luna en sombríos nubarrones. Y una sensación de malestar flotaba en el jardín.

—Es la enemiga —barbotó el profesor —Siempre me juega estas pasadas.

— ¿Qué enemiga? -preguntó Raymond intrigado.

El naturalista soltó una carcajada histérica.

—No la conoce, no la conoce. ¡Qué animal!

Raymond quiso castigar el insulto. Pero el hombre alto lo atajó con un ademán y dirigiéndose al hombre mediano lo increpó:

—¡Cállese! —ordenó con severidad —. El ha llegado recién y no puede estar informado.

Luego, reanudando el paseo, cogió del brazo a Raymond y con voz trémula comenzó a hablar, mientras el naturalista, amoscado, los seguía por detrás.

—El hecho es sencillo. Lo conté varias veces a distintas personas y maldito si lo comprenden. Es que no todos entienden todo. En primer lugar conmigo no cuentan fantasías ni pampalinas. Soy hombre de realidades. Imagínese que una tarde, estaba yo sentado en un peñón escarpado, allí, en el cabo que dobla hacia el oeste, a cinco millas del hotel, cuando ví surgir una bruma muy tenue del mar. Me hallaba a unos trescientos metros del suelo, rodeado por el espacio vacío. Poseo una vista excepcional, todo se veía claro, de modo que no hubo posibilidad de engaño. ¡Mil demonios! La bruma se acercaba al peñón, y poco a poco se fué dibujando una forma increíble: era un ala, un ala gigantesca, tan alta casi como el peñón. Pero era un ala sola, desprendida de un pájaro fabuloso, de un ángel terrible, qué se yo... Me invadió un miedo tremendo. ¿Por qué negarlo? Me puse a temblar. Así, muriéndome de susto, como el soldado que se lanza al ataque apenas oye el llamado del clarín, sentí que algo me impulsaba a la forma inaudita. Ella se aproximó al peñón y pude distinguirla mejor. Cosa admirable: era un ala inmensa, erguida verticalmente, como si estuviera plegada a un titán invisible. Avanzaba en el aire como la proa altísima de un barco incomprensible: Se aproximó al peñón dulcemente y la ví tan próxima que me entraron ganas de llorar. Era tan hermosa, tan cándida. ¡Maldición! Me sentí tan pequeño, tan mísero junto a la presencia prodigiosa, que me paralicé de asombro. Luego, recuperándome, me acerqué casi hasta poder tocarla. El ala caía en curva espectacular trescientos metros sobre el mar. Daba vértigo mirar su blancura impecable, apenas coloreada en la cima por franjas de un verde sutil. Ahí estaba, enorme, silenciosa, oscilando dulcemente, fuerte y tenue al mismo tiempo; tan evidente, que parecía respirar con aliento animal; tan fina que amenazaba disolverse en el aire.

—¡No es así! —chilló el naturalista—. A mí me dijo usted que era tan grande, que cubría todo el horizonte...

—¡Cállese borrico! —mandó iracundo el profesor—. Lo que pasa es que nunca puedo evocar el caso con las mismas palabras.

Y volviéndose a Raymond prosiguió animadamente su relato.

—Me arrimé a ella y temeroso puse un pie, luego otro sobre la cúpula misma del ala. Era frágil, tras lúcida, tan incorpórea, que me sentía como suspendido en el aire cuando se fué retirando lentamente del peñón. Temiendo caer me acomodé en el colchón de plumas y montado en la rara cabalgadura realicé un paseo maravilloso. Nos cernimos en el espacio El grande altura. No había viento, frío, ni movimientos incómodos. Un puro deslizarse, un puro deslizarse. ¿No lo cree usted? ¡Condenación! ¿No puede creerlo? ¡Pues váyase al infierno! Pasó exactamente como lo cuento. Luego el ala descendió y pasamos sin el menor roce sobre los tejados del hotel, bordeamos la línea dentada de la costa, nos adentramos en el bosque, remontando sus altas copas oscuras. ¿Cómo explicarle mi alegría? Era yo un dios del aire, señoreando el espacio sin esfuerzo alguno, sin apoyo de máquinas pesadas, manejando el raro artefacto con mi sola voluntad, pues el ala iba hacia donde la guiaba mi deseo. Volaba pues deliciosamente en mi ala fantasmal, a trescientos metros de altura. ¿Fantasmal? No: real, concreta, verídica. Todavía recuerdo las plumas verdiblancas de su cima, el trazo gigantesco de su línea curvada, la gracia indecible con que se movía sobre el paisaje.

—Un cuento de hadas —se le escapó a Raymond

—Exactamente —contestó el narrador —parece un cuento de hadas pero yo lo viví en plenitud. Y ahora viene lo triste del caso. Ella sólo se me aparece en ciertas noches características del verano, durante la luna llena. Desde la primera vez Selene se mostró enemiga enconada. Hallándome en lo mejor del paseo aéreo, vi que del disco plateado del astro se levantaba un arquero negro, hercúleo; apuntó cuidadosamente y una flecha silbante se clavó en el ala. Recogí un gemido de angustia y el ala comenzó a desvanecerse en el aire. Apenas tuve tiempo para cogermelo, en la caída, de un alto ciprés. De lo contrario me habría roto el alma. ¡Maldita luna! Otra vez me tiró al mar; por poco me ahogo. En el último encuentro, el arquero negro disparó la flecha tan certera que casi me atraviesa el cuerpo. Yo sé quien lo manda: es ella, Selene, la envidiosa, la maldita, celosa de mi amistad con el ala. Mas no puede destruirla ¡ja, ja, ja! porque! el ala vuelve siempre, más bella y seductora. ¿Que no lo cree usted? ¡Al diablo si no lo cree!

Y dirigiéndose al hombre mediano agregó:

—El ha visto, una noche, como caí del cielo sobre una sementera. Casi me rompí el espinazo.

—Sí —contestó el aludido —.Yo lo ví.

Entonces Raymond sintió un súbito entusiasmo por sus nuevos compañeros. Lo extraño de sus confidencias lo movió a contar la suya. Sintió que su secreto, retenido largos meses, ya no podía ser escondido:

—Lo comprendo, lo comprendo —exclamó alegremente—. Y además lo creo en absoluto. Su pecado existe aunque no haya sido cometido. El ala también, aunque Selene la destruya incesantemente. Más yo no puedo sostener solo la carga que me agobia. Ayúdenme a compartirla.

—Encantado, encantado —replicó el profesor.

—Carga, ¿qué carga? —demandó el naturalista menos listo. Y se perdió en otra de sus correrías antes de oír a Raymond.

—Amigos míos —insinuó enigmático éste—. Lo primero que, exijo es reserva absoluta. Estas cosas no pueden divulgarse a cualquiera.

—Prometido.

—Prometido.

—Pues bien —manifestó Raymond—. El caso es así. Soy químico y radio técnico. He descubierto una fórmula para volatilizar el oro a larga distancia por medio de ondas. Ustedes saben que los Estados Unidos poseen el mayor depósito aurífero del mundo en lingotes sepultados bajo tierra. Yo puedo hacer desaparecer ese oro sin moverme del hotel tan luego como perfeccione mi invento. Desaparecido el oro ¿con qué respaldarían sus billetes? Y sin dinero ¿cómo fabricar armamentos? Sin oro, sin dinero, sin armas la guerra sería imposible. Serviré la causa de la humanidad *con* mi invento, porque el oro es la fuente de todos los males humanos. Repito que sólo estoy en la etapa experimental; empero, mis últimos cálculos, no dejan duda que llegaré también al trance final.

—¿Podría usted hacer una demostración práctica? —preguntó receloso el hombre alto.

—Naturalmente —contestó Raymond. Extrajo un aparatito cuadrangular del bolsillo y luego alcanzó una moneda de plata, de buen tamaño, al profesor.

—Téngala entre el pulgar y el índice —indicó—. Antes de que transcurra un minuto desaparecerá.

El profesor tomó la moneda, una moneda mexicana de cinco pesos, y cogiéndola entre el pulgar y el índice, se colocó a pocos pasos del químico. El naturalista, con ojos ávidos, seguía la escena atentamente.

Raymond concentró su atención en el aparatito cuadrangular. Parecía un fotógrafo tomando instantáneas con una máquina de bolsillo. Pasaron algunos segundos de expectación. El artefacto emitió rayos azules, primero tenues, después más densos. Sin que nadie la hubiera tocado, la moneda de plata comenzó a disolverse en los dedos del hombre alto.

Un minuto después el profesor y su acompañante comprobaban estupefactos el hecho. La luna brillaba tan clara que no hubo posibilidad de escamoteo. Además Raymond se hallaba a varios pasos de distancia del profesor. El objeto se había volatilizado sin dejar rastro.

Pero el hombre mediano vió brillar algo a los pies del químico. Se acercó, recogió lo que brillaba y se puso a gritar:

—¡Falló, falló! La moneda no ha desaparecido. Aquí la tengo.

—No sea tonto —replicó Raymond—. Llevo varias en el bolsillo. Ahora haremos desaparecer esta segunda y usted mismo la sostendrá en sus dedos.

El hombre alto se puso al lado del naturalista para controlar el nuevo experimento.

Disponíase el químico a repetirlo, brotaban ya las primeras chispas azules del aparatito, cuando un pelotón de hombres irrumpió a todo correr por un extremo del jardín.

Raymond los vió y el terror se pintó en su rostro.

—¡Los agentes del FBI! —dijo despavorido—. ¡Malditos polizontes! Han vuelto a dar con mi refugio. Sálvese quien pueda.

Y echó a correr como una exhalación.

—Sus dos compañeros, aterrados por la brusca aparición del grupo y por las palabras del químico se dispersaron también velozmente al amparo de los árboles.

La persecución se prolongó, porque los fugitivos parecían tener alas en los pies. Brincaban como cabritos, se escurrían ágilmente, daban vueltas sorpresivas que desconcertaban a sus perseguidores. Pero éstos eran tenaces, los superaban en número y no tardaron en cerrarles el paso. El hombre alto fué cogido dentro de una zanja. Al mediano lo tomaron por sorpresa, envolviéndolo a la salida de la fuente de Neptuno. Raymond, el más escurridizo, de pronto dió la sensación de haber perdido el sentido: corría en línea recta, como si nada existiera a su paso. Fué a dar contra una palmera y de allí lo levantaron todo aturdido.

Cuando el grupo regresaba al hotel, jadeantes perseguidores y fugitivos por la violencia de la carrera, el que encabezaba a los primeros se limitó a decir a Raymond por todo reproche:

—Otra vez jugando con fósforos.

Y cuando los tres lunáticos estuvieron recluídos en sus celdas, volvió a reinar la calma en el manicomio.